

GUEVARA, ANTONIO DE (1480? - 1545)

LIBRO AUREO DE MARCO AURELIO

LIBRO PRIMERO

INDICE:

PRÓLOGO

ARGUMENTO

Capítulo I.

De la naturaleza y linage de Marco Aurelio Emperador.

Capítulo II.

De los maestros que tuvo Marco Aurelio Emperador, y de las leyes que tenían los romanos en criar los moços.

Capítulo III.

De las muchas sciencias que aprendió Marco Aurelio Emperador, y de una carta que escribió a un amigo suyo llamado Polión.

Capítulo IV.

Que por ser sabio Marco Aurelio Emperador, en su tiempo floresçieron muchos y muy famosos sabios en Roma.

Capítulo V.

De un hijo muy querido que tuvo Marco Aurelio Emperador, el qual se le murió, y del sentimiento que por él se hizo.

Capítulo VI.

De los ayos que tomava Marco Emperador para criar sus hijos, y para esto mandó llamar todos los sabios de Italia.

Capítulo VII.

De lo que aconteçió a çinco sabios en casa del Emperador, los quales por no ser cuerdos fueron de su palacio expellidos.

Capítulo VIII.

De un razonamiento que hizo Marco Emperador a los ayos que avían de criar al príncipe, su hijo, en el qual se ponen muy buenas doctrinas para los moços.

Capítulo IX.

De los vicios que han de apartar a los príncipes sus ayos, y cómo los buenos padres han de criar a sus hijos.

Capítulo X.

Cómo Marco Emperador criava a las infantas sus hijas, y cuánta diligencia ponía en buscar graves matronas para enseñarlas.

Capítulo XI.

Cómo Marco el Emperador elegía los yernos que avían de casar con las infantas sus hijas, y cómo los buscava no ricos, sino virtuosos.

Capítulo XII.

De lo que dixo Marco Aurelio Emperador a unos cavalleros romanos, padres de un mançebo, al qual querían casar con una de las infantas.

Capítulo XIII.

En el qual Marco Emperador amonesta a los padres que tienen hijos examinen mucho al yerno o a la nuera antes que los traigan a casa.

Capítulo XIV.

Cómo Marco Emperador era amigo de nobles exerçijos y enemigo de truhanes, y de un ruido que huvo en Roma por ellos.

Capítulo XV.

De la buena conversación que Marco Aurelio Emperador tenía con todos los que tractava, y cómo era grato a sus amigos y sufrido con sus enemigos.

Capítulo XVI.

De la fiesta que çelebravan los romanos en Roma al dios Jano, y de un gran hecho de clemencia que hizo Marco Aurelio Emperador en ella.

Capítulo XVII.

Que los príncipes no deven ser exquivos en su conversación, y de lo que Marco Emperador dixo a un senador en este caso.

Capítulo XVIII.

Cómo Marco Emperador jamás estava oçioso, y en qué manera tenía repartidas todas las horas del día para cumplir con todos los negoçios del Imperio.

Capítulo XIX.

Cómo la Emperatriz Faustina pidió al Emperador Marco, su marido, la llave del estudio, y lo que le dixo sobre ello.

Capítulo XX.

En el qual prosigue Marco Emperador su plática a Faustina, y aquí se tracta cuánto peligro tienen los hombres que tractan mucho con las mugeres.

Capítulo XXI.

En el qual el Emperador Marco, prosiguiendo su plática, finalmente responde a Faustina en lo de la llave. Habla de los antojos que tienen las preñadas.

Capítulo XXII.

Cómo en tiempo de Marco Emperador vinieron los mauritanos con una flota a conquistar la Gran Bretaña, que agora es Inglaterra.

Capítulo XXIII.

Cómo Marco Emperador llamó un día a todos los offiçiales de su corte, y de una plática que les hizo contra la oçiosidad.

Capítulo XXIII.

En el qual el Emperador prosigue su plática, y habla cuánto peligro tienen los cortesanos que mucho tiempo andan en la corte, y nótese bien.

Capítulo XXV.

Cómo el Emperador Marco, prosiguiendo su razonamiento, amonesta a los suyos que no sean osados por su corte andar oçiosos.

Capítulo XXVI.

De un monstruo muy espantable que fue visto en Siçilia en tiempo del Emperador Marco, y del daño que hizo en Palermo.

Capítulo XXVII.

Cómo en el mes de diziembre cada año visitavan a todos los vezinos de Roma para saber cómo vivían, y de lo que acusaron a un romano.

Capítulo XXVIII.

De una gravíssima pestilencia que hubo en Roma en tiempo de este buen Emperador, y de las señales espantables que la preçedieron.

Capítulo XXIX.

De una enfermedad que tuvo Marco Emperador, y de lo que dixo a unos médicos porque le reñían que, estando malo, no dexava los libros.

Capítulo XXX.

Cómo en los príncipes más que en todos los otros es muy peligrosa la ignorancia. Habla bien este capítulo en favor de los sabios.

Capítulo XXXI.

De lo que dixo un villano del Danubio en presencia del Emperador Marco a todo el Senado de Roma. Es cosa notable.

Capítulo XXXII.

Cómo el villano prosigue su plática. Dize cosas más particulares al Senado, espeçial contra los romanos crueles y juezes tyrannos.

Capítulo XXXIII.

De una qüestión que hubo assaz dulce el Emperador con el Senado sobre cuál quería más: él al Senado o el Senado al buen Emperador; y fue juez un embaxador de Rhodas.

Capítulo XXXIV.

Cómo Marco Emperador vio a Faustina y a Lucilla, su hija, andar en unas fiestas no bien honestas. Reprehéndese aquí el poco retrainimiento de las matronas.

Capítulo XXXV.

De lo que Marco Emperador dixo a un senador porque le loava mucho las fiestas del triumpho. Toca cómo son perseguidos los que son de otros muy honrados.

Capítulo XXXVI.

De una reprehensión que dio el Emperador Marco a Faustina, su muger, y a la infanta Luçilla, su hija. Habla cuánto bien o mal se sigue las mugeres ser honestas y dissolutas.

Capítulo XXXVII.

Cómo prosigue el Emperador su plática y avisa a Faustina que quite a su hija de las ocasiones, y que no la fie aun de sus muy propinquos parientes, y nótese bien todo.

Capítulo XXXVIII.

Cómo el Emperador Marco criava las infantas, y de una plática que hizo a Faustina. Habla del cuidado que han de tener los padres en casar a sus hijas y presto.

Capítulo XXXIX.

De la muerte de Marco Emperador, y de la enfermedad, y edad, y adónde murió.

Capítulo XL.

De una plática que hizo Panuçio al Emperador Marco, su señor, estando en la hora de la muerte, en la qual le reprehende porque teme la muerte.

Capítulo XLI.

Cómo el Emperador Marco demandó a Panuçio, su secretario, le diese por escripto todo lo que la noche antes le avía dicho.

Capítulo XLII.

De lo que respondió Marco el Emperador a Panuçio, su secretario. Dize muchas cosa dignas de notar, assí de la muerte como de la vida.

Capítulo XLIII.

De lo que Marco el Emperador dixo a los ayos de su hijo y gobernadores del Imperio. Habla que no sean embidiosos ni cobdiciosos, pues han de regir a otros.

Capítulo XLIV.

Cómo este excellent Emperador a la hora de la muerte, delante su hijo Cómmodo, único heredero, declaró los que quedavan por gobernadores del Imperio.

Capítulo XLV.

De lo que dixo Marco Aurelio Emperador a su hijo en la hora de la muerte. Habla quán trabajosos es ser emperador, y noten los príncipes esta plática.

Capítulo XLVI.

De otros más particulares consejos que dio el Emperador a su hijo Cómmodo. Especial le avisa que se allegue a consejo y que no sea pesado en el negoçiar, y lo que trae cabe sí.

Capítulo XLVII.

De las particulares encomiendas que Marco Emperador encomendó a su hijo, espeçial a su muger y a sus criados.

Capítulo XLVIII.

De las últimas palabras que Marco dixo a su hijo, y de la tabla de los consejos que antes que espirase le dio, y de lo que se contenía en ella.

PRÓLOGO

Comiença el Prólogo dirigido a la Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad del invictíssimo semper Augusto, el Emperador Nuestro Señor, don Carlos, Quinto de este nombre, por la graçia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, etcétera. Embiado por fray Antonio de Guevara, de la Orden de los Frailes Menores de Observançia, Predicador en la Capilla de su Imperial Maiestad, sobre la translaçión que hizo de griego en latín, de latín en romançe, al libro llamado Áureo, el qual habla de los tiempos de Marco Aurelio, decimoséptimo Emperador de Roma.

La mayor vanidad que hallo entre los hijos de vanidad es, no contentos ser vanos en la vida, procuran aya memoria de sus vanidades después de la muerte. Parésçeles que, pues estando en la carne al mundo sirvieron con obras, desde la sepultura le offrezcan a más no poder sus voluntades. Yo iuraré iuren los tales que, si el mundo les diera perpetua vida, para siempre ellos permanesçieran en su locura. Paresçe que esto sea verdad, porque todo el tiempo que naturaleza los tuvo en esta vida sin ocuparse en otra cosa, en serviçio del mundo emplearon la vida. Los que son del mundo, biviendo en el mundo, no es mucho que sirvan al mundo; pero lo que nos escandaliza es por qué después que les atajó los passos la muerte, sin que tome gusto la carne quieren oler a la vanidad del mundo en la sepultura. No se suffre que vean todos el fin de nuestra vida y ninguno jamás vea el fin de nuestra locura.

Tranquillo cuenta que, estando Iulio César, último dictador y primero emperador, en la Ulterior España, en la ciudad de Gades (que agora llamamos Cádiz) mirando en el templo esculpida la imagen del Magno Alexandro y sus victorias, dio de lo íntimo del corazón un suspiro, y preguntado por qué sospirava, respondió: «¡O, triste de mí, que en los treinta años de la edad que yo tengo agora, ya tenía Alexandro sojuzgada toda la tierra y estava descansando en Babilonia. Yo, siendo romano, ni he hecho cosa porque merezca gloria en la vida ni dexé fama después de mi muerte.» Aulo Gellio, en el libro de las *Noches áticas* dize que el noble Germánico, preguntado por qué primero la sepultura de Scipión yva a visitar antes que a alguna guerra se huviese de partir, respondió: «Visito la sepultura de Scipión muerto, delante el qual temblava la tierra siendo vivo, porque mirando su ventura cobro esfuerço y osadía. Y digo más: gran ánimo pone herir en los enemigos tener memoria que ha de dexar de sí memoria en los siglos advenideros.» Dize Çiçerón en su *Rhetórica* que vino dende las Thebas de Egipto un cavallero a Roma sólo por ver si era verdad lo que dezían de Roma. Preguntado por Meçenas qué era lo que sentía, respondió: «Más me contenta la memoria que ay de los passados que no la gloria que tienen los presentes, y la causa de esto es que unos por passar a los vivos y otros por igualar con los muertos hazen tan estrañas hazañas en la vida, que mereçen renombres de immortales después de la muerte.» Toda aquella gentilidad antigua, como no temían furias del infierno con que penar, ni esperavan gloria en la gloria que gozar, sacavan de la flaqueza fuerças, de la covardía corazón, para que con los vivos honra y con los muertos memoria alcançasen.

¡O, cuántos y cuántos se cometen a los baybenes de la fortuna sólo por dexar de sí alguna memoria! Pregunto: ¿quién hizo al Rey Nino inventar tantas guerras, a la Reyna Semíramis hazer tantos edificios, a Ulixes navegar tantas mares, Alexandro Maçedo peragrar tantas tierras y poner a las vertientes de los montes Ripheos sus aras, a Hércules griego poner donde puso las columnas, a Cayo Çésar, el romano, dar çinquenta y dos peligrosas batallas? Por çierto, no lo hizieron sólo por el dezir de los que entonçes eran, sino porque dixésemos lo que dezimos los que agora somos. En esto se conosçen los covardes y los de animoso corazón, que los unos buscan ocasión para hallar la muerte y otros inventar mill regalos para alargar la vida. Los ambiçiosos de fama tengan por averiguada esta sentençia: que el que tuviere en mucho su fama ha de tener en poco su vida, y el que tuviere en mucho su vida, de éste ternemos en poco su fama.

Si los varones heroicos no hundieran sus vidas en el crisol de los peligros, no sacaran tan immortal memoria para los siglos advenideros. Aquel famoso capitán Marco Marçello, el qual fue el primero que vio las espaldas de Hanníbal en el campo, preguntóle uno por qué era tan denodado en las batallas y atrevido en los combates. Respondió: «Amigo, yo soy romano, y pongo en peligro la vida porque de esta manera asseguro la fama.» Tornado a preguntar por qué con tanta feroçidad hería en los enemigos, y después con tanta clemençia llorava con los vençidos, respondió: «El capitán que no es tyranno, sino romano, con las manos ha de derramar sangre de sus enemigos, y iunctamente ha de derramar lágrimas de sus ojos propios. (Y dixo más.) Quando estuviere en el campo, mírelos como enemigos, y que los puede vençer; pero después de vençidos, acuérdesese que son hombres, y él puede ser vençido.» Por çierto fueron palabras dignas de tal varón.

A buen seguro osaremos dezir que todos los que esto oyeren, loarán las palabras que aquel romano dixo, pero muy pocos imitarán las obras que hizo. Los hombres que tienen los coraçones muy generosos y los pensamientos muy grandes, quando tuvieren embidia a los antiguos que alcançaron grandes triumphos, acuérdense qué trabajosos trabajos passaron antes que se viesen en ellos. Iamás por iamás famoso triumphador triumphó en Roma sin que primero mill vezes no arriscase la vida. Pienso que no me engaño en esto que quiero dezir, y es que la cañada de la fama todos la desean gustar, pero el peligro del hueso duro ninguno le quiere roer. Si por solos deseos se huviese de alcançar la honra (digo la honra que se tiene por honra), yo iuro que mayores los tiene un pajés de este tiempo que los tuvo en su tiempo Scipión el romano. ¡O, cuántos y cuántos muy inflatos de soberbia con solo blasonar de la fama se les passa la vida sin fama! En aquella edad dorada hazían y no dezían; en este siglo maldito dezimos y no hazemos. Y pues ya todos los hombres vanos desean y procuran dexar de su vanidad memoria, tales cosas deven hazer en la vida por las quales fama gloriosa y no fama vergonçosa se les siga después de la muerte. De muchos passados en las historias ay memoria a los quales, sabida la verdad, ternemos más compassión que embidia. Pregunto: ¿quién terná embidia a Semíramis peccando con su hijo; a Eneas y a Anthénor, que vendieron a Troya; a Medea, que mató a sus hijos; a Tarquino, que forçó a Lucreçia; a Bruto, que mató a Çésar; a Catilina, que tyrannizó la patria; a Sylla, que derramó tanta sangre; a Calígula, que estupró a sus hermanas; a Nero, que mató a su madre; a Domiçiano, que no sabía sino matar hombres por mano agena y caçar moscas con su mano propria? Y como digo de estos pocos podría armar una flota de otros muchos. Yo siendo ellos, no sé qué quisiera; pero ellos siendo yo, más pena me diera cobrar la infamia que cobraron que perder la vida que perdieron. Dexada la ley divina, hablando según presumpçión humana, el que pierde la vida y no pierde la fama, haga cuenta que no pierde nada; mas el que pierde la fama, escapando la vida, téngase por dicho que ninguna cosa le queda.

Viniendo, pues, al propósito, Sereníssimo Príncipe, dende agora adevino y iuro que iuraría Vuestra Magestad desear más immortal fama para la muerte que qualquier reposo para esta vida. Y si no me engaña la experiència de las victorias passadas, y el exerçicio de la guerra presente, y el indício que ay de conquistas futuras, caso que Vuestro Imperial Estado sea mucho y Vuestra Cathólica Persona merezca más, yo, Señor, hos miro con tales ojos, que son tan altos vuestros pensamientos para cosas altas desear, y tan animoso vuestro coraçón para las emprender, y tan determinada vuestra persona para la aventurar, y tan delicada vuestra consçiençia para ninguna cosa iniusta tomar, que Vuestra Magestad tiene en poco lo mucho que heredó de sus passados respecto de lo mucho más que entiende ganar y dexar a sus herederos.

Preguntado Iulio César por qué las noches prolixas del invierno trasnochava en tantas nieves y las fiestas del enojoso verano caminava con tan grandes calores, respondió: «Yo quiero hazer lo que es en mi mano; después hagan los hados lo que es en la suya. Por çierto, amigos, entre sabios en más es tenido el ánimo con que se da la batalla que no la dicha de alcançar la victoria, porque lo uno da la fortuna y lo otro guía cordura.» Fueron palabras como de capitán romano y príncipe muy venturoso. Esto digo, Césarea Magestad, porque si Dios lo permittiendo, vuestros y nuestros peccados lo meresçiendo, fuese tan baxa vuestra fortuna como son altos los pensamientos, a lo menos los escriptores que escrevimos de vuestro siglo para los siglos advenideros pornemos en nuestras escripturas que por hazer verdad la letra del *Plus ultra* que traéis en torno de vuestra divisa, intentastes conquistar toda la tierra. Por çierto, animoso coraçón Vuestra Magestad en su

cuerpo vidriado devía sentir quando por estas palabras, *Plus ultra*, pregonadas por todo el mundo, a todos los passados hos obligastes passar.

No quiero, Señor, hazeros serviçio con aquello que ni queréis ni devéis ser servido, que es mostrarme lisongero. Muy iniusto sería que adulaçiones por orejas de tan alto príncipe se osasen entrar, y por boca de mí, que predico las palabras divinas, las viesen salir. En Vuestra Çelsitud sería poquedad oírlas, y en mi poquedad sería sacrilegio inventarlas. En fee de saçerdote hablo: deseo más ser perseguido por dezir verdades que ser sublimado por servir con lisonjas. Muchas vezes me paro a pensar, y aun curiosamente me pongo a mirar, si la Magestad Eterna que dio a los emperadores Magestad temporal, si como hos hizo mayores que a todos en todas las grandezas, por ventura si hos hizo más exemptos que a los otros de las flaquezas humanas. Y al fin al fin veo que todos los príncipes, como sois unos de los hijos de este siglo, no podéis bivar sino a la manera del siglo; veo que como andáis en este mundo, no podéis sino saber a cosas del mundo; veo que como bivís en la carne, siempre tenéis resabio a la pega della; veo que quando bivís en la vida, estáis como yo emplazados de la sepultura; y iuncto con esto veo que, como sois mortales por natura, hos queréis hazer immortales por fama. Muévome a esto dezirlo porque hos servís de vuestros vasallos, hos aprovecháis de vuestros amigos, gastáis sin rienda vuestros thesoros, exercitáis vuestras fuerças, cargáishos de mill cuidados, aventuráis vuestra persona y, teniendo en poco la vida, jamás formidáis de la hora de la muerte. Todas estas cosas holgáis ponerlas en almoneda por solo comprar la fama.

Los que desean ser príncipes buenos miren a otros que fueron muy buenos. Es loado Licurgo, que dio leyes buenas a los Laçedemonios; Numa Pompilio, que honró los templos; el noble Marco Marçello, que lloró a los por él vençidos; Iulio César, que perdonó a sus enemigos; Octavio, por ser tan amado de sus pueblos; Alejandro Magno, porque fue tan dadivoso de sus dones; Héctor el troyano, por ser tan esforçado en sus guerras; Hércoles el Thebano, por emplear tan bien sus fuerças; Ulixes el Griego, por aventurarse a tantos peligros; Hanníbal Carthaginense, por ir a ganar honra en tierras estrañas; Pyrrho, el Rey de los epirotas, por inventar tantos ingenios; Catulo Regulo, por sufrir voluntarios destierros; al buen Traiano, por su iusta iusticia; a Tito, por ser padre de huérfanos; finalmente, al presente Marco Aurelio, porque supo mas que todos y fue muy amigo de sabios. Toda esta flota de emperadores y varones famosos según la diversidad de las edades floresçieron en diversas proezas. Yo ni digo, Cesárea Magestad, que un emperador de los presentes esté obligado a cumular en sí todas las hazañas de los passados; pero también digo que, como un príncipe seguir a todos en todo le sería imposible, assí no seguir a ninguno en ninguna cosa le sería infamia.

Un Romano muy sabio dixo una vez a Catón Censorino: «Padre Catón, ¿sería posible que toda la Filosofía se encerrase en una palabra?» Respondióle Catón: «Lee lo que está en este mi anillo, que solo de este consejo en mi vida me he aprovechado.» En el anillo estaban escriptas estas palabras: «Esto amicus unius et inimicus nullius.» Quieren dezir: «Sey amigo de uno y enemigo de ninguno.» Por çierto, debaxo de estas palabras están muchas y muy graves sentençias. Applicando, pues, a mi propósito, digo: el príncipe que quiere gobernar bien su república, tener con todos iustiçia, gozar de su fama en la vida y dexar de sí eterna memoria, deve tener las virtudes de uno y careşer de los viçios de todos.

Alabo y mucho alabo los príncipes tener ánimo y deseo de igualar y pujar a muchos; pero consejo y mucho consejo que la maña y fuerça no la empleen sino en imitar a pocos. Los perros que van a caça donde ay mucha caça, pensando alcançarla toda no dan alcance a alguna. Quiero dezir que los hombres que con su vida piensan passar a todos, las más vezes se mueren sin igualar con alguno. Por mucho que uno aya hecho y blasone más que ha de hazer, al fin al fin cada uno de los mortales no tiene más de un ser, un querer, un poder, un nasçer, un bivir, un morir; y finalmente, pues no es más de uno, no presuma más de por uno. De todos los príncipes buenos que arriba puse en el cartel de la iusta, nombré el postrero a nuestro Marco Aurelio porque quedase por mantenedor de la tela. Ha sido mi intençión, Sereníssimo Príncipe, persuadiros a imitar y seguir no a todos, no a muchos, no a pocos, sino a uno; y si a uno, a este solo Marco Aurelio, con las virtudes del qual igualaron pocos o ninguno.

A este noble Emperador tome Vuestra Magestad por ayo en su moçedad, por padre en su governaçión, por adalid en sus guerras, por guión en sus jornadas, por amigo en sus trabajos, por exemplo en sus virtudes, por maestro en sus sçiencias, por blanco en sus deseos y por competidor en sus hazañas. Yo confieso que en la sagrada religión christiana fueron tantos y tales muchos emperadores en la tierra que fruyen oy de Dios en la gloria; pero quanto éstos me combidan a ser bueno, tanto Marco Aurelio me espanta en no aver sido malo. Por çierto éste para seguir la virtud o apartarse del viçio, ni temía infierno, ni esperaba paraíso. La vida de éste que fue gentil, y no la vida de otro que fuese christiano, quise, Señor, escreviros, porque quanta gloria en este mundo tuvo éste pagado por ser bueno, tanta infamia en éste y tanta pena en el otro terná Vuestra Magestad siendo christiano, si fuerédes malo.

Veed, Sereníssimo Príncipe, la vida de este príncipe y veréis quán claro fue su juicio, quán recta su iustiçia, quán recatado en su vida, quán agradecido a sus amigos, quán sufrido en sus enemigos, quán severo con los tyrannos, quán paçífico con los paçíficos, quán amigo de sabios y quán émulo de simples, quán venturoso en sus guerras y quán amigable en las pazes; y sobre todo quán alto en sus palabras y quán profundo en sus sentençias. Veo yo, Señor, que sois uno y tenéis de complir con muchos; sois solo, y no podéis estar siempre acompañado. Y véohos engolfado en muchos negoçios. Por cuya ocasión los príncipes tenéis neçessidad de muchos avisos. Como Vuestra Magestad es grande, si como hombre hacéis algun yerro, no se hos osa dar por ello castigo, por lo qual tenéis neçessidad más que nosotros de aviso y consejo. Quánta sea la exçellencia de esta escriptura, no quiero lo escriba mi pluma, sino que lo confiessen los que lo leyeren la obra.

Diré lo que siento. Hablando con hombres sentidos de mi edad, pienso he leído mucho, pero fuera las Divinas Letras, jamás me espantó cosa tanto. Traduziendo este libro, muchas vezes me espantava ver la Divina Providençia que en juicio de un gentil tantas cosas ponía. Sacarle de griego en latín, y de latín en nuestro vulgar, y de vulgar grosero ponerle en estilo alto y suave, quántos sudores en el enojoso verano, quántos fríos en el encogido invierno, quánta abstinencia aviendo de comer, quánto trasnochar aviendo de dormir, quánto cuidado aviendo de descansar iúzguelo el que lo experimentare si a mí no me creyere. La intençión de mis trabajosos trabajos offrezco a la Magestad Divina, y a Vuestra Magestad de rodillas presento la presente obra. Yo pido a mi Dios, Sereníssimo Príncipe, que la doctrina de este libro tanto provecho haga en vuestra vida quanto daño me ha causado en la salud corporal de mi persona.

He querido offrescer a Vuestra Magestad la suma de mis vigilijs, y si no se acordare de mis trabajos, ni por eso dexaré, ni cesaré hazeros serviçios; y quando otra cosa fuere, en los siglos advenideros será mi fee loada de muchos y su olvido retraído de todos. Y porque va en pos de otras cosas mi pluma, al presente no le supplico sino que la rudeza de mi ingenio, la baxeza de mi estilo, la cortedad de mis palabras, el mal ordimbre de mis sentencias y la poquedad de mi eloqüencia no haga tener en poco tan exçellente obra. Yo he hecho lo que pude; Vuestra Magestad haga lo que deve, dando a la presente obra gravedad y a mí, su intérprete, autoridad. No digo más, sino que la Divina Clemençia, que dio a la Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad tal ser y poder en la tierra, le dé la fruiçión en el çielo de su essençia divina. Amén, amén, amén.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

De la naturaleza y linage de Marco Aurelio Emperador

En el año de la fundación de Roma de seiscientos y noventa y cinco, en la Olympiada centésima sexagésima tertia, muerto Antonino Pío Emperador, siendo cónsules Fulvio Cathón y Gneo Patroclo, en el alto Capitolio, a quatro días de octubre, a pedimiento de todo el Pueblo Romano y consentimiento de todo el Sacro Senado, fue declarado por Emperador universal de toda la monarchía romana Marco Aurelio Antonino. Este excellent varón fue natural de Roma, nascido en el monte Celio y, según dize Jullio Capitulino, nasció en las seis calendas de mayo, que son, según el cuento de los latinos, a veynte y seis días andados del mes de abril.

Su padre se llamó Annio Vero, por cuya ocasión muchas vezes los hystoriadores le llaman Marco Antonio Vero. Verdad es que Hadriano el Emperador le llamava Marco Veríssimo, porque en él jamás se halló mentira ni faltó verdad. Estos Annios Veros era un linaje en Roma que se iactava descender de Numma Pompilio y de Quinto Curcio, el famoso romano que, por librar de peligro a Roma y a su persona dar perpetua memoria, spontáneamente se precipitó en aquel vorágine que en aquellos tiempos en Roma fue visto.

La madre de este emperador se llamó Domicia Clavila, según cuenta Cina Hystórico en los libros *De los linajes de Roma*. Estos Clavilos eran personas en aquel tiempo muy estimadas, porque se iactavan descender de Camilo, aquel famoso y antiguo capitán romano que libertó a Roma de los gallos que la tenían tomada. Los hombres que descendían de este linaje llamávanse Camilos por memoria de Camilo, y las mugeres romanas llamávanse Clavilas por memoria de una hija de Camilo que se llamó Clavila.

Era ley muy antigua que todos los romanos en aquel lugar tuviesen algún particular privilegio, en el qual sus antepassados avían hecho al Pueblo Romano algún gran servicio. Por esta costumbre antigua tenían de privilegio que los del linaje de Camilo tuviesen la tenencia y guarda del alto Capitolio. Y caso que la variedad de los tiempos, la muchedumbre de los tyrannos y el bullicio de las guerras civiles fuesen ocasión de desminuirse la antigua pollicía de Roma y introducirse

una manera no buena de vida, no por eso leemos esta preeminencia de los romanos ser quebrantada, si no fue en el tiempo de Sylla, quando hizo la universal proscripción contra los marianos. Muerto Sylla el cruel, como prevaleciese Julio César el piadoso, hecho dictador de Roma y cabeza de los marianos, anulló todo lo de Sylla y tornó en el estado antiguo la república.

Qué aya sido la condición, estado, pobreza, riqueza, favores o disfavores de sus padres de Marco Aurelio Emperador, no lo hallamos en las hystorias antiguas, aunque con toda diligencia han sido escudriñadas. Los antiguos romanos hystoriadores no tenían costumbre de escrevir las vidas de los padres de los emperadores, mayormente quando los hazían monarchas más por el merecimiento que tenían los hijos que por la autoridad que heredaron de sus padres. Verdad es que dize Jullio Capitulino su padre de Marco Aurelio el Emperador aver sido pretor en los exércitos y capitán en las fronteras en los tiempos de Trajano el bueno y Hadriano el sabio y Antonino Pío el piadoso, Emperadores.

Confírmalo esto lo que escreve el mesmo Marco Aurelio, estando en Rhodas, a otro amigo suyo llamado Pulión, que morava en Roma, por estas palabras:

Mucho sentía, amigo mío Pulión, la ausencia de Roma, mayormente desque me vía tan solo en esta ysla. Mas como la virtud al estraño haga natural y el vicio al natural torne estraño, como ha diez años que leo aquí en Rhodas Philosophía, téngome ya por natural de la tierra. Y lo que me ha hecho olvidar los regalos de Roma y abezarme a las asperezas de la isla es que hallo aquí muchos amigos de mi padre. Ya sabrás cómo fue aquí capitán contra los bárbaros por Hadriano, mi señor, y Antonino, mi suegro, por espacio de quinze años. Y séte dezir que los rhodos son hombres agradescidos. Bien quisiera en Rhodas tantos años leer Philosophía quantos mi padre en la mesma Rhodas estuvo en la guerra; mas no puedo, porque Hadriano mi señor me manda vaya a residir a Roma, y todavía huelga hombre de ver su naturaleza.

Pues por las palabras de esta charta creeremos Annio Vero, padre del Emperador Marco, lo más de su vida aver expendido en la guerra. No se suele por cierto fiar assí de ligero tener officio de frontero en la frontera si no es ya a persona muy exercitada en los exercicios de la guerra. Y como toda la gloria del romano de Roma era dexar de sí buena fama, aquél por cierto era tenido por más esforçado y en el Senado tenía mayores amigos de quien fiavan la conquista de los más crudos enemigos. Según dize Sexto Cheronenso Hystoriador, los romanos, aunque tuviesen entre manos muy peligrosas guerras, siempre tuvieron en quatro partes del Imperio muy enteras sus guarniciones, conviene a saber: en Bizancio, que agora es Constantinopla, por amor de los de Oriente; en Gades, que agora es Cáliz, ciudad de España, por amor de los de Occidente; en la ribera del Rhódano, que agora es el río Rin, por los germanos; en los Colosos, que agora se llaman los de Rodas, por causa de los bárbaros.

En las calendas de henero, quando se repartían los officios en el Senado, proveído el dictador semestre y los dos cónsules anuales, luego en el tercero lugar se proveyan los quatro más excellentes varones para defender aquellas quatro fronteras. Paresce ser esto verdad porque todos los famosos romanos leemos en su mocedad aver sido fronteros en aquellas fronteras: el gran Pompeyo internó con los bizancios; el dichoso Scipión, con los colocenses; el animoso Julio César, con los gaditanos; y el muy estremado Mario, con los rhódanos. Esto hemos dicho que, pues Annio Vero, padre de Marco el Emperador, leemos aver sido pretor en los officios y uno de

los quatro capitanes de aquellas fronteras, que devía de ser en Roma una de las personas muy señaladas.

CAPÍTULO II

No tenemos por auténticas hystorias dónde, cuándo, cómo, en qué manera, en qué exercicios, con qué personas o en qué tierras aya expendido lo más de su vida este buen Emperador. Solamente en breves palabras dize Julio Capitulino aver estado los veinte y tres años so encomienda de Hadriano el Emperador, pero lo contrario se halla por otros hystoriadores.

Según dize Sexto Cheronense en su *Hystoria*, no tenían costumbre los coronistas romanos de escrevir las cosas que hizieron los príncipes antes que fuesen príncipes, sino sólo de aquellos moços que desde moços tuvieron muy altos los pensamientos. Paresce ser esto verdad, porque cuenta largamente Suetonio Tranquillo las hazañas y acometimientos temerarios que Gaio Julio hizo en su moçedad por mostrar a los príncipes advenideros cómo fue muy grande la ambición que tuvo de alcançar la Monarchía, y muy poco el seso y madurez para conservarse en ella. No es cosa nueva en los hombres que anhelan a cosas muy arduas que, quanto más altos tienen los pensamientos, tanto más baxa sientan la fortuna, y quan diligentes fueron en cumplir su deseo, tan descuidados se mostraron en conservar su reposo.

Caso que Annio Vero, su padre de Marco el Emperador (como arriba diximos), huviese seguido el exercicio de la milicia, pero a su hijo púsole en el camino de la sciencia. Era ley muy usada y costumbre muy guardada en la pollicía romana que todo ciudadano que gozava de la libertad de Roma, que, en cumpliendo diez años su hijo, no le pudiese por las calles más dexar andar vagabundo. No avía de permitir el censor que regía a Roma y mirava los barrios cada día della más de hasta diez años al niño que fuese niño: dende en adelante era obligado su padre o criarle fuera del ámbito de Roma o salir por fiador que su hijo no haría ninguna locura. Quando Roma triumphava y por su pollicía Roma al mundo regía (cosa por cierto monstruosa de ver entonces y no menos espantosa a nosotros de oír agora), ver en Roma quatrocientos mill vezinos, entre los quales eran más de los dozientos mill moços, y que tuviese tan enfrenado el brío de tanta iuventud, que al hijo de Cathón castigaron por atrevido, y a un hermano del buen Cina desterraron por vagabundo.

Si no nos engaña Cicerón en el libro *De las leyes romanas*, ningún romano avía ser osado atravesar por las calles de Roma si no llevaba en la mano la señal del officio de que bivía, porque todos cognosciesen que bivía de su trabajo y no del sudor ageno, y esta ley por todos igualmente era guardada: el Emperador llevaba un blandón ardiendo delante de sí; el cónsul, unas hachas de armas; los sacerdotes, unos pileos a manera de escofias; los senadores, unas conchas en los braços; los censores, una tablilla pequeña; los tribunos, unas muças; los centuriones, unas tovas; los oradores, un libro; los gladiadores, una espada; los sastres, unas tijeras; los herreros, un martillo; los plateros, un crisol; y assí de todos los otros offiçios.

Podemos collegir de lo sobredicho que, pues Marco el Emperador fue nascido en Roma, sus padres desde la niñez le darían buena criança. Y caso que nos sean los príncipios de su moçedad occultos, a lo menos somos çiertos sus medios y fines aver sido muy gloriosos. Su padre, Annio

Vero, quiso que su hijo Marco, dexadas las armas, siguiese el estudio, y por cierto es de pensar que fue esto hecho más por la cordura del padre que no por la covardía del hijo.

Si los hechos de los muertos no engañan a los que somos bivos y el caso se iuzga por iuyzios claros y se sentençia por personas maduras, hallaremos que pocos han sido los que se han perdido por letras y muy menos los que se han ganado por armas. Rebolvamos todos los libros y pesquiseamos por todos los reynos, y el fin dirános aver pocos en sus reynos muy dichosos en armas y iuncto con esto tener muchos muy famosos en letras. Demos de todo esto exemplo y verán ser verdad lo que digo: no tuvieron más de un rey Nino los assyrios, un Hormesta los siciomios, un Licurgio los lacedemonios, un Prometheo los aegypcios, un Machabeo los hebreos, un Hércoles los griegos, un Alexandro los macedonios, un Pyrrho los epirotas, un Héctor los troianos, un Theutonio los cymbros, un Biriato los hispanos, un Haníbal los pennos, un Iulio César los romanos.

No es assí de los hombres doctos, porque si los griegos tienen a Homero, no menos Grecia se iacta de los Siete Sabios, a los cuales creemos más en su philosophía que no a Homero en las guerras de Troia, porque tan difícil será hallar una verdad en Homero como una mentira en estos sabios. Por semejante, los antiguos romanos no sólo tuvieron a Cicerón muy eloqüente, pero también a Salustio, y a Lucano, y a Tito Livio, y a Marco Varrón, con otro esquadron de varones muy aprobados, los cuales dexaron tanto crédito en sus escripturas por dezir las verdades, quanto se perdió Cicerón en el Senado por usar de lisonjas. Y como dezimos de estos pocos griegos y latinos, podríamos dezir de los assyrios, persas, medos, argivos, acayos, pennos, gallos, germanos, britanos, hispanos, en las cuales naciones todas sin comparación dexaron de sí más memoria y honraron su patria los que esclarecieron por letras que no los que se señalaron por armas.

Dexadas, pues, las hystorias peregrinas, y tornando a la criança de nuestro emperador Marco Aurelio (como cuenta Eutropio en el libro *De Caesaribus*), según que este excellent varón deprendió muchas y diversas sciencias, assí tuvo muchos y diversos maestros para enseñárselas. Estudió Grammatica con un maestro que se llamava Eufornión; Música con otro que se llamava Gémino Cómmodo; Eloqüencia con Alexandro Greco y con Orosio, Apro, Frontón y Pulión. En Philosophía natural tuvo por maestros a Cómmodo Calcedónico, varón anciano y que expuso a Homero, y a Sexto Cheronense, [30] sobrino del famoso Plutarco. Estudió assimesmo leyes, y fue su maestro Volusio Meciano. Precióse este Emperador de saber pintar y debuxar, en cuya arte fue su maestro Diogeneto, en aquellos tiempos famoso pintor. Trabajó assimesmo saber y escudriñar a qué se extendía el arte de Nigromancia, por cuya ocasión yva públicamente a oír a Polonio. Y porque no le quedase algo de deprender, diose sobre todas las sciencias a la Cosmographía, en la qual tomó por maestros a Junio Rústico, el qual después escrivió su vida, y a Cina Catulo, que escrivió la muerte suya y la vida de Cómmodo, su hijo. De estos varones excellentes que florecían en aquellos tiempos fue doctrinado en las virtudes y enseñado en las sciencias.

Llorando Cicerón la antigua pollicía de Roma porque vía gran perdimiento en la república presente, dize en su *Rhetórica* que los antiguos romanos allí ponían siempre los ojos de donde pensavan poderles nascer mayores peligros. Cinco cosas tenían en Roma entre las otras sobre las cuales avía suprema vigilancia, en las cuales ni el Senado se descuidava, ni ley alguna

dispensava, y eran éstas: los sacerdotes que fuesen honestos; las vírgines vestales, muy castas; los censores, muy justos; los capitanes, muy esforçados; y los que enseñavan a moços, muy virtuosos. No se permitía en Roma el que era maestro de sciencias fuese discípulo de vicios.

CAPÍTULO III

Preguntado Apollonio (según dize Philóstrato) quién fuese el más rico del mundo, respondió: «El más rico es el más sabio.» Tornando a preguntar quién fuese el más pobre, respondió: «El más pobre es el más simple.» Fue por çierto sentencia digna de tal persona, la verdad de la qual cada hora vemos por experiencia. El hombre sabio, resvalando en muy varios casos de la fortuna se tiene, y el hombre simple en las muy pequeñas ocasiones de la vida, aun no tropeçando, cae. No ay caso, por perdido que sea, que puesto en mano de un sabio dél no esperemos remedio; y no ay caso, por ganado que sea, puesto en mano de algún simple que no se espere perderlo. Preguntado Xenophonte philósofo de dos cosas cuál eligirían: ser simple y sublimado o ser sabio y abatido, respondió: «Yo tengo muy gran compassión al loco sublimado, y tengo muy gran embidia al sabio abatido, porque el sabio, sólo que le den el pie, subirá para no caer, y el loco, sólo que le dé un baibén la fortuna, caerá para no se levantar.» El padre que muere dexando a su hijo pobre y sabio piense que le dexa mucho, y el que le dexa rico y loco piense que le dexa nada.

Estas cosas considerando Annio Vero, padre del Emperador, como padre que de coraçón amava a su hijo, no fue contento con darle un maestro que lo hiziese virtuoso y deprendiese una sciencia con que ocupase su juizio, pero diole muchos maestros que le refrenasen de viçios y mandó que deprendiese muchas sciencias porque tuviese más exercicios. Quánto aya trabajado en deprender, y cuántas sciencias y con cuánta voluntad las deprendió, y qué es lo que siente en este caso, escrívelo él mesmo desde Agrippina, que agora es Colonia, a Apolión su amigo por estas palabras:

Maravíllaste, amigo, porque al cabo de mis días no dexo de deprender nuevas cosas. El que sólo tiene un manjar y no puede comer dél, dexado aquél que por aventura le era sano, acomete comer otros, aunque vee que le son dañosos. Esta excellencia tiene el que se vee con diversos manjares: que, teniendo hastío de uno bueno, puede comer de otro mejor. El que fuere sabio, sin más declararlo me avrá entendido.

Como todas las artes al fin harten, y todas las sciencias, por dulçes que sean, al fin al fin empalaguen, el que no sabe más de una sciencia, aunque sea sabio, corre mucho peligro; porque, teniendo hastío de aquella, ocupa en otras cosas dañosas la vida. Los varones heroicos que, sacudida la pereza, dexaron de sí eterna memoria, no sólo quisieron aprender una sciencia con que azerasen sus juizios, pero trabajaron no menos de deprender otras muchas con que los aguzasen desde se le parasen botos. En todas las cosas naturales con muy pocas dellas naturaleza se arta si no es el juyzio y el entendimiento, que aun con muchas se siente ambriento. Y pues el entendimiento tiene tal condición que con la libertad se desmanda, con la ligereza se encumbra, con la sotileza penetra, con la biveza cognosce y con la ignorancia se derrama, necessario es con tiempo remontarle a cosas muy arduas antes que se abata a cosas civiles. Todos los daños corporales que a los mortales pueden succeder, o las medicinas los sanan, o la razón los remedia, o el tiempo largo los cura, o la muerte los ataja. Sólo al entendimiento offuscado en

errores y depravado en malicias ni medicina le sana, ni razón le encamina, ni consejo le aprovecha. Los antiguos philosophos, en aquel siglo glorioso y en aquella edad dorada, no sólo deprendían una cosa con que sustentasen su vida y augmentasen su fama, pero sudavan por saber todo lo que se sabía y de nuevo buscavan más que saber.

En la Olympiada septuagésima quinta, ayuntadas muchas gentes a las vertientes del monte Olimpo a celebrar sus juegos, acaso vino allí un philosopho thebano que todo lo que traía consigo por sus manos propias avía sido labrado: los çapatos él los avía hecho; el sayo él le avía cosido; la camisa él la avía tejido; los libros él los avía escrito; y assí de todas las otras cosas. Espantadas todas las gentes que allí estavan iunctas de tan gran monstruosidad en un hombre, fue por muchos muchas vezes preguntado dónde tantas cosas avía deprendido. Respondió: «La pereza de los hombres ha causado que una arte se dividiese por muchas artes. Lo que agora saben todos era obligado a saber sólo uno.» Cierta respondió muy altamente este philosopho, y por cierto los que lo oyeron avían de quedar tan afrontados destas palabras quanto el philosopho vanaglorioso de sus vestiduras.

Quéxese cada uno de su descuido, y ninguno culpe al tiempo, que es breve, y a nuestra naturaleza, que es flaca; porque no ay cosa tan dura que no se ablande, ni tan alta que no se alcance, ni tan apartada que no se vea, ni tan sutil que no se sienta, ni tan obscura que no se aclare, ni tan profunda que no se descubra, ni tan entera que no se desmiembre, ni tan desmembrada que no se ayunte, ni tan perdida que no se gane, ni tan impossible que no se conserve, si de todo corazón en buenos exerçios ocupamos las fuerças y nuestro entendimiento empleamos en cosas altas. No niego que es para poco nuestra naturaleza, pero también confieso que muy para menos la haze nuestra pereza.

Querría yo preguntar a los hombres malos que rogamos sean buenos, y ellos luego appellan de nuestros consejos para la carne, diziendo ser flacos, cómo para inventar males tienen juicio, para ponerlos en obra tienen fuerças y para perseverar en ellos jamás les falta constançia. Esto se causa que en los vicios y miserias nos llamamos naturales para los cometer, y en las virtudes y proezas nos llamamos estraños y flacos para las obrar. Ninguno infame a la naturaleza que es flaca, ni levante a los dioses que son crueles, porque no menos habilidad tenemos para lo bueno que promptitud para lo malo. No diga alguno «Quiero y no puedo apartarme del vicio», que mejor dirá «Puedo y no quiero seguir la virtud». No quiero infamar reynos estraños, sino hablar de nuestros latinos, y por ellos verán quiénes fueron en los males y qué tales pudieran ser en los bienes.

Pregunto los gastos que hizo Marco Antonio con Cleopatra, la proscripción que hizo Sylla de los nobles de Roma, la coniuración que inventó Catilina contra su patria, la sangre que se derramó por causa de Pompeyo en los campos de Pharsalia, el robo que hizo Julio César del erario, las crueldades que usó Nero el cruel con su madre, los strupos que cometió Calígula con sus hermanas, la traición que hizo Bruto contra su padre Gayo, las liviandades y crueldades de Domiciano con las vírgines vestales, las traiciones que usó Julio Patroclo con los sículos, los insultos que hizo Vulpio Lemarino en los templos de Campania. Querría yo saber éstos que aquí cuento y otros muchos que dexo, las fuerças y mañas que emplearon en tantos males, quién les quitó las empleasen si quisieran en otros bienes.

Esto todo he dicho, amigo mío Polión, por responderte a lo que me preguntas, y es en qué ciencias he gastado mi tiempo. Pues oye, que a mí plaze dezírtelo. Annio Vero, mi padre, a mí me dio no más de ocho años de infancia, los quales pasados hasta los diez a leer y escrevir anduve en el escuela; desde los diez a los treze, en el estudio de Eufornión aprendí Grammática; desde los treze hasta los diez y siete con Alexandro Greco Orador deprendí eloqüencia; dende aquel tiempo hasta cumplir veinte y dos años oý con Sexto y Calcedón Natural Philosophía. Passados estos años, fuime a Rhodas y allí leý hasta los treinta y dos años Oratoria. A los treinta y dos años de mi edad torné a la ciudad de Partínople, donde estuve quasi tres años con Frontón griego, deprendiendo las letras griegas, y dime tanto a ellas de coraçón, y ellas a mí entregáronseme de tan buena voluntad, que más fácil orava en griego que escriví en latín. Estando ya yo de assiento en Roma, levantóse la guerra de Dacia, a la qual Hadriano, mi señor, me embió en persona. Y como en los reales no pudiese traer libros de sciencia, acordé deprender con Gémino Cómmodo Música, porque con la dulcedumbre de los instrumentos se desapegase mi cuerpo de algunos viçios que ya por mi casa se me entravan desapoderados. Todo el restante de mi vida tú sabes que se á empleado en tener officios en Roma hasta que a mis manos los hados traxeron la Monarchía.

Hasta aquí habla el Emperador. Pues por esta carta que escribió a su amigo parece bien quán sin ociosidad pasó su tiempo. Razón es de creerle en todo lo que dize, porque tan excellentes obras que él obró y tan grandes sentençias que escribió, no podían proçeder sino de hombre muy sabio y de juicio muy subido.

CAPÍTULO IV

Como la vida del príncipe no sea sino un blanco donde todos assestan y un señuelo al qual todos se abaten, vemos por experiencia que a lo que es inclinado el príncipe trabaja seguir el pueblo. No tiene discreción el vulgo para reprochar lo malo y elegir lo bueno; no menos por cierto se abate al falso señuelo de pluma que al verdadero de carne, por cuya ocasión de solo un buelo que dio perdió la libertad que tenía y no mató la hambre con que rabiava, y sobre todo las alas del libre se le tornaron en piyuelas de servidumbre.

No carece de grave culpa e inmortal infamia el príncipe que, aviendo de dar la mano de buena vida con que otros se levanten, atraviesa el pie de malas costumbres do todos tropieçan. Pero sin comparación es mayor la liviandad del pueblo que no el descuido del príncipe, porque a uno que bive mal seguirle uno no es maravilla, ni aun tan poco que le sigan algunos no es cosa nueva, ni en caso que le sigan muchos no es espanto; pero seguirle todos en todo esto es grave escándalo. Si el pueblo fuese quien avía de ser, más presto se tornaría uno por muchos de lo malo a lo bueno que no muchos por uno de lo bueno a lo malo.

Por cierto, bien sabe cada uno, por ignorante que sea, que con nuestros príncipes, si somos obligados a obedesçer su iustiçia iusta, no somos obligados a imitar su vida mala. Pero ¿qué diremos, que están oy en tanta estima el regalo de sus personas y tan abatido el rigor de su imperio, que sin vergüença ninguna menospreciamos sus mandamientos iustos y seguimos sus obras malas? ¡O!, si los príncipes tuviesen tantos buenos que cumpliesen lo que mandan como tienen malos que imiten lo que hazen, yo iuro que no huviese menester tener cárçel para los

traviesos, mordaza para los blasfemos, hierro para los esclavos, rollo para los traidores, cuchillo para los adúlteros, pozo para los salteadores, ni horca para los ladrones.

Quiero dar exemplo de todo esto y verán ser verdad lo que digo. Si el rey es inclinado a caça, todos caçan; si en iuegos, todos iuegan; si a armas, todos tornean; si es adúltero, todos adulteran; si es liviano, todos son locos; si es virtuoso, todos son cuerdos; si es callado, todos se refrenan; si es atrevido, todos se desmandan; si es piadoso, todos son clementes; y si es sabio, todos dependen.

Y porque no culpemos a solos los presentes de nuestros tiempos, traigamos a la memoria algunos príncipes de los tiempos passados. Quien ha leído a Sexto Cheronense en el libro que se llama *De las varias inclinaciones que tuvieron los príncipes*, hallará que Rómulo, fundador de Roma, honró mucho a los canteros; Numma Pompilio, su successor, a los sacerdotes; Paulo Emilio, a los marineros; Camillo, capitán, a los monteros; Gayo César, a los plateros; Scipión, a los capitanes; Augusto Octavio, a los iugadores de pelota; Calígula, a los truhanes; Tiberio, a las alcahuetas; Nero el cruel, a los dançadores de espadas; Claudio, a los escrivanos; Sylla, a los armeros; Mario, su competidor, a los entalladores; Vaspasiano, el bueno, a los pintores; Tito, su hijo mejor, a los músicos; Domiciano, hermano deste y muy malo, a los ballesteros; y sobre todos nuestro Marco Aurelio Emperador, a los sabios.

Las varias inclinaciones que en diversas cosas tuvieron los príncipes hizieron variar los favores o disfavors de muchos con los pueblos. Y como el vulgo mire más el favor que no la iusticia, aquellos officios son más favorecidos a los quales los príncipes se muestran ser más inclinados. Esto todo dezimos por mostrar cuánto fueron favorecidos en tiempo de este Emperador todos los sabios. Si las hystorias no nos mienten, desde los tiempos de Mecenas el romano, el qual fue el más [38] venturoso en tener por amigos sabios que no en inventar nueva manera de manjares, hasta Marco Aurelio, passaron diez y siete emperadores, que fueron Julio, Octavio, Tiberio, Calígula, Claudio, Nero, Galba, Otho, Vitello, Vaspasiano, Tito, Domiciano, Nerva, Traiano, Hadriano, Antonino y Aurelio, de los quales todos solos dos hallamos que fueron favorecedores de sabios, conviene a saber: Nerva y Traiano. Todos los otros emperadores no sólo fueron discípulos de las mentiras, pero hiziéronse açote de las verdades. Parece esto ser verdad, porque Julio persiguió a Cicerón, Octavio desterró a Ovidio, Tiberio empozó a Calviçio, Calígula degolló a quatro oradores iunctos, Nero mató a su maestro Séneca, Claudio encarçeló a su tío Lucano, Otho ahorcó a Patroclo, Domiciano desterró a todos los oradores de Roma y por mostrar mayor su maldad, quando salían los sabios por una puerta a ser desterrados entravan los truhanes por otra, los quales por Tito, su hermano, de Roma avían sido expellidos. Y como digo de estos pocos podía dezir de otros muchos.

No fueron por cierto assí tractados en tiempo de este buen Emperador. Y que esto sea verdad, parece por muchos y muy excellentes varones en diversas sciencias doctos que en su tempestat floreçieron. Iulio Capitulino cuenta algunos dellos y son los siguientes: Alexandro Griego, Trusión, Polión, Euthicio, Annio Macro, Cavinio, Herode Áthico, Frontón, Cornelio, Apollonio, Sexto Cheronense, Iunio Rústico, Claudio Máximo, Cina Catulo, Claudio Severo y el muy famoso Diogeneto pintor y el muy docto en leyes Volusio Meciano. Estos todos estaban en su palacio y residían en su presencia, que otros muchos avía en Roma y estaban derramados por Italia.

Cosa fue maravillosa de ver en aquellos tiempos cuánta fue la muchedumbre que florecieron de sabios: no avía padre que, si tuviese dos hijos, no pusiese el uno al estudio (el otro por la ley romana avíale de dar para la guerra). Ya sabían todos que qualquier mancebo que fuese sabio sobre todos del Emperador avía de ser muy favoreçido.

CAPÍTULO V

Solos dos hijos varones tuvo Marco Aurelio el Emperador (según dize Herodiano), el mayoradgo de los quales se llamó Cómmodo, y el hijo menor era su nombre Veríssimo. Fue este infante muy hermoso en el cuerpo y muy virtuoso en la vida, y con la hermosura atraía a sí los ojos de muchos, y con sus buenas inclinaciones robava los coraçones de todos. Era esperança del pueblo y gloria del viejo su padre. Y caso que el otro era príncipe y éste infante, tenía el Emperador acordado que, aunque nasció a la postre, por sus virtudes heredase primero y el que nasció primero por sus desméritos fuese desheredado. Y como los buenos deseos al mejor tiempo se manquen con los hados desdichados, siendo el Emperador de cinquenta y dos años y el hijo diez y seis, la gloria de Roma, la esperança de su padre y la vida del hijo huvieron fin. Y fue tan llorada su muerte, quanto deseada su vida.

Era de aver piedad, porque el Senado de lástima no vía al Emperador y el viejo con el dolor no salía al Senado. Estuvo Roma muy triste y el Senado retraído en el alto Capitolio por muchos días. Y como los ventisqueros del invierno hagan tener en poco las ruçiadas del verano y las cosas de la honra nos costringen olvidar las desdichas de la fortuna, como hombre de alto ingenio y de ánimo fuerte, quedando el dolor todavía en el coraçón arraigado de dentro, acordó de escamondar las ramas de la tristeza de fuera, fingiendo de fuera alegría, teniendo de dentro dolor. Pues Marco el Emperador, como hombre que se le apedreó toda su viña en quien tenía su esperança y después se contenta con qualquiera rebusca, muerto el infante Veríssimo, su muy querido hijo, mandó traer al príncipe Cómmodo, su único heredero. Desde que su hermano el infante avía muerto, él en palaçio no avía entrado. Y vista la desemboltura demasiada que traía el hijo, arrasáronse los ojos de agua al padre, acordándose de la vergüença y reposo del infante malogrado. Lo qual visto por Faustina, su madre, la qual visceralmente le amava, mandó que quitasen al hijo delante la presencia del padre.

CAPÍTULO VI

Aunque estava ocupado el coraçón del viejo en la muerte del infante, no por eso tenía remontado el juicio para hazer criar muy bien al príncipe heredero. Por cierto, tales son los príncipes en la edad de hombres, quales fueron criados en la tierna edad de niños. Pues cognosciendo el padre que las corruptas inclinaciones del moço no avían de corresponder a la buena gubernación del Imperio, mandó el buen Emperador en toda Italia llamar los más sabios en letras, los más famosos en fama y los más virtuosos de hecho. Y como en muchas cosas es mayor la infamia del infamado por malicia que la culpa del culpado por flaqueza, assí en otras cosas es mayor la fama pública que la virtud secreta.

Por esta ocasión, después de ayuntados todos los sabios, mandólos examinar, aviendo información de la sangre de sus pasados, del concierto de sus casas, del tracto de sus haciendas, del crédito entre sus vezinos, de la pureza de sus vidas, de la gravedad de sus personas y, al fin, de las sciencias en que eran enseñados. Mandó por orden examinasen a los astrólogos en Astrología, y a los músicos en Música, y a los oradores en Oratoria, y assí de las otras sciencias; y esto no en un día sino en muchos, y no sólo por información de otros, pero por experiencia propria los cognoscía. Fueron tan examinados todos, como si no huviera de quedar más de uno. Y como para el perfecto cognoscimiento de las cosas en que mucho nos va es menester el parecer ageno, el juicio claro y la experiencia propria, mandó elegir, de muchos, pocos; y de pocos, los más sabios; y de los más sabios, los más cuerdos; y de los más cuerdos, los más ancianos.

Según las siete artes liberales, señaláronse de cada sciencia dos maestros, de manera que era el príncipe uno y los ayos catorze. Esto hecho, como a la fama de tan gran cosa que era al príncipe que avía de mandar a todos le quisiesen dar maestros que mandasen a él, vinieron más sabios de tierras estrañas que de las comarcas de Roma. El buen Emperador, considerando que los que venían a su servicio no era razón se fuesen con ningún descontento, a unos con alegres palabras, otros con çierta esperanza, otros con dones presentes, fue despedida por él aquella hueste de sabios sin sentir alguno que fuesen quejosos. Y si el caso fue afamado por la fama de los sabios, no menos fue venturoso por la cordura del Emperador en embiarlos tan bien despedidos, porque embió tan satisfechos los letrados vencidos como quedavan contentos los vencedores. Y por cierto tenían todos razón, porque los unos llevavan en prendas palabras dulces del padre y los otros quedavan apoderados con la empresa del hijo.

No contento con esto el buen Emperador, mandó que los ayos fuesen aposentados en su palacio y comiesen en su presencia y acompañasen a su persona, por ver si su vida era conforme con su sciencia, y si las fingidas y rhetóricas palabras eran conformes en la execuçión de las obras. Era cosa maravillosa de ver el cuidado que el Emperador tenía de los mirar, assí en el andar como en el comer.

CAPÍTULO VII

En el mes de setiembre, a los onze días andados dél, celebrándose la fiesta del nacimiento del Emperador en la mesma casa donde él nació, que era un barrio del Monte Celio, como un truhán hiziese lo que los semejantes en semejantes regozijos suelen hazer, el Emperador, teniendo la intencion más en los sabios que no los ojos en los locos, vio que çinco dellos pateavan con los pies, ladeábanse en las sillas, palmavan con las manos, hablaban alto y reýan demasiado, la qual cosa no menos fue notada del Emperador que mirada. Acabadas, pues, las fiestas, llamándolos aparte, díxoles estas palabras:

Amigos, queden conmigo los dioses piadosos y vayan con vosotros los hados buenos. Yo hos elegí porque en mi casa los locos se tornasen sabios, y veo que los sabios se tornan locos. ¿No sabéis que en las brasas de la fragua se prueba el oro, y en las liviandades del loco se prueba el cuerdo? Por cierto, el oro fino defiende sus quilates entre las bivas brasas y el hombre cuerdo muestra sus virtudes entre semejantes locuras. ¿No sabéis que no se puede cognoscer el loco

entre los locos ni el sabio entre los sabios? Entre los cuerdos se escurecen los locos y entre los locos resplandecen los sabios. ¿No sabéis cuán infame caso es los discípulos de truhanes hazerlos maestros de príncipes? ¿No sabéis que de ánimo reposado procede la compostura del cuerpo, el reposo de la persona, la templança de la lengua? ¿Qué aprovecha la lengua experta, la memoria biva, el juicio claro, la sciencia mucha, la eloquencia profunda, el estilo suave, si con todas estas graçias tenéis las costumbres malignas? ¿Para qué quieren los sabios las palabras muy marcadas si sus obras son livianas?

Y porque no hos parezca que hablo de gracia, quiérohós traer a la memoria una ley antigua de Roma. En la séptima tabla de las leyes de nuestros padres están escriptas estas palabras: «Mandamos que más grave castigo se dé al sabio por la liviandad que hizo pública, que no al hombre simple por el homicidio secreto.» ¡O!, iusta ley y iustos los que la ordenaron, porque el simple labrador no mató más de a uno con el cuchillo de la ira, mas el que es sabio mató a muchos con el mal exemplo de su vida. Curiosamente lo he mirado, que allí començó Roma a descementarse quando el nuestro Senado se despobló de colombinos senadores y se pobló de serpentinos sabios. Estava aquel Sacro Senado adornado de viejos prudentes, y no sin lágrimas lo digo que está agora lleno de moços parleros.

Antiguamente en las achademias de Grecia solamente enseñavan palabras, dexadas las obras, y en los templos de Roma enseñavan a hazer buenas obras, dexadas las palabras. Y agora es al contrario, que Grecia la parlera desterró los parleros a Roma, y Roma la que bien obrava desterró los buenos sabios a Grecia. Y desta manera yo deseo más ser desterrado en Grecia con los sabios que no tener vezindad en Roma con los locos. A ley de bueno hos iuro, amigos, que vi en el Senado, siendo yo mançebo, al philósopho Arispo, criado del buen Traiano, orar infinitas vezes, y era tan dulce en su dezir, que cada vez le esperavan más de tres horas, y nunca dixo palabra que no fuese digna de eterna memoria. Por otra parte, salido de allí, nunca le vi hazer obra que no mereçiese por ella gravíssima pena. Cosa por cierto era monstruosa de ver entonçes y de oír agora la estima en su eloquencia y la infamia en su persona. A toda Roma tenía espantada con sus palabras, y toda Roma y Italia estava escandalizada de sus malignas obras.

Quatroçientos años duró la prosperidad de Roma, y tanto Roma fue Roma quanto hubo en ella simplicidad en las palabras y maiestad en las obras. Una cosa hos diré que haze gran confusión en los bivos y admiración en los muertos: que de todos los antiguos no he leído una palabra liviana que ayan dicho, ni una obra mala que ayan hecho. Qué cosa fue ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos viejos gozar y agora en nuestro siglo corrupto tan corruptos moços tener. Por cierto, yo tengo más embidia a sus hazañas que a nuestras escripturas. Ellos callando y obrando nos dexaron exemplos de admiración, y los sabios de agora dezimos en público y escrevimos en secreto doctrinas de perdición.

Pues por esto que digo y por otro exemplo que diré cognosçeréis lo que siento. Quando el reyno de Acaya sometió sus cuernos peligrosos y su cabeça sobervia a la melena blanda y a las coyundas suaves del Imperio Romano, sacaron de condiçión que querían ser huéspedes de las guarniçiones de toda Asia y no discípulos de los oradores de Roma. A la sazón estava en Roma un embaxador de Acaya, varón por cierto templado en las palabras, honesto en la vida y que tenía la cabeça muy blanca. Preguntado del Senado por qué era tan cruel a su tierra en llevar

escuderos cobdiciosos y dexar los sabios cuerdos, respondió con aquel amor que devía a su patria, y con la gravedad que requería tal persona, y aun con la osadía que demandava su officio:

¡O, Padres Conscriptos! ¡O, Pueblo venturoso!, dos días ha que no como y tres noches que no duermo, maldiziendo a los hados que me traxeron a Italia y suspirando a los dioses que me tienen en esta vida, porque está puesto mi espíritu entre la yunque dura y el martillo importuno, a do todo lo veo duro, assí la yunque que se toca como el martillo que sobreviene. La cosa más peligrosa en entre las cosas peligrosas hazer elección. Costrñísme vosotros que eliga, y mi juicio no lo alcança, y los dioses no me enseñan qué tengo de elegir. Si llevo guarniciones de gentes, son enojosas a las familias; si llevo abogados, son peligrosos a la república. ¿Qué haré? Triste de mí, que lo pido; triste del reyno, que lo espera; y crudos vosotros, que lo mandáis. Pero pues assí es, yo me determino de llevar los que gastan nuestras haciendas y no los que corrompan nuestras costumbres, porque una legión con necesidad affligirá a solo un pueblo, mas un orador con malicia corromperá todo un reyno.

Pues mirad agora, amigos (dixo el Emperador a estos sabios), cómo ha subido el crédito de los ignorantes y perdídose el de los doctos porque quisieron más en Acaya dar de comer a los escuderos pobres que tener por vezinos a los oradores parleros.

Acabada esta plática, partiéronse los cinco ayos con muy gran vergüença y quedaron los nueve con sobrado temor. En todo este tiempo, que fueron dos meses, aún el príncipe Cómmodo no era salido de los amos, porque aquéllos le enseñavan la doctrina que le avían dado la leche, y iuncto con esto era de tierna edad y no de muy delicado iuizio. Este Cómmodo, aunque nació en Roma en el Monte Celio y fue criado en el puerto de Hostia, fue tan querido de Faustina, su madre, quan aborrecido de Marco Aurelio, su padre. Y, hablando con debido acatamiento, entrambos tenían razón, porque la madre tenía por cierta madre del hijo y el hijo en las costumbres parecía mucho a la madre, y el padre estava en dubda si era su hijo y el hijo parecía poco en las virtudes al padre, etcétera.

CAPÍTULO VIII

Passado todo lo sobredicho, el buen Emperador, por dar cuenta de lo que avía hecho y proveer en lo que se avía de hazer, llamados aparte aquellos nueve sabios, díxoles aquestas palabras:

Fama muy affamada es en Roma lo que yo he hecho en el Imperio: de poner muy gran diligencia en descubrir todos los sabios, y en la curiosidad que he mostrado de quedarme con los mejores. Si de verdad sois prudentes, de ninguna cosa estaréis escandalizados. El enojo de las cosas malas viene de cordura, mas la admiración de cosas buenas proçede de poco juicio o menos experiencia. No se sufre en el sabio admiración, porque mostrar sobresalto en cada cosa es pregonar no ser constante en ninguna.

Yo he hecho de vosotros estrecho examen, y la causa desto es que yo hallo que por estrecho examen han de passar los que en estrechas amistades se han de admittir. Las amistades muy frescas, a tres días empalagan. Siempre lo vi, y aun en mí lo experimenté, que los amigos que fácilmente tomamos, fácilmente los dexamos. Miento si no me aconteció con un anciano

romano, al qual por su merecimiento y canas yo llamava padre, y por el amor y doctrina me llamava hijo, que preguntándome en un caso muchas cosas, y yo no le queriendo descubrir ninguna, me dixo estas palabras: «Mira, hijo, en la ley está de los amigos que el amigo todas las cosas fíe del amigo, con tal que primero mire qué tal es el amigo.» Por cierto fue bueno el consejo y el que me le dio muy bueno. Tenía razón aquel viejo.

El curioso cavallero, si quiere comprar un cavallo, primero le corre y toma a prueba antes que hable en la venta: si no le contenta, aun a menos precio no le toma; si le agrada, por gran precio no le dexa. Justo es que, pues se examina el animal antes que entre en el establo, se examine el hombre antes que venga a casa. Pues si el cavallo que no ha de comer sino paja y çevada por sola una tacha es dexado, ¿quánto más el amigo que en el pesebre del coraçón se ha de çevar de nuestros secretos y afficiones por muchas faltas que ay en él no ha de ser admittido? Fue un philósopho llamado Arispo el primero en los tiempos de Sylla y Mario, el qual dezía que los amigos avían de ser como los buenos cavallos, conviene a saber: que tuviesen la cabeça pequeña, por humilde conversación; el oýdo bivo, para quando los llamaren; la boca blanda, por la lengua templada; la carona dura, para sufrir trabajos; las manos abiertas, para hazernos bien; los suelos seguros, para perseverar en la amistad; el color vayo, por la buena fama; y finalmente el cavallo rebuelto es el amigo manual. Y a lo sobredicho añado esta palabra, y es que sea sin córcobos, conviene a saber: que por allí vaya por donde mis hados bolvieren las riendas de mi fortuna. Entiéndanme los dioses si los hombres no me alcançan.

Tornando, pues, al propósito, hágochos saber que por eso hos tomé por amigos tarde, por no despediros temprano. De los çerezos que echan flores en febrero no esperemos çerezas en mayo. Los amigos han de ser como los morales, que en tal tiempo dan las moras que son su fruto, que ni temen heladas de mayo como viñas, ni ventisqueros de octubre como membrillos. Quiero dezir que ni vienen con los hados buenos ni se van con la fortuna mala. No es assí, por cierto, de los ametalados amigos, que como la hez oxea a los borrachos de la taverna, assí la adversidad despide a los fingidos amigos de casa. Y porque no es acepto el servicio adonde no es cognoscida la voluntad con que se haze, tened seguridad de mi contentamiento, pues yo le tengo de vuestras obras.

Veniendo ya al caso de nuestro particular colloquio, yo hos tomé para ayos deste niño, y mirad que entre muchos señalé a vosotros pocos, porque entre pocos se señale mi hijo uno. Sus amos en el puerto de Hostia le dieron dos años de leche, y su madre Faustina le dio otros dos de regalo escusado. Yo, como buen padre, quiero darle veinte de castigo. A Faustina le desplaze por dexarle tan temprano; a mí me pesa por tomársele tan tarde. Y no es de maravillar, porque las mugeres con la liviandad, y los niños con no saber, occúpanse en sólo lo presente, mas los hombres cuerdos deven pensar en lo pasado, ordenar lo presente y con mucha cautela proveer en lo futuro.

Acuérdome cada año del día que me le dieron los dioses; acordarme he cada día de este día en que yo le doy a vosotros. Los dioses a mí y yo a vosotros le damos mortal por ser hombre, pero vosotros a mí y yo a los dioses le tornaremos immortal por ser sabio. ¿Qué más queréis que diga? Por cierto, los dioses le hizieron hombre entre los hombres por el ánima; yo le engendré bruto entre los brutos por la carne. Vosotros le haréis dios, si queréis, entre los dioses por la fama. Pregúntohos una cosa: yo ¿qué le di a mi hijo sino carne mortal con que aya fin su vida?; pero

vosotros le daréis doctrina con que no perezca su memoria. Si su tierna edad cognosciese la carne flaca que yo le di, y su offuscado ingenio alcançase la sabiduría que vosotros le podéis dar, llamaría a vosotros padres buenos y a mí padrasto malo. Y, sin que él lo diga, yo lo confieso, y es que los padres naturales de la carne somos padrastos de la nobleza, pues les dimos naturaleza subiecta a tantas mutabilidades y captiva a tantas miserias. Por cierto vosotros le seréis iustísimos padres si su carne habituáredes desde agora a buenas costumbres y su juicio occupáredes con altas sciencias.

Y no tengáis en poco lo que oy cometo a vuestro alvedrío. La cosa en que más los príncipes han de mirar es ver a quién la criança de sus hijos han de cometer. Ser ayos de príncipes en la tierra es tener un offiçio de los dioses que está en el çielo, porque rigen al que nos ha de regir, doctrinan al que nos ha de doctrinar, enseñan al que nos ha de enseñar, castigan al que nos ha de castigar, y finalmente mandan a uno el qual uno después manda al mundo. ¿Qué más queréis que diga? Por cierto el que tiene cargo de los príncipes es governalle de nao, estandarte de ejército, atalaya de pueblos, guía de caminos, guión de reyes, thesorero de todos, porque se pone en manos de uno aquel por el qual después se ha de regir el mundo. Pues más hos diré, porque en más lo tengáis: que, dándohos a mi hijo, hos doy más que si hos diese un reyno. La limpia vida del hijo bivo haze gloriosa la fama del padre muerto, pues de quien se fía el hijo en la vida depende la fama del padre ya muerto.

Assí los dioses tengáis propicios y los hados muy venturosos, que si hasta aquí velávades con hijos agenos, de aquí adelante hos desveléis con el príncipe, que es para provecho de todos. Y mirad, amigos, que mucha diferencia ay de criar hijos de príncipes o enseñar moços de pueblos. Los más de los que vienen a las achademias vienen a deprender hablar, pero mi hijo Cómmodo no hos le doy para que le enseñéis a hablar muchas palabras, sino que le encaminéis a hazer buenas obras. La gloria de los padres locos es ver vencer sus hijos a los otros en disputas, y la mía será quando viere a mi hijo sobrepujar a los otros en virtudes, porque la gloria de los griegos era hablar mucho y obrar poco, y la gloria de los buenos romanos era obrar mucho y hablar poco.

CAPÍTULO IX

Proseguendo el Emperador Marco Aurelio su plática, añadió estas palabras a lo sobredicho:

Mirad, amigos, bien, y no se hos olvide que oy se fía de vosotros la honra de mí, que soy su padre; y el estado de Cómmodo, que es mi hijo; y la gloria de Roma, que es mi naturaleza; y el assosiego del pueblo, que es mi súbdito; y la governación de Italia, que es vuestra patria; y sobre todo la paz y tranquilidad de nuestra república. Pues de quien se fía tal atalaya no es razón que se duerma.

Veniendo, pues, a más particulares cosas, mirad que agora le destetan a mi hijo, y él como potro nuevo querríase ir a iugar a los prados verdes: enojoso hos será domarle y a él penoso de ser domado. Lo primero que hos ruego es que le echéis áspero freno porque quede de buena boca, de manera que ninguno le tome en mentira. La mayor falta en un bueno es ser corto en verdades, y la mayor vileza en un vil es ser muy largo en las mentiras.

Poned mucho recabdo en mirarle las manos, porque no se desmande por los tableros iugando con otros perdidos. El mayor indicio en el príncipe de perder a sí y destruir el Imperio es quando el príncipe desde niño le cognoscan ser vicioso en el iuego. El iuego es un viçio que al que muerde como perro siempre le haze que ravia, cuya cruda ravia siempre hasta la muerte dura.

Mucho hos encomiendo que a este mi hijo, aunque sea niño, le hagáis ser reposado. Por cierto no da tanta gloria al príncipe la corona en la cabeça, ni la cadena en los hombros, ni el joyel en los pechos, ni el sceptro en las manos, ni el enxambre de guardas que trae en torno consigo, como el asiento y reposo que muestra desde mançebo.

La honestidad pública suple muchas y muchas y muchas flaquezas. No hos descuidéis echarle buena cadena y tenerle bien atado porque no se vaya a las yeguas. De príncipes effeminados jamás esperemos buenos hechos. Mucho me satisfaze lo que el ayo de Nerón dezía a su ahijado: «Si supiese que los dioses me avían de perdonar y los hombres no lo avían de saber, por la vileza de la carne no pecaría en la carne.» Fueron, por cierto, buenas palabras, aunque de Nero mal recibidas. No le afloxéis las riendas, aunque viendo las yeguas relinche, porque tiempo le queda arto. Este vicio de la carne, en todo tiempo, en toda edad, en todo estado tiene sazón, aunque no con razón. ¿Qué hos diré en este caso, sino que passado el verde de la infancia, desbocados del freno de la razón, heridos con las espuelas de la carne, tocada su trompeta la sensualidad, desapoderados con furioso brío, arremetemos por las xaras y riscos tras una yegua, que en dexarla va poco y en alcançarla menos? Y después, a mejor librar, queda el cuerpo manco, el juicio enclavado, la razón tropellada y la fama despeñada, y al fin la carne todavía se queda carne. ¿Qué remedio para esto? Yo no hallo otro sino que al fuego muy rezio cárguenle de tierra, y allí morirá, y al hombre vicioso métanle en la sepultura, que allí acabará.

Muy mucho hos aviso no le deis lugar a este moço se haga inverecundo, y en el castigo no tengáis respecto a que es niño tierno, ni hijo mío, ni de su madre regalado, ni del Imperio Romano único heredero. Con los hijos estraños la crueldad es tyrannía, mas con los hijos propios la piedad presente les es ocasión de perderse en lo futuro.

Cómo hemos de criar los hijos nos enseñan los árboles. Por cierto, en los castaños del herizo herizado sale la castaña muy blanda, y en los nogales entre las hojas muy blandas se cría la nuez muy dura. Applicándolo a nuestro propósito, no menos vemos de padre piadoso nacer hijo cruel y de padre cruel nacer hijo piadoso.

Aquel docto entre los doctos y famoso entre los famosos Licurgoio, Rey de los lacedemonios, dando leyes en su reyno, acuérdome leer entre ellas estas palabras: «Mandamos como reyes y rogamos como hombres que en los viejos muy cansados se perdone todo, en los moços muy livianos se dissimule algo, a los niños muy tiernos no se perdone nada.» Por cierto fueron buenas palabras, y como de tal persona dichas. Y paréceme que tenía razón, porque el cavallo que ha passado la carrera es menester que descanse, al moço que la passa es iusto que le dexen, y al niño que la quiere passar es razón que le informen.

Hazedle siempre ocupar en actos virtuosos, porque a los de su edad, si el iuyzio se les offusca y el cuerpo les torpece, con gran difficultad entenderán en cosa agena de su delectación, porque sobre la cabeça tienen la liviandad y so los ojos la razón. Algunas recreaçiones hos pediré su

moçedad, las quales le conçederéis con tal que sean raras, y primero por la razón medidas y después de nobles exercicios tomadas.

Mirad que no vos doy a mi hijo para que le recreéis, sino para que le enseñéis. La gallina, mientras tiene los huevos so las alas, no se desmanda por las huertas, y aunque los huevos sean de otra, assí lo trabaja como si fuesen suyos. Por eso oy en Roma de çien discípulos salen los noventa güeros, porque los ayos, si gastan con ellos dos horas en doctrina, pierden con ellos otras veinte en burlas. Y de aquí es que de la poca gravedad y retraymiento del maestro nasce el mucho atrevimiento y poca vergüença en el disçipulo. Creedme, amigos, que los ayos a los príncipes y los maestros a los discípulos más con buenos exemplos en un día que con muchas lecciones les aprovecha en año. Viéndohos mi hijo retraídos, se retraerá; viéndohos estudiosos, estudiará; viéndohos callados, callará; viéndohos templados, no comerá; viéndohos vergonçosos, temerá; y viéndohos reposados, se reposará; y si lo contrario hiziéredes, lo contrario hará. Esto por cierto es verdad, porque aun los hombres ya ançianos sólo del mal que veen o se corrompen sus cuerpos, o se escandalizan sus sentidos, ¡quánto más los niños que ni saben dezir sino lo que oyen, ni hazer sino lo que veen!

Quiero también que mi hijo el príncipe deprenda las siete artes liberales. Ca por eso hos tomé muchos, porque le enseñéis mucho. Y si al fin quedáremos con lástima de no aver salido con todo, a lo menos no la ternemos de aver el tiempo malgastado. Y no hos engañéis diziendo «Arto sabe en lo que sabe este moço para regir el Imperio».

El philósopho verdadero (según la ley de Licurgo) ha de saber hablar en la plaça y pelear en el campo. Y el emperador bueno ha de saber pelear en el campo y hablar en el Senado. Si no me engaña mi memoria, entre mis antigüedades traxe de Grecia una piedra, la qual tenía Pythágoras el philósopho a las puertas de su achademia, en la qual en griego de su propria mano están esculpidas estas palabras que dizen:

«El que no sabe lo que ha de saber es bruto entre los hombres.
El que sabe no más de lo que ha menester es hombre entre los brutos.
El que sabe todo lo que él puede saber es dios entre los hombres.»

¡O!, altas palabras y gloriosa la mano de quien fueron escriptas, las quales no en las puertas como entonçes, sino en las entrañas se avían de pintar. La postrera sentencia de este philósopho tomaron los primeros padres, y la primera reprehensión cupo a nosotros, sus postreros hijos. Por cierto entre los griegos y lacedemonios tanta fama alcançaron sus philósophos por las conquistas que hizieron, como por las escripturas que nos dexaron. Y nuestros primeros emperadores no menos amor alcançaron en su Imperio por la profunda eloqüencia, que espanto pusieron en el mundo por sus venturosos triumphos. Y que esto sea verdad, miren a Julio César, que en medio de sus reales con la mano yzquierda tenía la lança y con la derecha tenía la pluma, y nunca dexó las armas que no tomase luego los libros.

Y no pongamos excusa diziendo con los ignorantes que las artes son largas y el tiempo que tenemos es breve. Por cierto la diligencia de los antiguos arguye la pereza de los presentes. Una cosa veo: que en breve tiempo aprendemos todo el mal y en largos tiempos no sabemos ningún bien. ¿Queréis ver quán ahadados están nuestros hados, y en quánto descuido nos tienen los

dioses, que para hazer un solo bien nos falta tiempo y para hazer muchos males nos sobra? No quiero más dezir sino que yo querría que de tal manera fuese criado mi hijo, que de los dioses tomase el temor, de los filósofos la ciencia, de los antiguos romanos las virtudes, de vosotros sus maestros el reposo, y de todos los buenos lo bueno, como de mí ha de heredar el Imperio.

Yo protesto a los dioses inmortales, con los quales tengo de ir, y protesto al alto Capitolio, do mis polvos se han de quemar, que ni Roma me lo demande siendo vivo, ni los siglos advenideros me maldigan después de muerto si por su mala vida mi hijo perdiere la república, y por vuestro poco castigo fuéredes ocasión que se pierda el Imperio.

CAPÍTULO X

Caso que Marco el Emperador hijos no tuvo más de dos (conviene a saber: a Cómodo, el príncipe, y a Verísimo, el infante), las hijas fueron quatro, de Faustina, su legítima muger y heredera del Imperio. Fue estremado este Emperador en criar las hijas, porque, en nasciendo la infanta, luego la llevaban a criar en alguna aldea fuera de Roma. Jamás dexó criar hijo ni hija dentro de los muros de Roma, ni consintió que mamasen pechos de muger delicada. Aborrescía mucho amas regaladas y amava labradoras rústicas y sanas, y a éstas y no a aquéllas dava a criar sus infantas. Assimesmo, desde que nascía la hija y la davan al ama, no consentía que tornasen a casa. Solía él dezir burlando: «Más me fatiga contentar las amas que casar las hijas.»

Homero cuenta que en Grecia murió Arthemio, que era rey de los argivos, y sin hijo heredero, y el ama que le avía criado pidió en todo su seso el reyno para un su hijo que era hermano de leche del rey muerto, allegando que, pues avían entrambos mamado una leche, entrambos heredassen un reyno. Esto dezía Homero por reprehender a las amas grecianas, las quales tenían más presumpción por criar los príncipes que no las reynas por parirlos.

Pues el noble Marco Emperador no sólo quería que sus hijas mamasen leche gruesa, pero no consentía que les hiziesen aquellos acatamientos y servicios que a hijos de tan altos príncipes suelen hazer; acontesçió que, estando çenando un día el Emperador Marco, díxole un parásito por nombre Galindo con quien él tomava plazer: «Señor, ayer vine de Salon, y del puerto de Hostia, y vi a los hijos del Emperador andar como labradores, y veo aquí en tu casa a los hijos de los labradores andar como emperadores. Dime: ¿qué es esto?; que tú dissimúlaslo como sabio, pero yo no lo entiendo, que soy loco.» Respondió el Emperador: «¡O, Galindo!, y aun por eso Roma ya no es Roma, aunque en todo el mundo era nombrada por Roma. Yo hallo para mí más seguro que mis hijos comiençen como labradores pobres y acaben como emperadores ricos, que no que comiençen como emperadores ricos y después acaben como escuderos pobres. ¿No sabes por qué está perdida oy Italia? Quieren criar sus hijos en mucho regalo y que bivan en mucho trabajo y que dexen a sus herederos en mucha pobreza y ellos acaben en mucho peligro.» Fue esta respuesta tan affamada, que quedó por proverbio en Roma.

Passados dos años desde su nascimiento, luego a las infantas destetavan y de ayas las proveían. Dize Sexto Cheronense que buscavan las matronas romanas que fuesen en años ancianas, en vida muy limpias, en fama estimadas, en sangre generosas, en seso reposadas, en la vida retraídas, y en criar hijos de altos señores exercitadas. Fue tan mirado este buen Emperador en dar sus hijas a

doctrinar, que jamás fió hija de matrona que no tuviese a lo menos cinquenta años de edad, y diez de biudez, y cien hijas criadas de senadores; imaginando que la que avía acertado en tantas agenas no erraría en las suyas propias. Proveídas, pues, las ayas, traían las infantas del lugar donde eran criadas y entregábanlas a las ayas en sus casas propias.

Desde el día que nascía la infanta hasta el día que le davan marido, jamás ninguna dellas consentió entrar en palacio. Acaso acaesció que Faustina, la Emperatriz, parió una infanta; y como le dixessen todos que le parecía mucho en ser muy hermosa, movida con el corazón blando de muger y con el amor visçeral de madre, rogó al emperador le dexase criar aquella niña en su presencia, pues le dezían todos que le parecía y era hermosa. Respondióle estas palabras:

Mira, Faustina, por lo que otros te han dicho y tú has visto, te abalançaste a esto me pedir. Pues yo, por lo que en este caso he leído y en otros he visto llorar, en ninguna manera lo tengo de conçeder. ¿Y tú no sabes que el día que se criare la hija en casa ha de cargar en el padre cuidado, en la madre regalo, en los hermanos imbidia, en la hija soltura y en su ama locura? Pregúntote: si se crían en casa, ¿qué aprovecha que su aya le enseñe honestidad con palabras y nosotros la combidemos a liviandades con nuestras obras? ¿Qué aprovecha que, mereçiendo castigo la hija, le dé regalo su madre? Más razón terná tu hija de imitar las obras de ti, que eres su madre, que no las palabras de la matrona estrangera que es su aya.

Mira, Faustina, si lo has por gozar de sus niñerías, acuérdate que los placeres de los niños al fin son de niños y de burla; mas si bien no los criares, quando fueren grandes, como los placeres fueron de burla, los enojos serán de veras. Pues si eres cuerda, perdona las burlas de agora por las veras de entonces. Quiérote dezir una cosa, y es que yo más quiero que mis hijas en mi ausencia sean discípulas de virtudes que en mi presencia sean maestras de liviandades. Y pues que assí es, pídotte que no lo pidas, quiero que no lo quieras, importúnote que no me importunes, ruégote que no lo ruegues, y si no, mándote que no lo mandes.

Oída la áspera respuesta del padre, çessó la importuna (aunque piadosa) petición de la madre. Y quedó tan atemorizada Faustina que, estando el padre dentro de los muros de Roma, no osava ir a ver sus hijas si no era ascondida.

CAPÍTULO XI

Caso que Marco Aurelio Emperador en las virtudes naturales sobrepujase a todos los mortales que mueren, por cierto en casar a sus hijas pareció tener parentesco con los dioses que siempre biven. Agora por él lo merescer, agora por los dioses de su voluntad se lo dar, fue tan dichoso en yernos cuerdos, quanto no muy fortunado en hijas honestas. Muerto el buen viejo, el descuido grande del príncipe su hijo en el regir y la no muy buena fama de las hijas en el bivar huvieran dado fin a la gloriosa memoria del padre si no fuera por la sobrada bondad de los yernos que él en su vida eligera. Cada día acontece lo que se pierde por malos hijos ganarse por virtuosos yernos.

Pues esto considerando Marco Aurelio el Emperador, los maridos para sus hijas no los tomava de los muchos que la vanidad del mundo le offrecía, sino de los pocos que por muy buenos se

señalavan. Y como en los casamientos todo el error esté en cobdiciar la hazienda que está en la bolsa y no examinar la persona que ha de traer a su casa, mirándolo como sabio, casava sus hijas no con reyes extranjeros, sino con senadores naturales; no con los que descendían de altos romanos (como eran Scipiones, Fabricios y Torquatos), sino con los que con sus virtudes alcançavan buenos linajes. No las casava con los que presumían de proezas hechas por sus pasados, sino con los que resplandecían con hazañas de sus personas propias. No los escogía por cierto muy ricos, sino muy virtuosos; no bulliciosos, sino asesegados; no resabidos, sino modestos; no entremetidos, sino vergonçosos; no habladores, sino callados; no sobresalidos, sino sufridos; no presumptuosos, sino humildes; no furibundos, sino pacientes; no con los más estimados entre los communes, sino con los de mayor merecimiento entre los sabios. En este caso de ninguno se fiava, porque no casava sus hijas con los que otros le loavan de lexos, sino con los que él en largo tiempo examinava de çerca.

Por cierto él tenía razón, porque las cosas que tocan al hombre en la honra no las deve el sabio confiar sólo por la información agena. No es sabio el que se atreve a hazer todas las cosas por su parecer sólo, y respectos tiene de simple el que las comete todas al parecer ageno. Y caso que el Emperador tuviese en el mirar buen semblante, y en el andar buen reposo, y en el hablar gran eloqüencia, y en el comer buena templança, y en las respuestas gran cautela, y en las sentencias y determinaciones era grave; pero en caso de casamiento era gravíssimo hasta se determinar, y esto mayormente acontecía, no quando él a otros, sino quando otros a él venían a rogar.

Pues acaesció que, en unas fiestas del dios Jano, andando el Emperador en el Campo Marçio en un cavallo rixoso escaramuçando, yendo desapoderado el cavallo, tropelló en un panthomimo que andava cavallero en un búbaló; y, cayendo todos, el truhán murió, el búbaló rebentó, el cavallo se mancó y el Emperador en un pie quedó herido y de un braço desconçertado. Cresció tanto el mal, que a él puso en peligro, y a Italia en tristeza, y a toda Roma en sospecha de su vida. Y como pocos días antes se huviese començado a hablar un casamiento para la infanta Macrina, su hija terçera, diéronle priesa al Emperador se determinase aquel día. Y él por los dolores del braço, y la sangre que estava quajada en el cuerpo, y las ansias del coraçón que por aquella demanda se le avían offrecido, dilató la respuesta para otro día, el qual venido y puestos todos en su presencia, dixo estas palabras.

CAPÍTULO XII

Muchas vezes lo he visto en otros y experimentado en mí, que la poca consideración y la mucha açeleración en los negoçios presentes pone grandes inconvenientes en los por venir. Puesto se permitta en la cordura de algún cuerdo algunas cosas fiarse por solo su parecer; mas en caso de casamiento, aunque el padre sea sabio, sin parecer ageno no se deve determinar de ligero, porque la fortuna imbidiosa, puesto que en todas las cosas muestre siniestros, en este caso da más reveses que en todos los otros. Al que hablan casamiento deve entrar a somorgujo y pensar tan profundamente en ello, como en cosa que le va la hazienda, el crédito, la vida, la honra, la fama y el descanso de su propia persona y carne que es su hija.

Yo tengo por opinión que todos los sabios, hundidos en un crisol, no darán un buen consejo para un casamiento, ¿y queréis que le dé yo solo y de súbito, siendo simple? Por cierto, allí es

menester el maduro consejo, adonde, después de caído en el peligro, sin otro mayor peligro no puede aver remedio. Aquel famoso Marco Porcio, el qual su vida fue espejo para aquella edad, y sus dichos y consejos quedaron por dechado en todos los siglos, entre otras cosas dignas de eterna memoria, dixo orando en el Senado:

«¡O, Padres Conscriptos!, ¡o, Pueblo venturoso!, por los edictos que han sonado en las plaças he cognoscido que de un solo senado o consulta avéis determinado tres cosas, y son éstas: emprender nueva guerra con los parthos, continuar las enemistades con los pennos y casar cinco matronas romanas con cinco cavalleros mauritanos. Y espántome: por cierto, no se suffre entre sabios cosas tan arduas por tan repentino parecer ser concluidas. Por satisfacer a mi juicio y por lo que devo a mi patria, diré una palabra, y es que començar guerras, proseguir enemistades y concluir casamientos, para estas tres cosas todas los hombres lo avían de aconsejar, y todos los dioses lo avían de mandar, y diez mill consultas sobre cada cosa destas se avían de tener.»

Fueron palabras de tal varón, porque una cosa por muchos pareceres permíttese determinar, mas muchas cosas por un solo parecer no se deven concluir. Y si esto es para todas las cosas, mucho más sirve en los casamientos. Dezís, amigos, el que me offreçéis por yerno ser muy querido y affamado en el pueblo. Para vender esta mercadería no le pongáis tan mala muestra. El crédito del bueno no está entre los plebeyos, sino entre los philósophos; no entre muchos, sino entre pocos; no entre cuántos, sino quáles.

¿Y agora sabéis que todo lo que el vulgo piensa es vano, lo que loa es falso, lo que condena bueno, lo que aprueba malo, lo que alaba infame, y finalmente lo que haze es toda locura? Sus alabanças comiençan con liviandad, prosíguense sin tino y acábanse con furia. ¡O!, a cuántos he visto yo en Italia ser como hezes de vino desechados del Senado, y después puestos como pendón de taverna en Roma, por cuyo parecer se governava la república. Con mucha liviandad el pueblo abate a los hombres y después no con menor liviandad los ensalça. Mirad qué tal es el pueblo, que las obras de los sabios tiene por burlas y lo muy acordado entre los communes estiman por vano los sabios. De manera que la harina de los philósophos comen por salvados los simples, y por contrario la harina de los simples es salvado entre los sabios. De lo que nuestros passados huyeron, en pos dello todos los vanos oy corren, porque quieren ser queridos y aborreçen ser aborrecidos. Pues los tales tengan esta regla general: que todo hombre que desea ser amado de todos en público no puede escapar de tener muchas culpas en secreto.

¿Queréis saber quién es el que es oy amado del pueblo? Pues oýd, que yo lo diré, toque a quien tocare, yera a quien hiriere, siéntase quien se sintiere. El pueblo ama al que dissimula con los malos y es émulo de los buenos, favorece las mentiras y desaze las verdades, acompaña-se de homicianos y sírvese de ladrones, favorece los sediciosos y persigue los paçíficos, libra los culpados y mata los inocentes, da fama a los infames y disfama a los famosos, y finalmente aquél es el más querido que sacude de sí los buenos y es más vano entre los vanos. Por cierto gran sospecha ha de poner entre los sabios el que comúnmente es alabado de todos los locos, y la razón desto es que, como el común no ame sino al hombre que con malicia enfrena las virtudes y afloxa las riendas a los viçios, el que de todos los communes es querido tenemos dél sospecha que a ninguno por malo que sea es molesto.

¡O, cuántas veces permiten los iustos dioses que el hombre ambicioso las honras que procuró en muchos días a siniusticia, quando no catare, de súbito todas iunctas las pierda con una infamia! Pues tomad de mí esta palabra, que en la muchedumbre ay poco que loar y mucho que reprehender.

CAPÍTULO XIII

Veniendo, pues, a más particulares cosas, vosotros me avéis loado a este mançebo, y si tales son sus obras como vuestras palabras, no digo yo que sólo meresce ser mi yerno, pero meresce ser único heredero en el Imperio. Pero preguntóhos: ¿de qué me podéis loar a este vuestro pariente que no aya contrariedad entre vuestras palabras y sus obras? Si es rústico, será muy abatido; si es de alta sangre, será presumptuoso; si es rico, será vicioso; si es pobre, será cobdicioso; si es esforçado, será atrevido; si es covarde, será infame; si es muy callado, será neçio; si es muy hablado, será mentiroso; si es hermoso, será deseado; si es feo, será zeloso. Pues si destas cosas él está libre, yo hos iuro de darle la infanta Macrina, mi hija, de balde.

Esto digo, no porque creo en vuestro pariente aya algún mal, sino porque penséis que, según naturaleza, le puede aver. Y pues yo no contradigo vuestro crédito por el cognosçimiento que tenéis dél, vosotros no reprehendáis mi sospecha, pues de la vida deste moço de todo en todo yo tengo ignorancia. Y no quiero tampoco que penséis la infanta mi hija, pues ha sido criada con tanta cordura en mi palacio, la tengo de casar por sola la fama que ay dese mançebo en el pueblo. ¡O, cuántos hemos visto en nuestro siglo y hemos leído de los siglos passados, los quales agora por los dioses lo mandar, agora por sus obras malas lo merescer, agora por sus tristes hados lo permitir, pensando llevar a su casa yernos, llevaron infiernos; y en lugar de nueras cobraron culebras; y buscando hijos hallaron basiliscos; y comprando sangre, diéronles podre; y buscando amigos, hallaron enemigos; y pidiendo honra, diéronles infamia; y finalmente, casados sus hijos, pensando ya tener buena vida, los tristes padres huvieron mala vida y peor muerte. Y por cierto, caso que a los tales se les deva la compassión que los alegres suelen tener de los tristes, pero también hemos de aprobar el iusto castigo de los iustos dioses por las iniustas obras hecho a los iniustos hombres. Porque aquél meresce muy largo castigo el qual con temeraria osadía como loco en cosas muy arduas se determinó con súbito consejo.

Y mirad, amigos, que si sois cuerdos, no hos espantaréis de lo que digo, ni hos escandalizaréis del examen que hago. A este mançebo yo le tengo de tomar por hijo, Faustina mi muger por yerno, Macrina mi hija por marido, Cómmodo el príncipe por hermano, todos los del Senado por compañero, mis deudos por pariente y mis criados por señor. Razón es nos dexéis mirar muy bien esta ropa, pues tantas personas se han de vestir con ella. La vestidura que a muchos á de cubrir, a contentamiento de todos se ha de cortar. Muchas cosas vemos en lo natural sernos muy noçivas de cerca, y ninguna cosa dellas sernos dañosa de lexos. El sol con sus rayos refulgentes a sus vezinos los de Ethiopía quema las carnes porque los tiene açerca, y por contrario a los que están en fin de Europa no empeçe sus personas, porque los tiene lexos. Muchos hijos tuvo Roma de los quales, teniéndolos en tierras estrañas, se le siguió gran provecho en su república y no menor fama en todo el mundo, y después traídos a su casa derramaron tanta sangre de innocentes, como avían antes derramado de bárbaros. Y que esto sea verdad, preguntenlo a Julio y a Pompeyo, a Sylla y a Mario, a Bruto y a Casio, a Catilina y a Lípullo, a Octavio y a Marco

Antonio, a Calígula y a Nero, a Otho y a Domiciano, y como digo destos pocos hijos espurios que tuvo Roma, podría dezir de otros infinitos tyrannos que crió Italia.

Creedme una cosa, que no todos los que nos agradan en la plaça nos agradarán si los metemos en casa, porque mucho va tractar al hombre en palabras a conversarle largo tiempo en obras. Poco ha menester la ignorança humana para engañar a otros, y muy menos para ser ella engañada de qualquiera. Con una serenidad en el rostro, dulçes palabras en la lengua, buen reposo en la persona, mucha templança en la plática, puede quien quiera engañar a otro oy, y él con lo mesmo ser engañado mañana. No estaré sin dezirhos que siendo mançebo cognoscí al famoso orador Taurino muchas vezes orar en el Senado, y aconteció que una vez él orava por una matrona romana, a la qual mandavan casar una hija suya asaz honesta con un maestro de cavalleros, y al parescer era romano no muy conçertado, y entre otras dixo estas palabras:

¡O, Padres Conscriptos!, ¡o, Pueblo venturoso!, parad mientes no mandéis lo que después no querríades aver mandado. El mal casamiento es como al que tiran con un terrón, que al que açiertan lastiman, a los propinquos ciega y al cabo él mesmo se desmorona.

Fueron por cierto altas palabras, y la comparación bien entendida ençierra en sí graves sentencias. Manifiesto es a todos que el mal yerno no es sino muerte para la muger que le cobra, es infamia de los parientes que le procuraron, y al fin es mal fin para sí y para sus padres que le offreçieron. Pues por estas cosas todas que he dicho podréis entender qué es lo que en este casamiento siento.

Acabado este razonamiento, el Senado, que ay estava, quedó muy edificado, y los cavalleros parientes del moço muy espantados, y Faustina la Emperatriz asaz confusa, porque por induzimiento della se avía movido esta plática. En qué paró este casamiento no lo ponen los historiadores a los quales en esta obra seguimos.

CAPÍTULO XIV

Caso que a este buen Emperador el saber de las sciencias, el esfuerço en las armas, la pureza en la vida le hiziesen nombrado entre los nombrados de Roma, pero la dulce conversaçión que tenía con todos le hizo famoso entre los famosos de todo el mundo. La cosa más grata y sin ningún resabio de çoçobra entre grandes, medianos y pequeños es el que es señor o príncipe de muchos se dexen comunicar y conversar de todos. Todas las buenas obras de los buenos pueden ser condenadas de las malas intenciones de los malos, pero la buena condiçión tiene tal privilegio, que en el malo la loa el bueno y en el bueno la aprueba el malo. No ay en un hombre tan gran culpa en su vida, que con la buena conversaçión no se encubra, y por el contrario no ay crimen tan secreto, que con la mala conversaçión al tiempo que más lastime no sea revelado. De dos extremos, no es tan grave a la república el hombre flaco en lo secreto y de dulce conversaçión en lo público, como es el que es virtuoso en lo secreto y versuto o de mala jazija en lo público. Muchos no de buena pollicía hemos visto largos tiempos conservarse en Roma sólo por ser bien condiçionados, y muchos más hemos visto que aunque eran rectos en sus officios en breve tiempo por ser austeros en sus condiciones fueron dellos privados.

Esto dezimos porque este buen Emperador era tan alegre en su cara, tan amigable en sus costumbres, tan amoroso en su conversación, que fácilmente hechava los braços en los hombros y tomava de las manos a los negociantes. Sus porteros no podían impedir a los que le querían conversar en palacio, ni su guarda era osada apartar a los que querían hablarle en el campo. En todas las edades dio lo que cada edad a la naturaleza demanda: fue niño con los niños, moço con los moços, mundano con los mundanos, travieso con los traviesos, varón con los varones, atrevido con los atrevidos, y al fin viejo con los viejos. Solía él dezir quando, en su presencia, motejandose algunos no bien disciplinados, en la lengua afeavan la flaqueza de los viejos siendo moços y las moçedades de los moços siendo viejos:

«Dexadlos, pues hos dexan, que muchas vezes de moços cuerdos paran en viejos locos, y de moços locos suelen salir viejos cuerdos. Todas las cosas al fin naturaleza las hizo naturales, y como de mucha flaqueza no podemos sacar sino pocas fuerças, poder podremos a nuestra naturaleza por algún tiempo resistirla, pero no del todo enseñorearla. Yo estoy espantado de muchos que se iactan ser tan heroicos en las virtudes y tan altos en los pensamientos, que nos quieren hazer encreyente que, biviendo en la carne y siendo de carne, ellos solos no sienten la carne. No sé si naturaleza hizo a los otros de otro natural que a mí o a mí de otro natural que a los otros, porque jamás me hallé ençerrado en la dulce conversación de la Philosophía, que al mejor tiempo no llamase a la puerta la carne malvada. Tanto quanto nos sube y sublima la sciencia con sus libertades, tanto y más nos abate la carne con sus miserias. Creedme una cosa: que del árbol que no se le pasa la primavera en flores, no esperemos en la otoñada frutas maduras, y del moço que no passó sus moçedades con moços, no esperemos que passará su vejez con viejos; y como nuestro natural podamos recutir y no del todo anihilar, yerran los padres estremados que quieren sus hijos comiençen como viejos, de lo qual después se sigue acabar como moços.»

Era, pues, el buen Emperador tan reçiproco en todas las cosas, que en las burlas era muy de burlas y en las veras muy de veras. Fue este Emperador muy templado en sus passatiempos, fue amigo de música, especial de buenas bozes e instrumentos: desplazíale esperar el concierto della. Quando fue moço, lo más del tiempo passó en deprender las sciencias; siendo ya más varón, se occupó en la militar disciplina. Fue amigo de montería y no de cetrería. Fue muy diestro y venturoso en las armas, aunque en correr cavallos algo desdichado. Deleitávase en iugar a pelota en la moçedad y de iugar al axedrez en la vejez.

No fue amigo de los pantomimos, que son los maestros de farsas, y menos de truhanes. Estos pantomimos y truhanes passaron gran variedad en el Imperio, según la diversidad de los emperadores: Iulio César los sustentó, y Octavio su sobrino los despidió; Calígula los tornó y Nero el cruel los desterró; Nerva los tornó a Roma y el buen Trajano los desterró de toda Italia; Antonino Pío los tornó a admittir y por mano deste buen Emperador huvieron de fenecer.

Fue la ocasión ésta: celebrando los romanos con gran tripudio, a quatro días de mayo, la famosa fiesta de la madre Berecinta, madre de todos los dioses, los flámines diales querían llevar a su templo a estos juglares para regozijar la fiesta, y por contrario los flámines vestales querían lo mesmo. Pues los unos poniendo fuerça y los otros resistencia, y acudiendo muchos a favorecer y no menos a despartir, fue tan crudo el ruido y tan grande la matança, que las fiestas en lutos, los placeres en tristezas y los cantos en lloros se tornaron. El buen Emperador trabajó de apaziguar aquella popular furia y poner en paz todos los barrios de Roma, lo qual todo hecho

mandó con curiosa diligencia buscar todos los pantomimos y truhanes de Roma y de todo el circuito de Italia, y porque a ellos fuese castigo, y Roma quedase libre, y a todo el mundo exemplo, mandó llevarlos al puerto de Hostia y ponerlos en unas galeras y desterrarlos para siempre a la isla de Pontho, lo qual assí fue cumplido como el Emperador lo avía mandado, y desde aquel día jamás pantomimo ni truhán hasta que murió el Emperador pareció en Roma. El qual muerto, no passaron dos años que en tiempo de Cómmodo, su hijo, luego no fueron tornados, y si las historias no nos engañan, avía en Roma más locos que cuerdos.

CAPÍTULO XV

Dicho avemos de la enemistad que tenía Marco el Emperador con los truhanes y chocarreros, y de sus loables ejercicios. Diremos agora qué le aconteció por ser bien acondicionado. Es tanta la malicia humana, que, como los buenos tienen obligación de minar el mal, no menos los malos tienen osadía para contraminar y derrocar el bien. Y oxalá, y oxalá fuese tanta la liga y esfuerzo de los buenos en las cosas buenas como es la hermandad y desvergüença de los malos en las cosas malas. ¿Qué mayor corrupción de siglo puede ser que un virtuoso para una obra de virtud no halla quien se la ayude a obrar, y después que la obra vienen diez mill a se la contradize? El supremo bien de los buenos es quando las tyrannías son reprimidas de las virtudes adquisitas, o quando los vicios muy usados se remedian con las buenas inclinaciones; y el summo mal de los malos es quando, olvidados de ser hombres y acoçada la razón, a la virtud van a la mano y afloxan las riendas al vicio.

Pues Marco Aurelio el Emperador, si tuvo en su vida gran gloria por sacudirse de las vilezas de los viles, no menos mereçe immortal memoria por aver suffrido muchos denuestos en la execución de sus virtudes. Infallible regla es entre los hijos de vanidad los vicios aviçados parir defensores y las virtudes asenderadas criar muchos émulos. Siempre los malos son dobladamente malos, porque traen armas defensivas para defender los males propios y offensivas para offender los bienes agenos. Por cierto, si los hombres buenos son sollícitos a buscar a otros buenos, no menos deven andar recatados en ascondese de los malos; porque un bueno con un solo dedo enseñoreará a todos los virtuosos, y para guardarse de solo un malo ha menester pies, manos y amigos. Y como sea triste hado de buenos su fama propria depender de pareceres agenos, como este noble Emperador fue ubérrimo en las virtudes, dulce en las palabras, modesto en los ejercicios, communicable con todos, grave entre los graves, severo entre los severos, alegre con los alegres y muy sabio entre los sabios (como conviene al curioso príncipe), quanto estas cosas en ley de buenos se aprobavan por los de claros juizios, tanto eran condenadas por los de las malas intenciones. Pues como las prunas ignitas no pueden estar en la fragua sin çentellar, ni lo corrupto en los esterquilinos sin heder, ansí el que es de coraçón sano prompente en palabras de amor, y el que tiene las entrañas dañadas sobresale en palabras de malicia. Por cierto, poco tiempo el amor del enamorado se puede abstener y mucho menos tiempo la pasión del apassionado se puede absconder, al coraçón lastimado pregonan los sospiros muy lastimosos y a las entrañas dañadas las descubren palabras muy maliciosas.

Esto todo hemos dicho porque la bondad de Marco el Emperador en los buenos ponía alegría y en los malos tristeza. Y como en semejantes cosas muestren su cordura los cuerdos y su sabiduría los sabios, siendo virtuoso en el obrar y sabio en el cognoscer, era muy prudente en el

dissimular. Una de las virtudes que ha de tener el sabio, en la qual se cognosce que es sabio, es que sea bien sufrido, porque hombre bien sufrido jamás fue sino bien librado. Con el sufrimiento y cordura de negocios malos se hazen razonables, y de razonables buenos, y de buenos muy buenos; y por el contrario, hombre que no es bien sufrido, aun en las cosas muy iustas no espere ser bien tratado.

Caso que Marco el Emperador en todas las virtudes igualó con todos los emperadores de Roma que avían passado, pero en esta virtud de ser sufrido sobrepujó a todos los del mundo. Muchas vezes solía él dezir: «Yo no alcancé el Imperio por la Philosophía que dependí con los sabios, sino por la paciencia que tuve entre los necios.» Y parece esto ser verdad, ca como muchas vezes se hallase el Emperador con el Senado en el Colliseo, o el Senado con él en el alto Capitolio, y viese en su presencia muchos que le amavan y otros muchos que en su ausencia con el pueblo le rebolvían, era tanta su templança, y mostrábase tan neutral con los unos y con los otros, que ni los amigos por el desagradescimiento quedavan tristes, ni los enemigos por algún disfavor se partían quexosos.

CAPÍTULO XVI

Entre las fiestas celebérrimas que los antiguos romanos inventaron, fue una la del dios Jano. Ésta se celebrava el primero día del año, que es agora el mes de henero. Pintávanle con dos caras, por demostrar que era fin del año passado y principio del presente. A este dios estava dedicado un templo sumptuossísimo en Roma, al qual puso por nombre Numma Pompilio templo de la paz. Era tenido (fuera del templo del dios Iúpiter) en más reverencia que todos: quando los emperadores romanos ivan o venían a Roma, visitado el alto Capitolio y las vírgines vestales, luego ivan a orar y a offrescer al templo de Jano.

Aquel día que se çelebrava su fiesta holgava toda Roma; vestíanse todos las mejores ropas; ençendían luminarias en todas las casas; hazían muchas farsas los pantomimos y muchos iuegos los iuglares; velavan toda la noche en los templos; soltavan todos los presos que estavan presos por deudas y del erario público eran pagadas; tenían mesas de comer a las puertas puestas con gran abundançia de manjares, de tal manera que avía de valer más lo que sobrase que lo que se comiese; pesquisavan por toda Roma por los pobres para que aquel día fuesen muy bien proveídos. Pensavan los romanos que si aquel día gastasen en abundancia, el dios Iano, que era dios de los tiempos, los sacaría de toda penuria. Dezían los romanos que el dios Iano era dios agradescido, porque si gastavan por él poco, él les dava mucho.

Hazían grandes processiones en su fiesta cada manera de gente por sí: el Senado yva por sí; los flámines por sí; los çensores por sí; los plebeyos por sí; las matronas y donzellas por sí; las vírgines vestales por sí; y los embaxadores yvan en processión acompañados de todos los captivos. No andavan iunctas estas processiones, sino de dos en dos, y el fin de unas era principio de otras. Salían del templo de Iano y davan una buelta por todos los templos de Roma, y por la puerta Latina salían al campo y davan una buelta a los muros de Roma; y porque era grande el çircuito que tenía Roma, no andava más cada processión de lo que avía de una puerta a otra, de tal manera que, quando la noche venía de todas las processiones, andando cada una su pedaço, toda Roma quedava andada. Lo qual hecho, tornávanse todos al templo donde salieron y

allí cada uno offrescía como podía. Pues en estas processiones era costumbre que los emperadores solamente acompañasen a los senadores, mas este buen Emperador era tan comedido, que como le amavan todos, quería honrar y acompañar a todos.

Era costumbre en Roma que en aquel día el Emperador se vestiese la toga o insignia imperial, y todos los captivos que la podían tocar con la mano eran libres, y todos los malhechores eran perdonados, y todos los desterrados eran absueltos. Pues el Emperador, por usar de su clemencia y dexar de sí perpetua memoria, dexada la processión de los senadores, metióse sin guarda ninguna en la processión de los captivos, la qual cosa fue ocasión que él dexase de sí immortal memoria, y a los príncipes advenideros gran exemplo de clemencia.

Y porque no ay cosa buena hecha por algún bueno que luego no sea contrariada de otro malo, fue aquel hecho tan retraído de los malos, quanto alabado de los buenos. Y como entre los buenos siempre se señala uno por muy bueno, ansí entre los malos se señala uno por muy malo; y, lo peor de todo, que no tiene tanta gloria el virtuoso de la virtud, quanta desvergüença tiene el maliçioso de su maldad. Esto se dize porque en el Senado avía un senador por nombre Fulvio, el qual era tan obscuro por sus malicias quan blanco con sus canas. Éste anhelava en los tiempos de Hadriano a ser Emperador y siempre tuvo a Marco Aurelio por competidor. Y como sea natural a los que tienen dañadas las entrañas en pequeñas cosas mostrar sus malicias, nunca hizo el Emperador cosa buena en público, que no fuese dél murmurada en secreto. Señaladamente, como este hecho de libertar los captivos fue tan affamado, no tuvo prudencia aquel senador para suffrirlo. Medio en burla, medio de veras, en presençia del Senado díxole estas palabras al Emperador: «Señor, ¿por qué te das a todos?»

CAPÍTULO XVII

Oýdo por Marco Aurelio Emperador lo que en presencia de todos el sobredicho senador le avía dicho (conviene a saber: por qué se dava a todos), respondióle:

Amigo, yo me doy a todos porque todos se den a mí. Créeme que la mucha austeridad en el príncipe le causa desamor en el pueblo. Ni lo quieren los dioses, ni lo permiten las leyes, ni lo suffre de grado la república, que los príncipes sean señores de muchos y no se comuniquen sino con pocos. En los libros lo he leído y en mí lo he experimentado: que el amor de los súbditos, la seguridad del príncipe, la autoridad del Imperio y la honra del Senado la conservan los príncipes no con estrema esquividad, sino con agradable conversación. El pescador no se va con un çevo solo a pescar diversos pescos del río, ni el marinero con una red sola entra en las mares. Quiero dezir que las voluntades profundas de los profundos coraçones, a unos con dones, a otros con palabras, a éstos con promesas, aquéllos con sabores se las hemos de ganar. Los rabiosos cobdiciosos no se contentan que les abran las entrañas y les çierren los thesoros; y los que sirven con amor menos se contentan abrirles los thesoros y çerrarles las entrañas. Antiguo proverbio fue de Pythágoras amor pagarse con otro amor.

¡O, quán mal fortunado es el príncipe y quánto no de buenos hados la república en la qual el pueblo no sirve al señor sino por las merçedes y el señor no los tiene ni ampara sino por los servicios! De muchas piedras y de una clave se fabrica el edificio, y de varias gentes y un señor

se compone la república; y, si Geometría no me engaña, la cal que iuncta piedra con piedra es mezclada con arena, mas la que çierra las piedras con la clave es cal viva; y con razón, porque apartándose las piedras, ábrese la pared, mas cayéndose la clave, pereçe el edificio. El que fuere sabio ya me avrá entendido. El amor entre vezino y vezino súffrese ser aguado, mas el del príncipe con su pueblo requiere que sea puro.

Muchas passiones entre muchos y por muchos tiempos en los barrios de Roma vi ser atajadas en un día, y sola una que se levanta entre el Señor y su república hasta la muerte no es concluida. Diffícil es conçertar muchos con muchos, y más diffícil concordar uno con uno; pero sin comparación es más conçertar a muchos con uno y a uno con muchos. Y en este caso ni quiero salvar a los príncipes, ni dexar de condennar al pueblo. ¿De dónde pensáis que viene oy los señores con enojo mandar cosas iniustas y los súbditos no les obedesçer en cosas iustas? Pues oýd, que yo hos lo diré. El príncipe, haziendo de hecho y no de derecho, quiere hundir las voluntades de todos en el crisol de su juicio, y sacar de sí y de todos un solo su parecer y querer. Y por contrario, la muchedumbre de gentes, desplomando el juicio de su señor, quieren que quiera, no lo que él quiere para todos, sino lo que cada uno desea para sí. Por cierto, grave cosa es, aunque muy usada, querer uno que le vengan las ropas de todos, y tan terrible es querer todos les armen las armas de uno. Pero ¿qué haremos?, que assí nos dexaron el mundo nuestros padres, assí le tenemos sus hijos, y aun peor le dexaremos a nuestros herederos.

¡O, cuántos príncipes de mis antepassados he leído averse perdido por mostrarse sacudidos y a ninguno por ser amoroso! Quiérohos dezir algunos exemplos de los que he leído en mis libros, porque vean los príncipes qué ganan en la buena conversaçión y qué pierden en la mucha estrañeza. Aquel reyno de los siciomios, mayor en armas que el de los caldeos y menor en antigüedad que el de los assyrios, una debastía de reyes les duró dozientos y veinte años, porque todos fueron de loable conversaçión, y otra debastía (según dize Homero) no duró sino quarenta y çinco años, porque sus reyes fueron de mala condición. El nono epíphano de los egypcios fue descompuesto porque era ley que a los templos todos fuesen descalços los días festivos, y este rey fue una vez cavalgando, y assí se puso delante del dios Apis, que era el dios de los egypcios; la qual cosa no fue cometida quando con quitarle el reyno luego fue castigada. El sexto arsácia del indómito reyno de los parthos, no sólo fue privado, mas aun desterrado del reyno, porque se combidó a las bodas de un cavallero y no quiso ir, siendo combidado, a las bodas de un plebeyo. Entre los latinos, aunque su reyno era estrecho, pero sus coraçones eran muy grandes, como uno de sus murranos (que assí llamavan a sus reyes) çerrase las puertas de noche por dormir seguro, fue privado del reyno, porque era ley que ningún príncipe a ninguno ni a ninguna hora de la noche ni del día tuviese çerrada la puerta, y que a él para quitar enemigos, y no para criarlos, le avían elegido por rey. Tarquino, último rey de los primeros reyes romanos, fue ingrato a su suegro, infame a su sangre, traidor a su patria, cruel a su persona y adúltero con Lucreçia; pero no le llaman ingrato, ni infame, ni cruel, ni traidor, ni adúltero, sino Tarquino el sobervio por aver sido mal acondicionado. Y aun a ley de bueno vos iuro que, si el triste de Tarquino en Roma fuera bienquisto, por el adulterio de Lucreçia nunca del reyno fuera privado. Otras maldades más graves antes que él y más gravíssimas después que él se cometieron por emperadores viejos en el Imperio, las quales eran tales, que hazían muy pequeñas las de aquel moço liviano.

Por çierta cosa tengan los príncipes que si dan muchas ocasiones para mal los querer, después una y muy pequeña abasta a sus súbditos para se lo mostrar. El odio que tiene su señor con su

siervo, si no lo muestra es por no querer, mas el del súbdito con su señor es por no poder. Iulio César, último dictador y primero Emperador, porque olvidado ser hombre entre los hombres, pensando ya que era dios entre los dioses, siendo loable costumbre el Senado saludar al emperador de rodillas y el emperador levantarse a sus medidas, por no querer de presumptuoso guardar esta çerimonia, mereció con veynte y dos puñaladas perder la vida. Y como digo de estos pocos, podría dezir de otros muchos.

Los médicos con poco ruibarbo purgan muchos humores de los cuerpos y los emperadores con poca benevolencia quitan muchas passiones de las entrañas. El pueblo a su príncipe deve obediencia a sus mandamientos y acatamiento a su persona, y el príncipe deve ygal iusticia a cada uno y dulce conversación a todos. Marco Porcio dezía muchas vezes en Roma: «Aquella república es perpetua sin recelo de arreentina caída, en la qual el príncipe halla obediencia en los pueblos y los pueblos hallan amor en el príncipe, porque del amor del señor nasce la obediencia en el súbdito, y de la obediencia del súbdito nasce el amor en el Señor.»

El Emperador en Roma es como la araña en medio de la tela, do si un extremo de aguja toca al extremo de la tela, luego lo siente el araña. Quiero dezir que todas las obras que haze el Emperador en Roma luego son publicadas en toda la tierra. Bien veo que oy he sido iuzgado de la malicia humana por aver acompañado la processión de los captivos y me dexé tocar dellos porque gozasen del privilegio de ser libres. Yo doy gracias a los dioses de mis buenos hados porque me hizieron emperador piadoso para soltar los presos y no cruel tyranno para prender los libres. Y como dize el proverbio que de un tiro se matan dos páxaros, assí fue oy en este caso, porque el beneficio fue solo para estos míseros, mas el favor para todas sus naçiones. ¿Y no sabéis que quitando los hyerros a estos captivos los heché a los coraçones de sus reynos? Finalmente digo ser más seguro al príncipe servirse de coraçones libres con amor, que no de vasallos aherrojados con temor.

CAPÍTULO XVIII

Dicho avemos arriba cómo este buen Emperador tuvo gran enemistad con los hombres no de buena vida que en malos exercicios passavan su vida. No abasta al philósopho reprehender el vicio por palabra en los otros, sino que es necessario él mesmo ponga por obra lo que en los otros reprehendía.

Es razón de dezir agora cómo con su gran prudencia la muchedumbre de los negocios universales del Imperio con los particulares de su casa, y los particulares de su casa con las recreaciones de su perosna, y las recreaciones de su persona con los exercicios del estudio, y los unos y los otros, que eran infinitos negocios, con la penuria del tiempo los repartía. Era en esto tan diestro, y tenía tan gran aviso, que ni le sobraba tiempo para mal espender, ni le faltava para los negocios del Imperio expedir. Y porque aquel tiempo es glorioso que gloriosamente es gastado, y aquel es maldito que en daño nuestro y sin provecho de otros se passa e ignorantes como brutos nos dexa; tenía el tiempo partido por tiempos, y era la orden de esta manera.

Siete horas dormía de noche y una reposava de día. En comer y çenar solas dos horas gastava. Tenía diputada una hora para los negocios de Asia, otras dos para Europa y Áphrica. En

conversación de su casa, con sus hijos y muger y familiares amigos estando retraídos, otras dos horas gastava. Para negocios extravagantes como eran oír agravios de agraviados, querellas de pobres, siniusticias de biudas, robos de huérfanos, otra hora tenía diputada. Todo el restante del día y de la noche en leer libros, escrevir obras, componer metros, estudiar antigüedades, platicar con sabios y disputar con philósofos se le passava.

Ordinariamente en invierno y en verano, si crudas guerras no le estorvavan o muy arduos negocios no le impedían, siempre se acostava a las nueve y despertava a las quatro. Era costumbre a los emperadores romanos siempre de noche en su cámara tener lumbre accendida. Pues en despertando, por no estar ocioso, siempre a la cabeçera tenía un libro, y lo que quedava de la noche expendía en leer hasta el día. Levantábase a las seis, vestíase públicamente, no con poco regozijo, sino con grande alegría, preguntando a los que estavan presente en qué avían expendido la noche toda, y allí les relatava todo lo que él avía aquella noche leído. Acabado de vestirse, lavábase con aguas odoríferas. Era, además, muy amigo de buenos olores: tenía aquel sentido muy bivo, tanto, que le dava pena. Luego de mañana tomava delante de todos tres o quatro bocados de letuario de cantueso y dos tragos de agua ardiente.

Si era verano, luego se yva a la ribera a pie y se passeava y negociava por espacio de dos horas; ya que entrava el calor, yva al alto Capitolio al Senado, el qual acabado tornava al Colliseo, donde estavan todos los procuradores y embaxadores de las provinçias. Allí se detenía gran parte del día; ya que era más tarde, retrayase al templo de las vírgines vestales, y allí oya a cada nación por sí, según el tiempo que les era diputado por su orden. No comía más de una vez al día y algo tarde, pero comía muy bien y mucho, aunque de pocos manjares. Tenía por costumbre cada semana en Roma, o en la çiudad que se hallava, dos días en las tardes sin su guarda ni cavalleros más de con diez o doze pajes irse por las calles a ver si le quería alguno hablar, o si tenían querella de algún offiçial de su corte o casa, y aun hazía a otros que lo preguntasen. Y dezía este buen Emperador muchas vezes: «El príncipe, para bien regir y no tyrannizar, ha de tener esto: que no sea cobdicioso en los tributos, ni sobervio en los mandamientos, ni ingrato a los serviçios, ni atrevido a los templos, ni sordo a los agraviados. Esto ansí cumpliendo, él terná a los dioses en las manos y los hombres a él en el coraçón.»

En todo el tiempo que fue Emperador, jamás en su cámara hubo portero si no eran las dos horas que con Faustina estava retraído. Passado esto, el buen Emperador se retrayía a su casa, en la qual tenía un apartamiento çerrado con llave, la qual él traía y jamás hasta el día de su muerte la fió de alguno: allí, la entregó a Pompeyano, asaz varón prudente y ançiano y casado con su hija. En aquel retrete tenía él muchos y muy diversos libros en todas las lenguas escriptos, griegos, latinos, caldeos, hebreos, y tenía historias muy antiguas.

CAPÍTULO XIX

Como sea natural a las mugeres menospreçiar lo que les dan y morir por lo que les niegan, teniendo el Emperador el estudio de su casa en un lugar de palaçio muy secreto, en el qual a muger ni familiares amigos allí dexava entrar, aconteçió que un día Faustina, la Emperatriz, importunó con todas las maneras de importunidad que pudo le amostrasse aquella cámara, diziéndole estas palabras:

Déxame, señor, ver tu cámara. Mira que estoy preñada y se me sale el ánima por verla. Ya sabes ser ley de romanos a las preñadas no les poder negar sus antojos. Y, si otra cosa hizieres, haráslo de hecho y no de derecho, porque yo moveré de este preñado y pensaré que tienes alguna amiga ençerrada en aquel tu estudio. Pues por quitar el peligro del parto y por assegurar mi coraçón de tal pensamiento, no es mucho me dexes entrar en tu estudio.

El Emperador, viendo que Faustina lo dezía de veras (porque cada palabra vañava en lágrimas), acordó de responderle de veras, y díxole estas palabras:

Cosa es muy cierta, quando está uno contento, que dize más por la lengua de lo que tiene en el coraçón, y por el contrario, quando está alguno triste no lloran tanto los ojos ni declara tanto la lengua quanto le queda ençerrado en el coraçón. Los hombres vanos con palabras vanas pregonan sus plazer vanos, y los hombres prudentes con palabras prudentes dissimulan sus passiones crudas. Entre los sabios, aquél es muy sabio que sabe mucho y muestra saber poco, y entre los simples aquél es muy simple que sabe poco y muestra saber mucho. Los prudentes, aun preguntándoles, no responden; y los simples, aun sin hablar, les hablan. Todo esto digo, Faustina, porque me han lastimado tanto tus lágrimas y desasosegado tus vanos juizios, que ni puedo dezir lo que siento ni tú podrás sentir lo que digo.

Muchos avisos escrivieron los que del matrimonio escrivieron, pero no escrivieron ellos tantos trabajos en todos sus libros, quantos una muger sola a un marido solo haze sufrir en un día solo. Por cierto, cosa es muy dulce gozar las niñerías de los niños, pero cosa es muy cruda sufrir las importunidades de sus madres. Los niños hazen de quando en quando una cosa con que ayamos plazer, pero vosotras jamás hazéis cosa con que no nos deis pesar. Yo acabaré con todos los hombres casados que perdonen los plazer de los hijos por los enojos que les dan sus madres. Una cosa he visto, y jamás en ella me he engañado, que los iustos dioses a los iniustos hombres todos los males que hazen se lo remitten a las furias del otro mundo; pero si por plazer de alguna muger cometemos alguna culpa, mandan los dioses que de mano de esa mesma muger en este mundo (y no en el otro) recibamos la pena.

No ay más fiero y peligroso enemigo del hombre que es la muger que tiene el hombre, si no sabe vivir con ella como hombre. Anden y anden, que jamás hombre liviano estuvo con alguna muger aviçiado en algún vicio, que de esa mesma muger a cabo de poco tiempo con muerte o infamia no rescibiese castigo. De una cosa soy muy cierto, y no lo digo porque lo he leído, sino en mí experimentado: que el marido que haze todo lo que quiere su muger, su muger no ha de hazer cosa alguna de lo que desea su marido.

Gran crueldad es entre los bárbaros tener a sus mugeres por esclavas, y no menor liviandad es la de los romanos tenerlas por señoras. Las carnes no han de ser tan flacas que pongan hastío, ni tan gruesas que empalaguen, sino entreveradas porque den sabor. Quiero dezir que el varón cuerdo, a su muger ni la enfrene tanto que parezca sierva, ni la desenfrene tanto que se alçe por señora. Mira, Faustina, sois en todo extremo tan estremadas las mugeres, que con poco favor crecéis en mucha soberbia, y con poco disfavor cobráis mucha enemistad. No ay amor perfecto donde no ay igualdad entre los que se aman, y vosotras, como sois imperfectas, vuestro amor es imperfecto.

Bien sé que no me entiendes. Pues oye, Faustina, que más digo que piensas. No ay muger que de su voluntad suffra a otro mayor, ni ay muger que se compadezca con otro su igual, porque si tienen mill sexterçios de renta en su casa, tienen diez mill de locura en su cabeça. Y lo peor de todo es que muchas vezes se les muere el marido y pierden toda la renta, pero no por eso se les acaba la locura. Pues oye, que más te diré. Todas las mugeres quieren hablar y que todos callen, quieren mandar y ninguna ser mandada, quieren libertad y que todos sean captivos, quieren regir y ninguna ser regida. Una cosa sola quieren, que es ver y ser vistas; y de aquí viene que a los livianos que siguen sus liviandades acoçean como a esclavos, y a los cuerdos que recuten sus appetitos persiguen como a enemigos.

En los *Annales Pompeyanos* hallé una cosa digna de saber, y es que quando Gneo Pompeyo passó en Oriente, a las vertientes de los montes Rifeos halló unas gentes por nombre masságetas, los quales tenían por ley que cada vezino tuviese dos cuevas, porque en aquellas montañas careçían de casas: en la una estava el marido, los hijos y criados, y en la otra la muger, hijas y moças. Comían las fiestas iunctos y dormían otra vez en la semana iunctos. Preguntados por el gran Pompeyo qué era la causa de vivir en este modo, como en todo el mundo ni se hallase ni se leyese tan gran extremo, respondióle uno: «Mira, Pompeyo, a nosotros nos dieron los dioses poca vida, que ninguno passa de sesenta años a lo más, y éstos trabajamos vivirlos en paz. Teniendo [86] a nuestras mugeres con nosotros, biviendo moríamos, porque las noches se nos passarían en oír sus quejas y los días en suffrir sus renzillas. De esta manera, teniéndolas apartadas, críanse más en paz los hijos, evitamos los enojos que matan a sus padres.» Yo te digo de verdad, Faustina, que aunque a los masságetas los llamamos bárbaros, en este caso más saben que no los latinos.

Una cosa te quiero dezir que querría mucho la quisieses entender. Si los bestiales movimientos de la carne no forçasen al querer de los hombres a que quieran, aunque no quieran, a las mugeres, dubdo si muger fuese suffrida ni menos amada. Por cierto, si los dioses a este amor hizieran voluntario como le hizieron natural, de manera que queriendo pudiéramos, y no como agora, que queremos y no podemos, con graves penas al hombre avían de castigar que por qualquier muger se osase perder.

Gran secreto es éste de los dioses y gran miseria la de los hombres, que carne tan flaca haga fuerça al coraçón tan libre a que ame lo que aborreçe y procure lo que le dañe. Secreto es éste que los hombres le saben sentir cada hora como hombres, pero jamás le pueden remediar como discretos. No tengo embidia a los dioses vivos, ni a los hombres muertos, sino de dos cosas, y son éstas: a los dioses, que viven sin temor de maliciosos; y a los muertos, que huelgan ya sin neçessidad de mugeres. Dos ayres son tan corruptos, que todo lo corrompen, y dos landres tan mortales, que carnes y coraçones acaban. ¡O!, Faustina, es tan natural el amor de la carne con la carne, que quando de vosotras la carne huye de burla, hos dexamos el coraçón en prendas de veras; y si la razón como razón se pone en huyda, la carne como carne se hos da luego por prisionera.

CAPÍTULO XX

Proseguendo, pues, el Emperador su plática, vínose a particularizar los daños universales que a los hombres se les siguen de tratar mucho con las mugeres, y después dixo algunos particulares que él avía passado en su vida con su muger Faustina. Dize agora, pues, el Emperador:

Acuérdome que muchas vezes en mi moçedad tropeçé en la carne, con propósito de jamás tornar a la carne; pero yo confieso que si un día tuve buenos deseos, en su lugar tuve diez mill días de malas obras. Razón tienen, ¡o, mugeres!, huyr los que hos huyen, asconderse los que se asconden, dexarhos los que hos dexan, apartarse los que se apartan, olvidarhos los que hos olvidan; porque unos escapan de vuestras manos infames por effeminados y otros lastimados de vuestras lenguas, muchos perseguidos de vuestras obras, y a mejor librar vienen todos aborreçidos de vuestras entrañas y acoçeados de vuestras liviandades. Pues quien esto siente que ha de alcançar, yo no sé cuál es el loco que hos quiere servir.

¡O, a cuánto peligro se offreçe el que con mugeres trata!: si no las ama, tienénle por necio; si las ama, por liviano; si las dexa, por covarde; si las sigue, por perdido; si las sirve, no le estiman; si no las sirve, le aborreçen; si las quiere, no le quieren; si no las quiere, le persiguen; si las freqüenta, es infame; si no las freqüenta, es menos que hombre. ¿Qué hará, el triste?

Tengan una cosa por cierta los hombres: que, aunque uno haga por su muger todo lo que puede como hombre y todo lo que deve como marido, y de la flaqueza saque fuerças como bueno, y la pobreza remedie con su trabajo, y cada hora por ella se ponga en peligro; su muger no se lo ha de agradecer, diciendo que el traidor su amor es con otra y que aquello haze sólo por complir con ella.

Días ha, Faustina, que deseava dezirte esto, y helo dilatado hasta agora esperando me dices una ocasión para dezirlo de quantas me has dado para sentirlo. No es de hombres cuerdos todas las vezes que han enojos con sus mugeres luego lastimarlas con palabras, porque entre los sabios aquellas palabras son más estimadas que al propósito de alguna cosa son muy bien traídas. Acuérdome que ha seis años Antonino Pío, tu padre, me eligió por su yerno, y tú a mí por tu marido y yo a ti por mi muger, los hados míos tristes lo permittiendo y Hadriano, mi señor, me lo mandando. A mí me dio mi suegro a ti, su hija muy hermosa, por muger, y a su Imperio muy poderoso en casamiento: pienso que todos fuimos engañados, él en tomarme por hijo y yo a ti escogerte por muger. Llámase Antonino Pío porque con todos fue piadoso sino conmigo, que fue cruel, porque con poca carne me dio mucho hueso; y confiéssote la verdad, que ya ni tengo dientes con que lo roer, ni calor en el estómago para lo digerir, y muchas vezes con él me he pensado ahogar.

Quiérote dezir una palabra, aunque resçibas pena por ella: por tu hermosura eres deseada de muchos y por tus malas costumbres eres aborreçida de todos. ¡O, cuán malos son tus hados, Faustina, y cuán mal partieron contigo los dioses!: diéronte hermosura y riqueza para te perder y negáronte lo mejor, que es buena condición y cordura para lo sustentar. Torno a dezir que fueron muy crueles los dioses contigo, pues te engolfaron en los golfos adonde todas las malas peligran y te quitaron las velas y remos con que todas escapan. Treinta y ocho años estuve sin muger que no se me hizieron treinta y ocho días, y en seis años de casamiento me parece he passado seisçientos años de vida.

De una cosa te quiero certificar: que si alcançara antes lo que alcanço agora, y de lo mucho que siento entonces sintiera, aunque los dioses me lo mandaran y Hadriano, mi señor, me lo rogara, yo no trocara mi pobreza y mi reposo por tu casamiento y Emperio; pero, pues cupo en tu dicha y mi desdicha, callo mucho y suffro más. Yo he dissimulado mucho, tanto, que ya no puedo dissimular más, y ningún hombre suffre tanto a su muger, que no sea obligado a sufrirle más, considerando al fin el hombre que es hombre y al cabo la muger que es muger. Atrevida es la que se toma con su marido; pero loco es el marido que toma pendençias públicas con su muger, porque si es buena ála de favorecer porque sea mejor, y si mala, ála de sufrir porque no se torne peor.

Sepan todos los hombres que todas las cosas suffren castigo, sino la muger, como muger, que quiere ruego. Créeme, Faustina, que si el temor de los dioses, la infamia de su persona, el dezir de las gentes no retrae a la muger de los malos, no la apartará todo el castigo del mundo. El corazón del hombre es muy generoso y el de la muger muy delicado. Quiere por poco bien mucho premio y por mucho mal ningún castigo. El hombre cuerdo mire lo que haze antes que se aya de casar, pero después que se determina de tomar compañía de muger, ha de hazer el corazón ancho para todo lo que con ella le puede venir. Gran poquedad es del hombre hazer mucha cuenta de las poquedades de su muger, castigando en público lo que passa entre ellos secreto.

El que es prudente, si quiere vivir en paz con su muger, esta regla ha de guardar: amonéstela mucho, reprehéndala poco y no ponga las manos en ella nunca, porque de otra manera ni él della fidelidad, ni ella dél buen tractamiento, ni los hijos de entrambos buena criança, ni los dioses algún servicio, ni los hombres algún provecho pueden esperar. Y en esta materia, Faustina, no te quiero más dezir, sino que sientas que lo siento y sepas que te veo, y que la dissimulación mía devría abastar a emendar a vida tuya.

CAPÍTULO XXI

Agora que he abierto y expremido el venino antiguo, quiérote responder a la demanda presente. Para que aprovechen las medicinas al enfermo, es necessario que se desopilen las opilaciones del estómago. Por semejante, ninguno puede hablar como conviene a su amigo si primero no le dize de lo que está dél enojado. Pídesme la llave de mi estudio y amenázasme que, si no te la doy, que reventarás con tu preñado. Buen achaque hos tenéis las mugeres preñadas: so color que avéis de reventar, queréis que todos vuestros appetitos ayamos de complir.

Quando el Sacro Senado en los tiempos del muy venturoso Camillo hizo la ley en favor de las matronas preñadas, no eran entonces las mugeres tan antojadizas. Agora no sé qué se es, que todas de todo lo bueno tenéis astío y todas de todo lo malo tenéis antojo. Si mi memoria no me engaña, quando Camillo hizo el voto a la madre Cibalea, fue porque le diese victoria en una batalla; y, como huviese la victoria, estava tan pobre Roma, que no tenía plata ni oro para hazer la estatua de su promesa. Y como las matronas de aquellos tiempos viesan que sus maridos en aquella guerra offreçieron sus vidas, quisieron ellas al Sacro Senado presentar sus joyas.

Fue cosa maravillosa de ver, que sin alguno se lo dezir, ni hombre dello se acordar, acordaron todas iunctas de ir al Capitolio y allí en presencia de todos pusieron los chocallos de sus orejas,

los anillos de sus dedos, las axorcas de sus muñecas, las perlas de sus tocados, los collares de sus gargantas, los joyeles de sus pechos, las çintas de sus cuerpos y los tintinábolos de sus ropas. Y aunque fue tenido en mucho lo que dieron, pero sin comparación fue estimado en más la voluntad con que lo dieron. Fueron tantas las riquezas que allí offrecieron, que no sólo hubo para cumplir el voto de la estatua, pero aun para proseguir la guerra.

Y como Roma tuviese por costumbre de no reçibir un serviçio sin que por él luego no hiziese muchas merçedes, en aquel día que las matronas romanas offrecieron sus joyas en el capitolio, les conçedieron çinco cosas en el Senado. La primera, que en su muerte pudiesen orar los oradores y allí relatar sus buenas vidas. La segunda, se pudiesen asentar en los templos como de antes estuviesen en pie. La terçera, pudiesen tener de sus personas dos ropas, como de antes no las tuviesen sino senzillas. La quarta, que en grave enfermedad pudiesen beber vino, como antes, aunque les fuese la vida, no bebían sino agua. La quinta, que a matrona romana, estando preñada, no se le pudiese negar cosa alguna. Fueron por çierto estas çinco cosas muy iustas y de buena voluntad por el Senado otorgadas.

Y esta ley que manda no negar algo a la muger preñada, quiérote dezir qué fue la occasion más particularmente que movió al Senado a hazerla. Estando Fulvio Torquato cónsul en la guerra de los voscos, traxeron a Roma los cavalleros mauritanos un monóculo que avían caçado en los desiertos de Egypto, y, como en aquellos tiempos las matronas romanas fuesen tan honestas como las de nuestros tiempos son atrevidas, estava la muger de Torquato (que avía quedado preñada) en días de parir. Era por çierto muger tan honestíssima, que no menor gloria tenía ella por el retrainiento que tenía en Roma, que por el esfuerço tenía su marido en la guerra. Fue probado que, en catorze años que Torquato su marido estuvo en Asia la primera vez que passó en ella, jamás hombre la vio a la ventana; y no sólo en esto fue recatada, pero en todos aquellos catorze años jamás hombre de ocho años arriba entró por su puerta. Y, no contenta con lo que [92] hazía, por dar exemplo a toda Roma y para sí alcançar perpetua memoria, como le huviesen quedado tres hijos que el que más avía no avía tres años, en cumpliendo la edad de ocho años, luego los embiava fuera de casa para sus abuelos. Y esto hazía la excellentíssima romana porque so color de los hijos no se entrasen en casa otros mançebos.

Pues passados aquellos tiempos, el buen viejo Torquato, tornando a la guerra de los voscos, passando por la puerta de su muger aquel monóculo y una criada suya le hiziese relación que era cosa maravillosa de ver aquel monstruo, tomóle gran deseo de verlo; y, no aviendo quien se lo levase, fue tan grande su deseo, que murió de aquel antojo. Por çierto, asaz vezes avían passado el monstruo por su calle, y ella jamás quiso salir a la puerta ni menos ponerse a la ventana. Fue su muerte en Roma muy sentida, porque en Roma era además muy amada, y tenía razón, porque grandes tiempos avía que en Roma no se avía criado tal romana. Y por mandamiento del Senado en su sepulcro le pusieron este verso: «Aquí yaze la gloriosa Macrina, muger de Torquato, la qual quiso aventurar su vida por assegurar su fama.»

Mira, Faustina, no se hizo la ley por remediar la muerte de aquella matrona, sino porque a vosotras quedase exemplo de su vida y a todo el mundo memoria de su muerte. Iusta cosa es que, pues la ley se ordenó a causa de preñada honesta, no sea guardada sino con muger virtuosa. Y a las mugeres que piden les guarden la ley de las preñadas, por esa mesma ley les pregunten si son

muy honestas. En la Séptima Tabla de nuestras leyes dize: «Mandamos que, donde huviere corrupción de costumbres, no se les guarden sus libertades.»

CAPÍTULO XXII

En el año cinquenta y quatro de la edad de Marco Emperador, y décimo año de la elección de su Emperio, en el mes de quíntilis, estando en la çiuudad de Partínoples y no bien dispuesto de salud porque le fatigava la gota en los pies, vínole un centurión a manera de tabellario con gran furia, diziéndole cómo en la Gran Bretaña repentinamente avía venido una armada. Preguntado el centurión, dixo que venían en ella çiento y treinta naos del reyno de los mauritanos, y la cantidad era veinte mill de pie y dos mill cavalleros. Y dixo más: que venía por capitán general un hermano del rey de los mauritanos por nombre Asclípío, y que avía tomado tierra en un puerto de la isla que se llamava Arpino, y que para resistir tan gran potencia avía poca gente de guarnición en la isla.

El noble Emperador, oýda la embaxada, puesto que de dentro lo sintiese como hombre, pero defuera lo dissimuló como discreto, mostrando serenidad en el rostro y reposo en las palabras. Viendo, pues, que el negoçio no suffría dilación, dixo estas palabras: «Yo me veo con poca gente y con ningún dinero, pero haré lo que pudiere, y luego, porque más vale el mediano socorro que se embía con tiempo que el muy cumplido si acude tarde.» Pues luego el buen Emperador proveyó que todos los de su palaçio partiesen para Bretaña, sin quedar alguno para su serviçio.

Era costumbre que los emperadores romanos tales hombres tuviesen en su casa, que fuesen para embiarlos a qualquiera afrenta de guerra. Pues ya que estavan embarcados, llegó un vergantín de Bretaña, el qual dixo cómo los mauritanos eran tornados y que podían estar seguros que no avía hombre en la isla. Como el buen Emperador traxese su casa tan conçertada, y poca ocasión abaste al derramado para derramarse, andavan todos los suyos muy sueltos, que por ocasión de la guerra algunos hazían no buena vida. Visto por el Emperador la dissoluçión de su corte y el atrevimiento de los officiales de su casa, porque no afloxasen más en la virtud y creçiesen en la malicia, acordó un día llamarlos a todos en secreto, y díxoles estas palabras.

CAPÍTULO XXIII

La mayor señal del hombre virtuoso es en obras virtuosas virtuosamente expender el tiempo, y la mayor señal del hombre perdido es en obras perdidas perderse el tiempo. El mayor hado de todos los hados y el mayor deseo de todos los deseos es vivir los hombres largos tiempos, porque los varios casos que aconteçen en breve espaçio se suffren y remedian en largo tiempo.

Dezía el divino Platón que el hombre que sin utilidad ha passado los días de la vida, como a indigno de vida le quiten lo que le queda de vida. Las cloacas de las casas, las sentinas de las naos, los esterquilinos de las çiudades no corrompen tanto el ayre, quanto los hombres oçiosos corrompen a su pueblo. Assí como de un hombre que ocupa bien el tiempo no ay virtud que dél no se crea, assí del hombre que ocupa mal el tiempo no ay vileza que dél no se sospeche. El

hombre bien ocupado siempre le han de tener por bueno, y al hombre ocioso sin más pesquisa ha de ser condenado por malo.

Dezidme, preguntohos: ¿quién cría las tovas inútiles, las ortigas que ostigan, las cardenchas que lastiman, las espinas que pungen, sino las tierras que carecen de açada y los barbechos que no los visita el arado? ¡O, Roma sin Roma, que ya, triste, no tienes sino el nombre de Roma!, ¿por qué estás oy tan cara de virtudes y barata de vicios? Oye, oye, que yo te lo diré. Sábeta que por eso estás tal, porque despoblaste tus barrios y calles de offiçiales y offiçios, y poblaste tus rondas y [96] plaças de infinitos vagabundos. Yo soy cierto que no hizieron tanto daño a Roma los samnites, voscos, etruscos y pennos, derramados por sus campos, quanto oy hazen los ociosos y perdidos hechados por los tableros. No me negarán todos los escriptores que todas aquellas naçiones, conquistando a Roma, no le pudieron quitar una almena, y estos vagabundos le han asolado su fama.

Infallible regla es el hombre dado a exercicio ser virtuoso y el dado a ociosidad ser viçioso. Qué cosa tan divina fue ver aquellos siglos divinos de nuestros mayores, en los cuales desde Tullio Hostilio hasta Quinto Cincinato Dictador, y desde Cincinato hasta los tiempos Cincinos, que fueron de Sylla y Mario, nunca fue cónsul en Roma que no supiese offiçio, en que después de acabado el Senado passase su tiempo. Unos sabían pintar tablas; otros, esculpir imágenes; otros, labrar plata; otros, leer en las academias; de manera que ninguno en prinçipal offiçial del Sacro Senado se podía elegir sin que primero en algún offiçio manual le viesen exercitar.

Miento si en los *Annales* que quedaron de Livio no lo hallé todo lo sobredicho, los cuales me dieron los flámines vulcanales, y allí estava una ley antigua, aunque en este tiempo no guardada: que molinero, herrador, panadero y montanero no pudiese tener offiçio en el Senado, porque hombres de estos officios se hallavan aver hecho algunas traiciones. Pues mirad agora la mutança de los tiempos y la corrupçión de las costumbres, que en trezientos años en la famosa Roma todos trabajavan, y agora ha ochocientos años en la infame Roma que todos huelgan.

Otra cosa hallé asaz digna de eterna memoria en aquellos *Annales*, aunque de viejos no podían ser bien leídos. Teniendo el Pueblo romano quatro guerras muy peligrosas iunctas (a Scipión el moço contra los pennos, y a Munio contra los achayos, y a Metello contra Andrisco, Rey de Maçedonia, y a otro Metello, su hermano, contra los celtiberios de España), pues como fuese ley muy guardada que ninguno a alguno por ninguna cosa pudiese quitar de su offiçio en que estava ocupado, teniendo estrema necessidad el Senado de embiar tabellarios a las guerras, tres días anduvieron los senadores y censores por Roma, que nunca pudieron hallar un hombre ocioso para embiarle camino. Lloro de embidia que tengo aquella felicidad antigua, y lloro por compassión de nuestra miseria presente. Confusión es dezirlo, mas dirélo: veinte años tuve offiçios en el Senado y diez ha que rigo el Imperio, que son por todos treinta, en los cuales iuro a los dioses immortales he açotado, empozado, ahorcado, empicotado, desterrado más de treinta mill hombres vagabundos y de diez mill mugeres perdidas. Pues ¿qué comparación ay de aquella vida a esta muerte, de aquella gloria a esta pena, de aquel oro a esta escoria, de aquel antiguo trabajo romano a la feminil ociosidad de la iuventud romana?

En las leyes de los lacedemonios están estas palabras en el obelisco de los ociosos: «Mandamos como reyes, rogamos como siervos, doctrinamos como philósophos y amonestamos como padres

que los padres a sus hijos primero les enseñen los campos en los cuales con trabajo han de vivir, que no las plaças y tractos a do por la oçiosidad se han de perder.» Y dezía más la ley: «Si en esto los moços como moços se desmandaren, queremos que los viejos como viejos los repriman. Y si por caso los padres fueren negligentes en lo mandar, o los hijos rebeldes en obedesçer, mandamos que el príncipe entonçes sea muy solícito en los castigar.» Por çierto, palabras fueron dignas de notar, por las quales Licurgoio, el Rey, meresçió eterna memoria para su persona y aquel fortunado reyno paz perpetua para su república.

¡O!, Roma, ¿qué hazes?, ¿por qué no miras las leyes de los lacedemonios, los quales con sus amigables costumbres motejan tus bestiales vicios? ¿Duermes o velas, ¡o!, Roma? ¿Despiertas a todo el mundo a dexar los iustos trabajos y tú duermes en los iniustos oçios? ¿Estás segura de los enemigos y descuidas de los ociosos? Pues por çierto, si aquellos estando lexos te hazían velar, por estos que tienes contigo te avías de desvelar. Yo hos he querido hablar a todos los de mi palaçio iunctos, y días avía que lo tenía en voluntad, sino que la muchedumbre de los negoçios estraños costringen al hombre poner en olvido los suyos.

CAPÍTULO XXIV

Veniendo, pues, el Emperador a lo que quería dezir, añadió a lo sobredicho estas palabras:

Muchas cosas he visto y de personas verdaderas he sabido las quales me han paresçido mal y ninguna bien. Señaladamente una, la qual a los dioses offende, al mundo escandaliza, la república pervierte y a la propria persona daña: ésta es la maldita ociosidad, que destruye a los buenos y acaba de perder a los malos. Muchas vezes en secreto, y medio burlando en público, algunos de vosotros lo he amonestado y castigado, y a ninguno he visto aprovechar el castigo. Por una parte el estímulo de la razón me costringe a castigaros; por otra parte, considerando la malicia humana quán prona es al mal, algunas vezes determínome suffriros. Muchas vezes querría con la furia castigaros como a hijos, pero refrénola acordándome que sois moços y de los engaños del mundo aun no desengañados. Los cañones y pelo malo que agora nasce razón es crea a las canas cansadas que ya se van a caer. Tienen tan grande pendençia males de males, y tan gran liga hecha entre sí viçios con viçios, y ay oy tantos que engañen y se dexen engañar, que quando escapamos de un engaño pequeño y cognoscemos el engañador, ya nos tiene engañados con otros mayores engaños.

Sobrada compassión tengo de vosotros, mis criados, hablando como señor, y de vosotros, mis hijos, hablando como padre, por verhos todo el día y la noche andar por Roma perdidos; y lo peor de todo, siento que no sentís vuestra perdición. ¿Qué mayor brutalidad de brutos puede ser, que es verhos sandios de theatros en theatros, de flámines en flámines, de ludos en ludos, de plaças en plaças, de thermas en thermas, de nugibundos en nugibundos, de pantomimos en pantomimos? Y lo que más es: ni sabéis qué pedís ni qué queréis, a dó is ni de dó venís, qué hos aplaze o qué hos desplaze, qué hos es nocivo o qué provechoso, no hos acordando que nasceis hombres racionales y vivís como salvajes entre los hombres y después morirés como animales.

¿De dó pensáis que viene por lo que rabiávades ayer estar empalagados oy? Esto se causa de no atajar los bestiales movimientos y de no represar los iuveniles deseos, y sobre todo de no ocupar

vuestros sentidos. Mirad los de mi corte, y no lo pongáis en olvido, no cure alguno de buscar passatiempos emprestados cada día, ningún hombre de qualquier condición que sea: si no tiene en armas o lección algún ordinario exerçio, siempre terná el cuerpo penado y el espíritu alterado, y de todas cosas terná astío, y de calle en calle se andará vagabundo. Y torno a dezir otra vez que, como el coraçón del hombre sea generoso en sus operaciones y tenga potencia continua para todos los actos, de todos los passatiempos del cuerpo a tres días tiene astío, y del solo y con el solo y en el solo loable exerçio tiene descanso.

Como soy Emperador de todo el mundo, es razón (y no puede ser menos) sino que de todas las naçiones y gentes estén en mi palacio; y qual fuere el príncipe, tal será su casa; y qual su casa, tal será su corte; y qual su corte, tal será su Imperio, por cuya causa el rey deve ser muy honesto, su casa muy concertada, y sus offiçiales bien doctrinados, y su corte bien corregida. De mi vida buena dependen sus vidas buenas y por consiguiente malas. Cada naçión depende en sus particulares achademias: los assirios en Babilonia, los persas en Dorca, los indos en Olipa, los chaldeos en Thebas, los griegos en Athenas, los hebreos en Helia, los latinos en Samia, los gallos en Aurelia, los hispanos en Gades, y todos estos iunctos en Roma. La escuela universal de todo el mundo es la persona, casa y corte de los príncipes. Lo que dixéremos los emperadores, aquello dirán nuestros súbditos; lo que hiziéremos, harán; si afloxáremos, afloxarán; si nos perdiéremos, perderse han; si nos ganáremos, ganarse han; y finalmente, nuestro bien será su bien y nuestro mal será su mal.

Por cierto es obligado el príncipe su persona tener tan recatada, y a su casa y corte tan recogida, que todos los que lo vieren tengan embidia de lo imitar y a los que lo oyeren pongan deseo de lo ver. Mirad y miremos, pensad y pensemos: los que de tierras estrañas por tierras estrañas a tierras estrañas nos vienen para sus trabajos a pedir remedio, de nuestras malas costumbres no lleven algún escándalo.

¿Qué mayor monstruosidad entre hombres podía passar si passase, que viniesen a quejarse de los ladrones de su tierra a los ladrones de mi corte y casa? ¿Qué mayor afrenta que pedir iustiçia de los homicianos suyos a los homicianos míos? ¿Qué crueldad tan cruda querellar de los vagabundos de su tierra a los hombres ociosos de mi casa? ¿Qué cosa puede ser tan infame, que venir acusar a los que dixeron mal de los emperadores delante aquellos que cada día blasfeman de sus dioses? ¿Qué cosa puede ser más inhumana que venir a pedir iusticia del que no cometió sino una travesura delante aquellos que nunca hizieron una buena obra?

Por cierto en tal caso los pobres hombres tornarse han con su inocencia engañados, y nosotros quedaremos con nuestra cruda malicia infames a los hombres y reos a los dioses. ¡O, cuántas cosas pequeñas castigamos en los hombres pequeños, las cuales sin quebrantar la iustiçia les podíamos dissimular! Y ¡o, cuántas cosas grandes en los hombres grandes suffren los dioses, por las cuales no haziéndoles siniustiçia los podían gravemente punir! Pero al fin los hombres crudos como hombres crudos no saben cosa perdonar y los dioses piadosos como dioses piadosos quasi nada quieren castigar. Y por esto no quiero que se engañe alguno, que si los dioses dissimulan las iniurias suyas, no por eso dexarán de castigar las siniusticias ajenas. Los dioses en sus castigos son como el que da a otro una bofetada, que quanto más aparta la mano, tanto más rezio hiere el carrillo. Por semejante, quantos más años los dioses dissimulan nuestras culpas, tanto más después nos lastiman con sus penas. Por çierto yo le hes visto a los dioses muchas vezes a

muchos muchas culpas dissimular mucho tiempo, pero también les vi quando no catava castigarlas todas de un castigo.

CAPÍTULO XXV

Después que los dioses lo ordenaron y mis hados lo permittieron que fuese elegido en Emperador, por no estar oçioso he trabajado lo más que he podido de visitar el Imperio. Los pequeños que aquí estáis, vuestros padres hos me dieron porque en mi palacio hos criase; y, de los mayores, unos me rogastes hos rescibiese esperando merçedes y a otros yo elegí para mis serviçios. La intención de los padres quando traen a sus hijos a las cortes de los príncipes es despegarlos del favor de los parientes y destetarlos del regalo de las madres. Y paréçeme que es bien hecho, porque los niños dende niños se abezen a los trabajos muy trabajosos en que han de vivir y a los disfavores y reveses que de la fortuna han de aver.

No venistes de vuestra tierra a tomar los viçios de Roma, sino a deprender muchas buenas costumbres que ay en Roma y dexar los resabios de vuestra tierra. ¿Pensáis vosotros que faltava acá quien, sacudido el trabajo, se diese al oçio? De verdad, la mísera Roma más neçessidad tiene de agricultores que labren que no de patriçios que huelguen. Yo hos iuro que, por no fatigar los braços en los telares y los pulgares en las ruecas, están oy los lupanares más llenos de malas mugeres que los templos de buenos sacerdotes. Y torno a iurar que más fácilmente hallásemos diez mill mugeres malas en Roma para plazer de los viciosos, que diez hombres buenos para servir en los templos.

Pregúntohos: ¿quién mata a los merchantes por los caminos? ¿Quién despoja a los caminantes en los montes? ¿Quiénes descorchan o quebrantan las puertas de los vezinos? ¿Quién roba por fuerça los templos, sino cursarios ladrones que por no trabajar de día acuerdan hurtar de noche? ¡O, Roma, y cuántos males se te vienen de un solo mal! ¿Quién puebla los ausonios de tantos perdidos, los palaçios de tantos inhábiles, los montes de tantos ladrones, los theatros de tantos pantomimos, los prostíbulos de tantas malas mugeres y las plaças de tantos vagabundos, sino el cánçer de la ociosidad, que ha destruido más tus buenas costumbres que los vientos y las aguas tus antiguas murallas?

Crean todos una cosa, y yo sé que digo verdad en ella: que el ordimbte del telar do se texen todas las ruindades, y la sementera de todos los viçios, y el rebentón de todos los buenos, y el resbaladero de todos los malos, y el despertador de todos los ladrones no es sino la ociosidad. Y torno a dezir que no ay viçio en todos los viçios que en los moços críe tanto fuego y en los viejos engendre tanta carcoma, a los buenos ponga en tanto peligro y a los malos haga tanto daño como es la ociosidad. ¿Quién pone sediciones en los pueblos y escándalos en los reynos sino los que huelgan, porque quieren comer el sudor de los que trabajan? ¿Quién inventa los tributos desaforados sino hombres vagabundos que por no trabajar con sus manos inventan cohechos infinitos? ¿Quién pone dissensiones entre vezinos sino los hombres viciosos, los quales de que no se ocupan sus fuerças proprias en buenas obras desenfrenan sus lenguas por vidas ajenas? ¿Quién imagina oy tantas malicias en Roma, las quales jamás fueron oydas de nuestros padres ni leídas en nuestros libros, sino los vagabundos, que como no tienen ocupado su juizio, nunca piensan sino en daño ageno?

El emperador que pudiese desterrar a todos los ociosos del Imperio, podíase loar que avía dissipado todos los vicios del mundo. Pluguiera a los dioses inmortales que, de quantos triumphos huvo en Roma de los estraños ocupados en buenos exercicios, viera yo uno de los vagabundos de Roma hechados por los tableros.

Quiero dezir una antigüedad digna de eterna memoria. Era ley antigua que ninguno pudiese ser tomado en Roma por vezino si no fuese primero por el censor muy examinado. En los tiempos de Cathón Censorino, quando alguno quería avezindarse en Roma, éste era el examen que le hazía. No le preguntava de dónde era, quién era, de dó venía, por qué se venía, de qué linaje o antigüedad desçendía, sino tomávale las manos entre sus manos, y si las tenía blandas como hombre vagabaundo, luego los despedía; y si duras y llenas de callos, por vezinos de Roma luego los asentava. No contento con esto, quando sus officiales prendían algún malhechor y le ponían en la cárçel Mamortina, en lugar de información, lo primero le catava las manos; y si las tenía de hombre trabajador, aunque el crimen fuese grave, holgava de templar el castigo; y si acaso el triste preso tenía las manos de hombre ocioso, por pequeña culpa dava muy grande pena. Solía él dezir muchas vezes: «Hombre que tenga buenas manos no puede ser de buenas costumbres.» Y otras vezes dezía: «Nunca castigué al labrador de que no me pesase, ni açoté a vagabundo de que no me pluguiese.»

Pues más hos diré de este Cathón Censorino: que era tan temido, que assí como los niños en las escuelas, quando entra su maestro, todos toman las cartillas, assí Cathón quando yva por Roma, en poniendo él los pies en la plaça, ponían todos las manos en la obra. ¡O!, bienaventurado varón, delante el qual más temían los hombres estar ociosos que delante otros cometer muchos vicios. Pues mirad agora vosotros cuánta fuerça tiene la virtud, y cuán poderoso es el hombre virtuoso, que teniendo temor todo el mundo a sola Roma por las armas, toda Roma temía solamente a Cathón por las virtudes; de manera que los que triumphavan de todo el mundo eran acoçeados de solo un bueno.

Son tan varios los acaesçimientos de los hombres, y da en ellos tantos reveses la sospechosa fortuna, que quando al fin de mucho tiempo nos da algunos deseados plazer, luego nos emplaza a que nos ha de visitar con repentinos trabajos. ¡O!, bienaventurado Cathón Censorino, el qual con todos los virtuosos de su vadera están ya seguros de los baybenes de la fortuna. Pues quien quisiere tener gloria en la vida y alcançar fama en la muerte, ser amado de muchos y temido de todos, sea virtuoso de hecho con obras y no nos engañe con palabras.

A ley de bueno vos iuro, y assí los dioses cumplan mi deseo, para mí yo querría más ser Cathón con las muchas virtudes que obró en Roma, que no ser Scipión con las muchas sangres que derramó en Áphrica. Bien sabemos todos que Scipión se hizo muy famoso abrasando las ciudades y degollando los innoçentes, y Cathón alcançó eterna memoria reformando los pueblos, perdonando los culpados y enseñando los ignorantes. Pues vean todos si tengo razón desear más ser Cathón con Cathón en provecho de muchos que no ser Scipión con Scipión en perjuizio de tantos.

Estas cosas hos digo, amigos, porque veáys cómo nuestros mayores, unos en su tierra y otros en tierras estrañas, éstos siendo moços y aquéllos siendo viejos, en su siglo gozaron de gloria sus

personas para sí y en los siglos advenideros dexaron no menor honra para sus descendientes. Todo esto hacemos nosotros al contrario: yo, siendo Emperador, con enojo mando mal, y mis officiales por interesse lo hazen peor; y puestos en nuestros vicios, aviçados tómannos cada hora en muchas miserias; estamos notados de grandes poquedades, por cuya ocasión los iustos dioses por nuestras iniustas obras, dando iusta sentençia, mandan que vivamos con sospecha, muramos con infamia y nos sepulten con olvido muy olvidado.

Pues abrid bien los sentidos los de mi casa y corte en lo que de mí a vosotros he dicho, porque de oy en adelante, qualquiera que sea, dende que yo le viere ocioso téngase por despedido. Los que sois doctos podéis escrevir y leer, los que sois cavalleros exercitaros en armas, y los que sois officiales occuparos en vuestros officios. Y tened una cosa çierta, que si el aviso que hos he dado en secreto no tomáis, el castigo será público. Y porque más la tengáis en la memoria, y porque para los príncipes advenideros quede en doctrina, yo tengo esta plática escripta en todas las lenguas y puesta en el alto Capitolio con otras muchas mis escripturas. Los dioses sean en vuestra guarda y a mí aparten de la siniestra fortuna.

CAPÍTULO XXVI

En el año de la fundación de Roma de setecientos y veynte, y quadragésimo segundo de la edad de Marco el Emperador, dos años antes que tomase la possession del Imperio, a veinte días andados del mes séxtilis, que agora llamamos agosto, quasi a la hora que se ponía el Sol, en el reyno de Tinacria, que agora es Çeçilia, en una ciudad por nombre Bellina la marítima, que en nuestros tiempos se nombra Palermo, puerto de mar, acontesció un caso asaz peligroso de ver a los que le vieron entonçes y no menos espantable a los que le oyeren agora.

Estando, pues, los bellinos o los de Palermo çelebrando una fiesta con gran regozijo, por alegrías que sus pyrratas avían investido con una armada de los numidanos y avían preso diez naos y hechado a hondo treinta y dos, porque en aquellos tiempos estavan muy enemigos los unos con los otros, y por las malas obras que se hazían mostravan las grandes passiones que entre ellos andavan. Y como sea costumbre lo que los pyrratas o cossarios saquean en la mar iunctos, después a la lengua del agua repartirlo entre sí solos, salidos todos a tierra dividieron con mucha alegría lo que avían ganado con mucho trabajo. Fue cosa digna de notar, a do buenos y malos los coraçones y ojos tenían bien en qué emplear: los buenos tenían grave embidia a su triumpho y los cobdiçiosos a sus riquezas.

Y porque assí han de amar los hombres como si en breve huviesen de aborresçer, y assí han de aborresçer como quien si en breve huviesen de amar, mandaron los governadores de la ciudad que todas aquellas naos y riquezas estuviesen secrestadas en los mesmos pyrratas, para que ni ellos lo osasen vender, ni los cobdiçiosos se abalançasen a lo comprar. La causa fue porque era costumbre entre los insulanos todas las cosas que se tomavan durante la guerra depositarlas hasta la fin della, o hasta tornar a la paz antigua. Y por çierto era iusta la ley, porque muchas vezes se dexan de soldar grandes quiebras entre grandes enemigos, no tanto por las enemistades antiguas quanto por no tener con qué satisfazer los daños presentes.

Retraída ya toda la gente a sus casas por ser hora de çenar, que era verano, repentinamente vino por medio de la ciudad un monstruo en esta forma. Él era al paresçer de tres codos en alto. No tenía más de un ojo. La cabeça toda pelada, que sólo el casco se le paresçía. No tenía orejas, sino un poco abierto el colodrillo por do se pensava que oýa. Tenía dos cuernos como cabra tornátiles. Los braços eran más largos el derecho que el ezquierdo. Las manos tenía como de cavallo. No tenía garganta: igualavan los hombros con la cabeça. Las espaldas le relumbravan como peçe escamado. Los pechos tenía llenos de vello. La cara toda era como de hombre, sino que en la frente no tenía más de un ojo y en las narizes no más de una ventana. De la çinta abaxo no paresçía porque yva cubierto. Yva metido en un carro de quatro ruedas, en el qual yvan unidos dos leones en la delantera y otros dos en la çaguera. El carro no se pudo determinar de qué madera era. En la hechura no defería ninguna cosa de los otros communes que usan los hombres: en medio dél yva una caldera a manera de cubeto con asas o aldavas, dentro de la qual estava aquel monstruo, y por esto no paresçía sino de la çintura arriba.

Atravesó por medio de la ciudad asaz de espaçio de puerta a puerta. Yva çentellando çentellas de fuego. Fue tanto el espanto, que muchas preñadas malparieron y otras señoras de delicados coraçones amortekidas cayeron. Y iunctamente mayores y menores, hombres y mugeres, a los templos de Iúpiter, Mars y de Februa huýan, y los çielos con sus bozes importunavan. Estavan a la sazón todos los pyrratas aposentados y combidados en el palaçio del governador, que se llamava Solino, cuya naçión era Capua, y allí tenían todas sus riquezas depositadas. Pues andada toda la ciudad, o la mayor parte della, el monstruo con su carro y sus leones y ossos fueron a las puertas de palaçio ado estavan los pyrratas, las quales estavan çerradas, y allegándose el monstruo muy çerca, cortó la oreja a uno de los leones, y con la sangre que corría escrivió estas letras en la puerta: *r. a. s. p. i. p.*

Fueron estas letras una prueba para todos los de alto iuyzio en dar la declaraçión dellas, y fueron más las interpretaciones que no las letras. Y finalmente una muger phetonisa, asaz tenida en reputaçión por sus artes, dio la verdadera declaraçión dellas, diziendo de esta manera: «En la *r* dize *reddite*; en la *a*, *aliena*; en la *s*, *si vultis*; en la *p*, *propria*; en la *i*, *in pace*; en la *p*, *possidere*; que quieren dezir todas iunctas: 'Restituid lo ageno si queréis en paz poseer lo vuestro'.» Por çierto fueron los pirratas muy espantados de tan espantable mandamiento y la muger muy loada de tan alta declaraçión.

Esto hecho, luego el monstruo aquella noche se fue a una sierra alta que entonçes se llamava Jamina, y allí estuvo por espaçio de tres días a ojo de la çidad, en el qual tiempo los leones davan muy bravos bramidos, y de los ossos y monstruo salían muy espantables llamas. En todo este tiempo, ni paresçía ave en el ayre, ni animal en el campo; y todos los hombres offreçían grandes sacrificios a los dioses, en tanta manera, que rompían las venas de los pies y manos, e immolavan la sangre por ver si podrían aplacar sus dioses. Passados los tres días, súpitamente apareçió una nube algo oscura sobre la sierra, y luego començó a tronar y relampaguear, y fue hecho tan gran terremoto en la ciudad, que cayeron muchas casas y morieron no pocos vezinos, y lo que más es: súbitamente vino una çentella de la sierra a do estava el monstruo y quemó el palaçio con todos los pyrratas y las riquezas que estavan dentro, en tanta manera, que consumido todo lo que estava dentro, ardían las vivas piedras. Y fue el daño tan grande, que cayeron más de dos mill casas y morieron bien diez mill personas. Y en aquel lugar do estuvo el monstruo ençima de la sierra por memoria de aquel hecho mandó el Emperador se edificase un templo al

dios Iúpiter, el qual templo después Alexandro Emperador, teniendo guerras con los del reyno, le tornó castillo asaz fuerte.

CAPÍTULO XXVII

A la sazón que esto en la isla aconteció, estava en aquella çiudad, ya vezino y morador, un romano por nombre Antígono, varón de nobles patricios en sangre y algo entrado en edad. Avía dos años, poco más o menos, que estava desterrado de Roma él y su muger con una hija, que los hijos no fueron desterrados, y fue la ocasión ésta. Era muy noble costumbre y muy antigua, dende Quinto Cincinato dictador, en el mes de diziembre dos senadores los más ancianos, iunctamente con el censor nuevo y censorino viejo, visitar toda Roma de esta manera: llamavan a cada romano por sí aparte, y amonestávanle con las doze tablas de sus leyes y las pragmáticas particulares de su Senado, y preguntávanle si en su barrio sabía quién las huviese quebrantado, lo qual hecho davan aquella pesquisa al Senado, y iunctamente allí todos ordenavan las penas según la diversidad de las culpas. No podían a alguno castigar por culpas que huviese cometido en el presente año, sino avisarle se emendase para el año advenidero. El que fue amonestado en la otra visitaçión y no hallaron en él emienda, este tal era gravemente punido y algunas vezes desterrado. Eran éstas palabras de la ley en la quinta tabla en el obello terçero: «Ordena el Sacro Senado, consiente el venturoso Pueblo, reçíbenlo las antiguas colonías, que si los hombres por ser hombres en un año pecaren, los hombres como hombres por ese año lo dissimulen. Mas si los malos como malos no se emendaren, los buenos como buenos gravemente los castiguen.» Dezia más la ley: «Los primeros males çúffranse porque los cometen con flaca ignorancia, mas si los continuaren, castíguenlos porque ya no es sino por pereza o malicia.» Esta inquisiçión se hazía en el mes de diziembre, a causa que luego en el mes de Jano, que es enero, se avían de repartir los offiçios en Roma, y era razón supiesen a quién se avían de dar o negar las dignidades, porque no fuesen elegidos malos por buenos o buenos por malos.

El caso particular porque los desterraron a marido y muger fue éste. El segundo Emperador de Roma, Augusto, ordenó que ningún romano fuese osado de orinar a las puertas de los templos, y Calígula, quarto Emperador, mandó que ninguna muger diese çédulas para traer en la garganta con que se quitasen las quartanas. Y Cathón Censorino hizo una ley que ningún moço con moça, ni moça con moço fuesen osados hablar ni estar iunctos a las fuentes do cogían agua, ni en los ríos do lavan paños, ni en los ornos do cozían pan, porque toda la iuventud romana acudía allí como milanos a buytrera.

Aconteçió que, visitando los çensores y los cónsules en Roma un barrio por nombre Monte Çelio, fue acusado un vezino que se llamava Antígono que le vieron orinar en las paredes del templo Mars. Assimesmo, fue acusada su propria muger que dava y vendía çédulas para las quartanas. Por semejante fue vista una hija suya en las fuentes, ríos y ornos platicar y reír con los mançebos romanos, la qual cosa era gran infamia en las donzellas romanas. Pues visto por los çensores el mal recaudo que en la casa de Antígono avían hallado en los registros, como ya de aquellas cosas avían sido avisados, desterráronlos a la isla de Çiçilia por quanto fuese la voluntad del Senado. Y como en los edifiçios famosos de que hazen sentimiento nunca cae piedra sin que dexede movida otra piedra, por semejante son tan varios los acaescimientos de los hombres, que jamás viene una desdicha sin que dexede emplazada otra. Esto se dize porque Antígono, este

romano, no sólo perdió la honra y hacienda en su patria, mas aun en el destierro la invidiosa fortuna con el terremoto del monstruo se le cayó una casa y le mató una su muy querida hija. En todo este tiempo que esto pasó en Roma y lo del monstruo aconteció en Çiçilia, Marco el Emperador estava en la guerra contra los argonautas, el qual venido, como le diesen una carta de Antígono, en la qual relatava su destierro, al buen Emperador tomóle gran compassión y para consolarle tornóle a rescribir otra.

CAPÍTULO XXVIII

Cinco años después de la muerte de Antonino Pío el Emperador, suegro que fue de Marco Aurelio y padre de Faustina, vino una pestilencia en Italia. Fue esta pestilencia una de las cinco pestilencias que en el Pueblo romano gran estrago hizieron. Duró por espacio de dos años, y fue universal en toda Italia. Puso gran espanto en todo el Imperio Romano, porque pensaron que los querían acabar los dioses por algún enojo que tenían dellos. Morieron tantas y tan grandes personas, de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de moços y de viejos, que los escritores hallaron menos trabajo de escribir los pocos que escaparon que los muchos que murieron.

Assí como quando quiere caer algún gran edificio primero se desmorona dél algún polvo, por semejante nunca jamás los romanos vieron alguna grave pestilencia en su tiempo, que no fuesen amenazados primero con algún prodigio o señal en el cielo. Dos años antes que Anníbal entrase en Italia, vieron una tarde estando el cielo sereno llover sangre y leche en Roma, y fue declarado por una muger que la sangre demonstrava cruda guerra y la leche mortal pestilencia. Quando Sylla bolvió de Campania para echar a Mario, su enemigo, de Roma, vieron sus cavalleros una noche una fuente de la qual corría sangre, y todo lo que allí se vañava quasi ponçõña y venino paresçía. Al qual prodigio se siguió que de dozientos y çinquenta mill vezinos, dellos muertos a cuchillo, dellos consumidos por pestilencia, dellos proscriptos por Sylla, y dellos huydos con Mario, de tan gran muchedumbre de romanos no quedaron quarenta mill vezinos. Por cierto, jamás Roma en seisçientos años rescibió tanto daño de sus enemigos, quanto en veinte años solos padesció de sus proprios hijos. Todos los tyrannos no fueron tan crudos contra las tierras estrañas quanto lo fueron los mesmos romanos contra sus tierras proprias.

Paresçe esto ser verdad, porque el día que Sylla puso a cuchillo a toda Roma, le dixo un capitán suyo esta palabra: «Dime, Sylla, si a los que tienen armas matamos en la guerra, y a los que no tienen armas matamos en su casa, ¿con quién hemos de vivir? Por los dioses te coniuero que, pues nascimos de mugeres, no mates las mugeres, y pues somos hombres, no mates los hombres. ¿Tú piensas que, matando todos los romanos de Roma, has de hazer república de las bestias de la montaña? Entras con apellido de defender a la república y alañar a los tyrannos, y destruyes la república, quedando nosotros tyrannos.» A mi juicio, tanta gloria ganó este capitán por las buenas palabras que dixo, como Sylla mereció castigo por las crueldades que hizo.

Esto hemos dicho porque, si antes de aquellos daños preçedieron algunas señales, no menos a la mortandad que fue en tiempo de este Emperador previno alguna cosa espantosa. Fue el caso éste: que como un día estoviese el Emperador en el templo de las vírgines vestales, súpitamente entraron dos puercos, los quales se pusieron a sus pies, y en acabando de llegar y acabando de morir todo fue iuncto. Dende a pocos días, viniendo del alto Capitolio a salir a la puerta Salaria,

repentinamente vieron dos millanos asidos con las uñas caer a los pies del Emperador, y en acabando de caer y acabando de espirar todo fue iuncto. Dende a pocos días, viniendo de caça de montería, aviendo corrido unos perros un venado, entre los otros avía dos lebreles muy denodados, y por eso eran del Emperador muy queridos, los quales viniendo de correr la bestia, dioles en sus propias manos agua. Acontesció que, bebiendo en sus manos, súpitamente se le cayeron en el suelo muertos. Acordándose de los puercos y de los millanos, púsole mucho espanto la muerte de los perros, y ayuntados todos los sacerdotes y los magos y adevinos, mandó dicesen todos su parescer, los quales por las cosas passadas iuzgando aquel hecho presente, determinaron que dentro de dos años harían los dioses en Roma muy graves castigos.

No passaron muchos días que no se levantó la guerra de los parthos, a la qual se siguió el siguiente año hambre y pestilencia entre los romanos. Fue aquella pestilencia inguinaria que por otro nombre se llama nascidas. El Emperador (aunque todo el Senado era ydo) él en Roma se estava quedo, caso que no salía del Capitolio. Andando, pues, los ayres tan corruptos, aunque no fue herido de nascidas, enfermó de calenturas, por cuya ocasión, dexada Roma, tomó el camino para Campania. Finalmente, en la çiudad de Partínoples hizo lo más de su morada todo el tiempo que en Roma duró la pestilencia.

CAPÍTULO XXIX

Estando en aquella çiudad de Partínoples, como otros buscan passatiempos para conservar la vida, assí él se occupava en sus libros para aumentar la sciencia. No avía cosa con que alguno le pudiese hazer algún gran serviçio como era buscarle algún libro nuevo -no dezimos nuevo de los que escrevían en sus tiempos, sino de los muy antiguos que por viejos eran olvidados. Era amigo no sólo de libros antiguos, pero aun de viejas vejedades, y por ellas hazía muchas mercedes.

Estando en aquella çiudad malo, truxéronle de Asia, de una ciudad que se llama Helia, unos hebreos un libro escripto en hebraico, y tomó tanto sabor en leerle y tanta cobdicia en acabarle, que muchas vezes sobre comer se ponía a estudiar, y estando con calentura no podía dexar de leer. Y como los médicos le amonestasen, y los amigos le rogasen, y los privados le riñesen porque, olvidada la salud de su persona, se occupava tanto en la escriptura, respondió:

Por los dioses que adoramos vos coniuero y por la amistad que nos tenemos vos ruego me dexéis. Bien sabéis que no se curan los de sangres delicadas como los rústicos de nervios duros. Por semejante manera, unas medicinas han menester los de claros juizios y con otros socroçios se han de curar los de botos entendimientos. Ésta es la differença que ay de lo uno a lo otro: que el idiota como idiota tiene dieta de libros y ártase de manjares, y el sabio como sabio aborresçe los manjares y recreáse con los libros. ¡O!, si supiesen los que no saben qué cosa es saber, yo vos iuro ellos viesen cómo vale más lo poco que sabe el sabio que lo mucho que tiene el rico. Porque el mísero rico, quanto aumenta en riquezas desminuye en amigos y cresce en enemigos para su daño; y el que es sabio, quanto más sabe, tanto es más amado de los buenos y temido de los malos por su provecho.

Una de las cosas en que soy cargo a los dioses es averme hecho compassivo, lo qual no es pequeño don para el hombre que vive en este mundo. Dígolo porque yo gran compassión tengo a

los pobres muy pobres, a las biudas muy biudas, y a los tristes muy tristes, y a los huérfanos muy huérfanos; pero sin comparación la tengo mayor a los necios muy necios. Porque los dioses, haciéndolos hombres por naturaleza, se pudieran hazer dioses por la sabiduría, y ellos como torpes se han tornado menos que hombres por su necesidad. Por cierto, bendito es el hombre que no se contenta con ser hombre, sino que procura ser más que hombre por la virtud; y maldito el hombre que no sabe ser hombre si no se torna menos que hombre por el vicio.

Al parecer de todos los más filósofos, una es la primera causa, y uno es solo el dios immortal; y si ay muchos dioses en los cielos, es porque hubo muchos virtuosos en la tierra. En aquellos siglos passados, quando los simples eran siervos y los buenos señores, eran en tanto tenidos los buenos que se avían señalado en famosas obras quando vivos, que eran tenidos por dioses después de muertos. Como el dote de la virtud sea el premio que se da por ella, cosa es cónsona a razón los que se esforçaron a ser buenos entre tantos malos de esta vida sean muy honrados con los dioses después de la muerte.

Vosotros estáis mal conmigo porque me veis siempre leer, y yo estoy peor con vosotros porque nunca hos veo un libro en esas manos tomar. Vosotros tenéis por trabajoso al hombre enfermo leer; yo tengo por más peligroso el que está sano holgar. Vosotros dezís que la lección en mis carnes causa quartana; yo digo que la ociosidad en vuestras ánimas engendra pestilencia. Mientras yo me pudiere aprovechar de mis libros, ninguno tenga compassión a mis trabajos, porque más quiero morir como sabio entre los libros que no vivir como simple entre los hombres. Pregúntohos una cosa: el hombre que presume de hombre y no tiene letras, ¿qué diferencia ay dél a las bestias? Por cierto, más provechosos son los animales para labrar la tierra, que no los hombres simples para servir la república. Un simple buey da su cuero para calçar y sus carnes para comer y sus fuerças para arar, y una inocente oveja aprovechan sus velloçinos para paños y su leche para quesos; pero el hombre necio ¿a qué aprovecha, sino que offende a los dioses, escandaliza a los inocentes, come el pan de los pequeños y es cabeça de vagabundos? De verdad, si en mi mano fuese, yo antes daría la vida a un búballo simple que a un idiota malicioso, porque aquel animal vive en utilidad de muchos y sin daño de alguno, y el hombre idiota vive en daño de todos y sin provecho de alguno.

¿Por qué pensáis que estoy yo mal con los ignorantes y amo tanto a los doctos? Pues oýd, que yo hos lo diré. Bien me parece a mí el hombre que es columbino en su condición, suave en sus palabras, reposado en su persona y grato en su conversación; y por contrario mucho me desplaze el hombre que es áspero en las palabras, bullicioso en las obras, rixoso en la condición, doblado en las promesas y duro en el corazón; pero quiero dezir otra cosa que siento, que assí como el sabio lo que le falta de natural suple con buena ciencia, assí el que es simple lo que le falta de discreción suple con malicia. Tened esto por cierto, y de ligero no se crea alguno de nadie, porque el hombre para que le creamos, o ha de ser tan simple que de simple se torne bobo, o ha de ser tan cuerdo que de cuerdo se torne sabio; y al que fuere de otra manera, guardahos dél porque anda a vender malicia. El que quiere engañar a otro, lo primero que haze es ponerse en possession de simple, porque teniendo crédito de bueno puede derramar su malicia seguro. Las mollinas blandas passan las ropas, y la calentura lenta se mete en los huessos, y los hombres mansos engañan a las gentes.

CAPÍTULO XXX

Proseguendo el Emperador su propósito, añadió estas palabras a lo sobredicho:

Mirad, amigos, caso que en todos es dañosa la ignorancia y en cada uno haga falta la sabiduría, mucho más lo es en el príncipe, el qual no se deve contentar con que sepa lo que sabe uno de los sabios, sino que ha de saber todo lo que saben todos, pues es señor de todos. A mi parecer, no se eligen los príncipes por pensar que han de comer más que todos, vestir más que todos, correr más que todos, iugar más que todos, hablar más que todos, tener más que todos, sino con presupuesto que han de saber más que todos. El príncipe, quando la sensualidad quisiere desenfrenar, mire que en su persona ha de estar muy honesto, y dévese acordar sólo de esta palabra. Y es que quanto es mayor su poderío que todos, tanto ha de ser su virtud mayor que todos.

Por cierto, gran infamia es ver a un hombre ser más poderoso que todos los poderosos y más rico que todos los ricos, y por otra parte cognoscan todos ser más necio que todos. Todos los defectos y flaquezas se pueden encobrir en el que gobierna, si no es la ignorancia; porque si es malo, sólo es malo para sí, mas la ignorancia en el príncipe es pestilencia que hiere a él, mata a muchos, encona a todos, despuebla los reynos, oxea los amigos, espanta los estraños y finalmente daña a sí y escandaliza a los otros. Quando Camillo triumphó de los gallos, el día de su triumpho escribió estas palabras en el alto Capitolio: «¡O!, Roma, tú eres madre de sabios y madrastra de necios.» Fueron palabras dignas de tal varón.

Si no me engaña mi memoria, por cierto más nombrada fue Roma por los sabios que en ella entravan que por los exércitos que della salían. Los nuestros antiguos romanos más fueron temidos por su saber que no por su conquistar. A los que quedavan rodeados de libros en Roma, y no a los que yvan cargados de armas, temía toda la tierra. Por eso jamás fue vençida Roma, porque si desbaratavan sus exércitos, nunca se agotavan ni acabavan sus sabios. No sin lágrimas lo digo, que no ha caído Roma de la cumbre de su estado por falta de armas y dineros para pelear, sino por no tener sabios y hombres cuerdos con que se regir. Nuestros padres lo ganaron como sabios y nosotros sus hijos lo perdemos como simples.

Todas las cosas que por los hombres son mucho deseadas se alcançan con trabajo, se sustentan con congoxa y se reparten con enojo. Y la razón desto es porque no ay cosa tan buena, ni tan amada, que el discurso del tiempo no nos haga o dexarla o menospreçiarla o aborreçerla o tener astío della. Es la vanidad tan vana, y el mundo tan mundo, y los perdidos tan perdidos, que con deseo iuvenil, desenfrenados sus deseos, velan muchas vezes por alcançar una cosa y después se desvelan por salir della. Y por mostrar más su liviandad, lo que les costó mucho dan a menospreçio; lo que amavan entonces, aborreçen agora; y lo que con gran fervor alcançaron, con gran furia lo dexan. Y paréçeme que es juicio de los dioses que, pues el que ama se ha de acabar, y lo amado ha de aver fin, y el tiempo en que se ama ha de fenesçer; iusto es el amor con que se ama aya de acabar. Pero es tan descomedido nuestro appetito, que, en viendo una cosa, la deseamos; y en deseándola, la procuramos; y en procurándola, la alcançamos; y en alcançándola, la aborreçemos; y en aborreçiéndola, la dexamos; y en dexándola, luego otra cosa procuramos; y procurada de nuevo, la aborreçemos. De manera que quando començamos a amar aquello, acabamos de aborreçer esto, y acabado de aborreçer lo uno, començamos a amar lo otro, y finalmente se acaba primero nuestra vida que no nuestra cobdicia.

No es assí de la sabiduría, la qual en el corazón do una vez entra haze olvidar el trabajo con que se alcançó, tiene por bueno el tiempo passado, goza con verdadero gozo del tiempo presente, pone astío de ociosidad, no se contenta con lo que sabe, despierta el apetito a más saber, ama lo que otros dexan y dexa lo que otros aman; y finalmente el que es verdadero sabio, holgando en el mundo trabaja, y trabajando en sus libros descansa.

Y como de todas las cosas no hemos de dezir sino lo que sentimos dellas, porque de otra manera hablaríamos por paresçer ageno y no por experiència propria, en este caso digo que, aunque no esperase gualardón de los dioses, ni honra entre los hombres, ni memoria en los siglos advenideros, holgaría ser philósofo sólo por ver quán gloriosamente el philósofo passa su tiempo. Pregunto una cosa: quando mi juicio está offuscado en lo que ha de hazer; quando mi memoria está descordada en lo que ha de acordar; quando mi cuerpo está çercado de dolores; quando mi corazón está cargado de cuidados; quando yo estoy sin saber dó estoy rodeado de mill peligros, ¿dónde me puedo yo mejor hallar que es acompañado de sabios o metido entre los libros? En los libros hallo sabios de quien deprender, hallo esforçados a quien imitar, hallo prudentes para me aconsejar, hallo tristes con que llorar, hallo alegres con quien reír, hallo simples de quien burlar, hallo lo bueno que he menester, y hallo lo malo de que me he de guardar; y finalmente en las escripturas hallo cómo en la prosperidad me tengo de regir y cómo en la adversidad me tengo de valer.

¡O!, quán bienaventurado es el hombre que es bien leído, y muy más bienaventurado si por mucho que sepa se allega a consejo. Y caso que todo esto aya de tener verdad en todos, mucho más es necessario en aquel que es governador de todos. Infallible regla es que el príncipe sabio nunca puede ser simplemente bueno, sino muy bueno; y el príncipe ignorante nunca puede ser simplemente malo, sino muy malo. Al príncipe que no es bien fortunado, gran escusa le es la sabiduría para escusarse con su pueblo de todos los reveses que le da la fortuna. Quando el príncipe es amado de su república y es virtuosa su persona, luego dizen todos quando no le succede bien la fortuna: «A nuestro príncipe, si le faltó la fortuna, no le faltó la cordura; y si no fue venturoso en los fines, a lo menos mostróse ser sabio en los medios. Y lo que agora le negó ventura, otro día se lo tornará su sabiduría.»

Y por el contrario, el príncipe que no es sabio, y con esto es aborrecido del pueblo. Por cierto, en los siniestros de fortuna él corre peligro, porque si en las graves cosas le succede mal, luego dizen que fue por la ignorancia de su persona, o por el mal consejo de su casa. Y si acaso le succede bien, atribúyenlo no a él bien lo guiar, sino a la fortuna lo permitir; no a la sagacidad que tuvo en los medios, sino a la piedad que tuvieron dél todos los dioses. Pues que assí es, el príncipe cuerdo el tiempo que le vacare deve en secreto leer sus libros y en público comunicar y aconsejarse con sabios, y caso que de su desdicha permita que no tome sus consejos, a lo menos cobrará crédito de sabios entre sus vassallos.

No quiero más dezirhos, sino que estimo tanto el saber y al sabio que lo sabe, que si huviese tienda de sciencia como la ay de mercadería, yo daría toda mi hazienda sólo por lo que depende un sabio en un día. Finalmente digo que lo poco que deprendo en una hora, no lo daría por quanto oro ay en la tierra, y más gloria tengo de los libros que he passado y de las obras que he compuesto que de las batallas que he vencido ni de los reynos que he ganado.

CAPÍTULO XXXI

Estando malo el Emperador, como en el capítulo pasado avemos dicho, un día estando con él muchos médicos y oradores, movióse la plática de hablar quán mudada estava Roma, no sólo en los edificios, pero aun en las costumbres, y quán poblada de lisonjeros y despoblada de hombres que osasen dezir las verdades. Entonçes tomó la plática el Emperador y dixo estas palabras:

En el año primero que fui cónsul, vino un pobre pajés de las riberas del Danubio a pedir iusticia al Senado contra un çensor que hazía muchos desafueros en su pueblo. Él tenía la cara pequeña, los labios grandes, los ojos hundidos, el cabello herizado, la cabeça sin bonete, los çapatos de un cuero de puercoespín, el sayo de pelos de cabra, la çinta de iuncos marinos y un azebuche en la mano. Fue cosa de ver su persona y monstruosa de oír su plática. Por cierto, quando le vi entrar en el Senado, pensé que era algún animal en figura de hombre y, de que le oí, iuzgué ser uno de los dioses, si dioses ay entre hombres. Y como fuese costumbre en el Senado que primero fuesen oídas las querellas de los pobres que las demandas de los ricos, dándole lugar a este villano comenzó su plática, en la qual se mostró tan osado como en las vestiduras estremado y dixo assí:

¡O, Padres Conscriptos!, ¡o, Pueblo venturoso! Yo, Mileno, vezino de las riparias ciudades del Danubio, saludo a vosotros, los senadores que estáis aquí en el Sacro Senado ayuntados.

Los hados lo permitiendo, y nuestros dioses nos desamparando, los capitanes de Roma con su soberbia subiectaron a las gentes de la triste Germania. Grande es vuestra gloria, ¡o, romanos!, por las batallas que por el mundo avéis dado; pero si los escriptores dizen verdad, mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que en los inocentes avéis hecho.

Mis antepassados poblaron cabe el Danubio porque, haziéndoles mal la tierra seca, se acogesen al agua húmida; y si les enojase el agua inconstante, se tornasen seguros a la tierra firme. Pero ¿qué diré? Ha sido tan grande vuestra cobdicia de tomar bienes agenos, y tan famosa vuestra soberbia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar nos pudo valer en sus abismos, ni la tierra segurar en sus cuevas. Pero yo espero en los iustos dioses que, como vosotros a sinrazón fuistes a echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razón hos echen a vosotros de Italia y Roma.

Infallible regla es el que toma a otro por fuerça lo ageno pierda el derecho que tiene a lo suyo proprio. Mirad, romanos, yo, aunque soy villano para cognoscer quién es iusto en lo que tiene o quién es tyranno en lo que posee, esta regla tengo: todo lo que los malos con su tyrannía allegaren en muchos días se lo quitarán los dioses en un día, y por contrario todo lo que los buenos perdieron en muchos años se lo tornarán los dioses en una hora. Creedme una cosa, y no dubdes en ella, que de la iniusta ganancia de los padres viene la iusta perdida después en los hijos, y si los dioses no quitan a los malos cada cosa que ganan luego como la ganan, es la razón porque dissimulando con ellos ayunten poco a poco muchas cosas, y después quando estén más descuidados se las quiten todas iunctas. Y este es iusto juicio de los dioses, que pues ellos hizieron mal a muchos, alguno les haga mal a ellos.

¡O!, con cuánta lástima se pierde lo que en muchos años y con muchos sudores se gana. Por cierto el hombre cuerdo si es cuerdo no es posible en cosa agena que tome gusto. Y torno a dezir: el hombre que tiene cosa agena, estoy espantado cómo puede vivir sola una hora, pues vee que los dioses tiene iniuriados, los vezinos escandalizados, los enemigos contentos, los amigos perdidos, a los que lo robó agraviados, y sobre todo su persona puesta en peligro.

Infame es entre los hombres y reo a los dioses el hombre que tiene tan caninos los deseos de su corazón, y tan sueltas las riendas de sus obras, que lo poco del pobre le parece mucho y lo mucho suyo le parece poco. ¡O!, cuán maldito es el hombre (ni me da más que sea griego, que sea latino) que sin más consideración quiere trocar la fama con la infamia, la iusticia con la iniusticia, la rectitud con la tyrannía, la verdad por la mentira, lo cierto por lo dudoso, teniendo astío por lo proprio y moriendo por lo ageno. El que tiene por principal intento allegar hazienda para los hijos y no buscar buena fama entre los buenos, justa cosa es pierda los tales bienes y sin fama quede infame entre los malos. Sepan todos los cobdiciosos, si no lo saben, que jamás entre hombres nobles se alcanzó fama buena sino derramándose la hazienda mala. No se podrá sufrir muchos días ni menos encobrirse muchos años ser el hombre tenido por rico entre los ricos y por honrado entre los honrados, porque o le han de infamar que allegó las riquezas con mucha cobdicia, o las guarda agora con sobrada avaricia. ¡O!, si los cobdiciosos tuviesen tanta cobdicia de su honra propria como tienen de la hazienda agena, yo hos iuro que ni la polilla de la cobdicia les royese el reposo de la vida, ni el cáncer de la infamia los destruyese la fama después en la muerte.

Oýd, romanos, oýd esto que hos quiero dezir, y plega a los dioses que lo sepáis gustar. Yo veo que todos aborreçen la sobervia y ninguno sigue la mansedumbre, todos condemnan el adulterio y a ninguno veo continente, todos maldizen la intemperancia y a ninguno veo templado, todos loan la paçiencia y a ninguno veo sufrido, todos reñegan de la pereza y a todos veo que huelgan, todos blasfeman de la avaricia y a todos veo que roban. Una cosa veo, y no sin lágrimas la digo, que todos con sola la lengua blasonan de las virtudes y después ellos mesmos con todos sus miembros sirven a los viçios. No digo esto por los romanos que están en el Illýrico, sino por los senadores que veo en este Senado. Vosotros, los romanos, en vuestras vanderas al derredor de vuestras armas traéis por mote estas palabras: «Romanorum est debellare superbos et parcere subiectis.» Por cierto mejor diríades: «Romanorum est spoliare innocentes et inquietare quietos», porque vosotros los romanos no sois sino mollidores de gentes quietas y robadores de sudores agenos.

CAPÍTULO XXXII

Pregúntohos, ¡o, romanos!, qué acción teníades vosotros, siendo criados cabe el río Tíberim, a nosotros, que nos estábamos a las riberas del Danubio. ¿Por aventura vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, o a nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por aventura oýstes dezir que, dexando nuestras tierras, poblamos tierras agenas? ¿Por ventura oýstes que, levantándonos contra nuestros señores, perturbamos reynos agenos? ¿Por ventura embiástesnos algún embaxador que nos combidase a ser vuestros amigos, o vino alguno de nuestra parte a Roma a desafiaros como a nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algún rey en nuestra tierra

que en su testamento hos dexase por herederos, o hallastes algunas leyes antiguas por las quales nosotros hemos de ser vuestros vassallos?

Por cierto en Alemania tan ayña sentimos vuestra tyrannía como oýmos vuestra fama. Y más hos diré: que el nombre de romanos y las crueldades de tyrannos iunctamente en un día llegaron a nuestros pueblos. Ya no sé qué me diga, romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres, porque veo que el que tiene mucho tyranniza al que tiene poco; y el que tiene poco, aunque le es infamia, sirve al que tiene mucho; y la cobdiçia desordenada se conçierta con la malicia secreta; y la malicia secreta da lugar al robo público; y al robo público no ay quien le vaya a la mano. Y de aquí viene que la cobdiçia de un malo es necessario complirse en periuyzio de muchos buenos.

Una cosa hos quiero dezir: o los dioses se han de descuidar, o los hombres han de fenesçer, o el mundo se ha de acabar, o el mundo no será mundo, o la fortuna hincará el clavo, o lo que ganastes en ochoçientos años vernéis a perder en ocho días, y como hos hezistes señores de muchos, vernéis a ser esclavos de todos. Por cierto iniustos serían los dioses si esto no viesen los que vernán en los siglos advenideros, porque el hombre que se hizo tyranno por fuerça, iusto es que le tornen esclavo por iustiçia. Y ya que nos tomastes la nuestra mísera tierra, ¿es verdad que nos guardáis en iusticia?

Espantado estoy de vosotros, los romanos, embiarnos unos juezes tan simples, que por los dioses iuro que ni vuestras leyes saben declarar, ni las nuestras entender. Yo no sé qué les mandáis acá, pero diré lo que hazen allá. Toman lo que les dan en público, coechan lo que desean en secreto, castigan gravemente al pobre, dissimulan con el dinero del rico, consienten muchos males por llevarles después más derechos. Quien no tiene hazienda, no cure pedirles iusticia, y finalmente, so color que son iuezes del Senado de Roma, dizen que pueden robar aquella tierra.

¿Qué es esto, romanos? ¿Nunca ha de tener fin vuestra sobervia en mandar y vuestra cobdiçia en robar? Dezid qué queréis: si lo avéis por nuestros hijos, cargadlos de hierros y hazedlos esclavos; si lo avéis por algo de nuestras haziendas, yd y tomadlas todas; si no hos contentan nuestros serviçios, mandad cortarnos las cabeças, porque no será tan crudo el cuchillo en nuestras gargantas como son vuestras tyrannías en nuestros coraçones. ¿Sabéis que avéis hecho?: que nos hemos iuramentado de no llegar más a nuestras mugeres y de matar a nuestros hijos por no los dexar en manos de tan crudos tyrannos. Más queremos suffrir los bestiales movimientos de la carne por veinte o treinta años que no morir con tan gran lástima dexando los hijos esclavos.

No lo avíades de hazer assí, romanos. Antes, la tierra tomada por fuerça ha de ser muy mejor regida, porque los míseros captivos, viendo que les administran recta iustiçia, olvidarían la tyrannía passada y domeñarían sus coraçones a la servidumbre perpetua. Pues ¿monta que si nos venimos a quejar de los agravios que hazen vuestros çensores allá en el Danubio, que nos oyréis los que estáis aquí en el Senado? ¿Sabéis lo que hazéis? Oýd, que yo hos lo diré. Viene un pobre muy pobre a pedirnos aquí iusticia, y como no tiene dineros que dar, ni vino que presentar, ni azeite que prometer, cumplen con él de palabra, dizen que se verá su iustiçia, házenle gastar lo poco que tiene, no le dan nada de lo mucho que pide, y assí el mísero miserable que vino con quexa de uno se torna con quexa de todos, maldiziendo a sus crudos hados y exclamando a sus dioses iustos.

Yo vivo de varear avellotas en el invierno y de segar miesses en el verano, y algunas vezes pesco por mi passatiempo, de manera que todo lo más de mi vida passo solo en el campo. ¿Y no sabéis por qué? Pues oyd, que yo hos lo diré. Veo tantas tyrannías en vuestros çensores, házense tantos robos a los míseros pobres, oyo tantas quexas en aquel reyno y espero tan poco remedio de aqueste Senado, que determino como malaventurado de desterrarme de mi casa y dulce compañía porque no sienta mi coraçón tanta lástima. Gran trabajo es sufrir un revés de fortuna, pero mayor es quando se comienza el mal a sentir y no se puede remediar; pero sin comparación es mayor quando lleva mi pérdida remedio, y el que puede no quiere y el que quiere no puede remediarlo. ¡O!, crudos romanos, si solo de traer a la memoria los trabajos que passamos mi lengua se entorpeçe, mis nervios se descoyuntan, mis ojos lloran sangre y mis carnes se consumen, ¿qué será, dezidme, allá en mi tierra verlo con los ojos, oyrlo con los oydos, gustarlo con la persona? Por cierto el coraçón se parte, y el ánima se desmaya, y las entrañas se rompen, y creo que los dioses aun nos tienen manzilla.

No hos quiero rogar que de mis palabras no toméis escándalo, porque vosotros, los romanos, si sois romanos, bien veréis que las fatigas que nos vienen de los hombres, entre los hombres, con los hombres y por mano de los hombres, no es de maravillar que las sientan los hombres como hombres. Una cosa sola me consuela, y muchas vezes con otros malaventurados como yo la pongo en plática, y es que pienso son tan iustos mis dioses, que sus castigos bravos no vienen sino de nuestras maldades crudas, y que nuestra culpa secreta los despierta a que hagan de nosotros iusticia pública.

Pero de una cosa estoy muy turbado y que a los dioses nunca puedo tomar tino: ¿por qué a un bueno por pequeña culpa dan mucha pena y a un malo por muchas culpas no dan ninguna pena, dissimulando con unos y nada perdonando a otros? Paresce el parescer que grave agravio nos hazen los dioses: querernos affligir por mano de tales hombres, los quales, si iusticia huviese en el mundo quando nos castigan con sus manos no merecían tener las cabeças sobre sus hombros. Esto digo, romanos: que por los dioses immortales iuro que en quinze días solos que he estado en Roma, he visto hazer aquí tales y tantas cosas en este Senado, que si la menor dellas se hiziese en el Danubio, más pobladas estuviesen las horcas de ladrones que no las parras de uvas. Y pues ya mi deseo se ha visto do deseava y mi coraçón ha descansado en derramar la ponçoña que tenía, si en algo hos ha offendido mi lengua, he aquí me tiendo en este suelo para que lo pague mi garganta. Por cierto, más quiero ganar honra en offreçerme a la muerte que no que la ganéis vosotros conmigo en quitarme la vida.

Y aquí acabó el rústico su plática. Pues dize agora el Emperador:

¿Qué hos parece, amigos? ¡Qué núcleo de nuez, qué oro de escoria, qué grano de paja, qué rosa de espina, qué cañada de hueso allí se descubrió! ¡Qué razones tan altas, qué palabras tan bien dichas, qué verdades tan verdaderas y qué maliçias tan descubiertas descubrió! A ley de bueno vos iuro, y assí me vea libre del mal que tengo, que una hora estuvo el villano tendido en la tierra y todos nosotros las cabeças baxas espantados, no podiéndole responder una palabra. Otro día, avido nuestro acuerdo en el Senado, proveýmos uezes de nuevo para el Danubio y mandamos que nos diese por escripto todo aquel razonamiento, porque se pusiesen en el libro de los buenos

hechos extranjeros que está en el Senado. Y aquel rústico por lo que dixo fue hecho en libertad patricio y que su persona fuese de Roma vezino y para siempre del erario público sustentado.

CAPÍTULO XXXIII

En el segundo año que fue elegido por Emperador, y en el año quarenta y cinco de su edad, como viniese de la guerra que conquistó a los germanos y a los argonautas, de la qual traía gran gloria para sí y riqueza para el Imperio Romano, detúvose en Salon algunos días por descansar y adereçar su ejército, y en Roma tuviesen tiempo de aparejar el triumpho.

Fue triumpho muy glorioso, y no menos rico. Hízose con él una cosa, la qual jamás antes ni después fue vista en Roma, y es ésta: el día de su triumpho fue elegido por todo el Pueblo y consintió todo el Senado por Emperador universal después de sus días Cómodo su hijo. No fue por cierto elegido el hijo a petición de su padre, mas antes lo estorbava quanto podía, diciendo que el Imperio no era cosa que se avía de dar por mereçimiento de los muertos, sino por las buenas obras que hiziesen los vivos. Muchas vezes solía este buen Emperador dezir: «Entonçes será perdida Roma quando la elección fuere quitada al Senado y el Emperador heredare el Imperio por patrimonio.»

Tornando, pues, a lo sobredicho, estando el Emperador en Salon, velava mucho por entrar muy bien en Roma, y Roma se desvelava por resçebirle mejor, como a triumphador de tal guerra. Fue muy quisto de todo el Imperio, y siempre pensava a sus pueblos en qué les hazer plazer, y ellos morían por hazerle serviçio. Muchas vezes en el Senado se movió una cuestión assaz dulce, y era ésta: quién amava más, el Emperador a los del Imperio, o los del Imperio al Emperador. Vino a tanto, que acordaron un día de poner iuezes en este caso, y fueron el embaxador de los parthos y el embaxador de los rhodos. Y para esto dieron sus escriptos: el Emperador recontava allí los bienes que avía hecho y los males que avía atajado; los senadores dezían los serviçios que en su absençia le avían hecho y las señales de amor que en su presençia le avían mostrado.

Assimesmo, un día el Emperador movió otra cuestión en el Senado, diciendo que mayor era su gloria por tener tales vassallos que no la gloria del Senado por tener tal emperador. El Senado contradezía, afirmando que mayor gloria tenían ellos por él que no él por ellos, y desta manera el Emperador dando la gloria al Pueblo y el Pueblo al Emperador, entre burla y iuego tomaron otra vez iuezes. Fue cosa maravillosa de ver el regozijo y plazer que todos traían cada uno por su intención probar. Y el buen Emperador dio por memoria la mucha obediencia y grandes serviçios y sobrado amor que en ellos avía hallado. El venturoso Pueblo recontó la gran clemencia en perdonar, la cordura en gobernar y la honestidad en su vivir, y el esfuerço y fortuna en su conquistar. Fue cosa de ver la honra que dava el Pueblo al Emperador y la buena fama que el Emperador attribuía a su Pueblo.

Fueron estos escriptos sacados por todos los embaxadores extranjeros porque los pueblos deprendiesen a obedescer a sus príncipes y los príncipes a amar a su pueblo; porque con tal exemplo razón era los buenos se esfuerçasen y los no tales se corrigiesen. Pues adereçado el Emperador con los capitanes y captivos para la entrada, y aparejada Roma con todos los senadores y pueblos para el resçibimiento, fue cosa estraña de ver, assí lo que estava en Roma

para salir como lo que estava con el Emperador para entrar. Los que estavan en Salon tenían los ojos allí y el corazón en Roma, y los que estavan en Roma tenían el corazón en Salon, de manera que los ojos se çevavan con lo que veýan y el corazón penava por lo que esperaba ver. No ay pena que dé tanta pena como el corazón que espera quando se le dilata lo que espera.

CAPÍTULO XXXIV

Y es de saber que tenían por costumbre los romanos en el mes de enero dar los triumphos a sus emperadores. Acontesçió en este tiempo que se aparejava el triumpho que Faustina la Emperatriz hechó muchos rogadores al Emperador diese liçençia a una hija suya que, quitada de las ayas, viniese a palaçio a gozar de las fiestas. La hija llamávase Lucia o Lucilla, la qual era mayor que el príncipe Cómmodo, muy hermosa en el gesto y muy proporçionada en el cuerpo y muy querida de su madre, a la qual paresçió no sólo en la hermosura, pero aun en la vida. Pues como la demanda era muy piadosa, y los que la pidían privados, y a quien se pedía era padre, y quien lo rogava era madre, y para quien se pedía era su hija, conçediólo el Emperador no sin mucha gravedad. Fue Faustina por ello muy alegre, y luego como alcançó la liçençia, luego truxo a su hija a casa.

Pues venidos los días de tan grandes fiestas y el día del muy alto y famoso triumpho, la infanta Lucilla, escapando de tanta estrechura y viéndose en tanta largueza, confiando en la ignorancia propria, no recatándose de la malicia agena, reýase con los que reýan, hablava a los que la hablaban, mirava a los que la miravan, estando descuidada que ninguno la iuzgaría, pues ella a ninguno iuzgava. Era en aquellos tiempos reírse con los hombres una donzella de Roma tanto como cometer adulterio con los sacerdotes una muger de Grecia. Era en tanto tenuta la honestidad de las mugeres romanas, y era tan infame la liviandad entre las donzellas, que mayor castigo se dava por una liviandad pública que por diez culpas secretas.

Entre las otras cosas de estas siete se guardavan mucho las mugeres romanas, conviene a saber: hablar mucho en las fiestas, comer demasiado en los combites, beber vino estando sanas, hablar aparte con los hombres, alçar los ojos en los templos, estar mucho en las ventanas y salir fuera sin sus maridos. La muger que en estas cosas era tomada para siempre por infame era tenuta. Muchas cosas se suffren en las personas de poca manera, ninguna de las cuales se permiten en las que están puestas en honra, porque las señoras generosas no pueden conservar la reputaçión de su estado sino teniendo a sus personas en mucho retrainiento.

Todas las cosas, quando se desmandan de su natural, meresçen culpa, pero la muger desonesta siempre queda con infamia. Las generosas señoras, si de verdad quieren ser tenidas por señoras, quánto más exçeden a las otras en riquezas, tanto menor liçençia han de tomar para andar vagabundas. Por cierto, la opulència de los bienes y la libertad de las personas no ha de ser espuela para andar por las calles, sino freno para detenerlas en sus retretes. Esto se á dicho porque, passadas las fiestas, la infanta Lucilla, como era moça, y su madre Faustina, que no era muy vieja, a vezes a pie, a vezes cavalgando; agora públicas, agora secretas; quando muy solas, quando muy acompañadas; unas vezes de día, otras vezes de noche; ývanse a ruar por las calles de Roma, ver los campos vulcanos, holgar por las riberas de Tíberim, a coger fruta en las huertas saturninas, a çenar en los aqüeductos neronianos, y a otros passatiempos yvan, los cuales su edad

demandava y aun el tiempo de la primavera les combidava, aunque en gravedad de tan grandes señores no se sufría.

Quiero dezir una cosa, porque muchas nobles señoras tomen aviso della, y es que no sé cuál fue mayor: la dissoluçión que trayan Faustina y Lucilla en andar por las calles y plaças, o la osadía que tomavan los malos en hablar de sus personas y famas. El retraimiento de las mugeres es un freno para las lenguas de todos los hombres. La muger no retraída mucho peligro corre su fama. Por cierto la muger de mala fama no devía ser nascida. Acerca de los romanos es tenido por muy fortunado el linaje de los Cornelios, porque jamás entre los hombres hallaron Cornelio covarde ni entre las mugeres Cornelia infame. Dizen los historiadores que a una señora de aquel linaje sólo porque era profana por mano de sus parientes la pusieron en la horca. De verdad ello fue bien hecho, y hecho bien de romanos, porque a una muger mala no le han de sufrir infame a toda una parentela. Donde ay nobleza y vergüença, las cosas que tocan a la honra no han de aguradar remediarlas por iustiçia, sino al hombre o a la muger que a todos quita la fama todos quiten a ella la vida. No abasta que una persona sea buena, sino es neçessario quite las occassiones que la tengan por mala. Todas las pérdidas que los hombres pueden aver de los bienes temporales en esta vida no se pueden igualar con la menor pérdida de la fama. El hombre que pone por blanco en el terrero de este mundo su fama, de çien saetas apenas tirará una aviesa, y por el contrario el hombre que, perdida la vergüença, no quiere tener en reputaçión su persona, no se espere dél jamás buena obra.

Pues el buen Emperador, como mareante cossario que en la mayor serenidad sospira, temiendo la tempestad entre las fiestas de su mayor gloria, estava en sobresalto de aquellas mugeres no se les siguiese alguna infamia. Y por cierto tenía razón, porque es regla infallible de la invidiosa fortuna que la presente felicidad nos da por agüero de alguna repentina desdicha. En las cosas naturales pocas vezes se vee calma en la mar a la qual no se sigua luego peligrosa fortuna, y por consiguiente el gran buchorno entre día es señal de truenos a la tarde. Quiero dezir que quando la fortuna nos regala con algunos presentes deleites, es señal que ado no catáremos nos terná armados los lazos. El molinero quando está más seguro entonçes adereça la presa, y el labrador quando no llueve trasteja la casa, con pensamiento que algùn día se turbarán las nubes y lloverá en ella. Por semejante manera, el hombre cuerdo ha de pensar que mientras viviere en esta vida que la felicidad tiene por empréstito y la adversidad por su natural patrimonio. Entre todos los que supieron gozar de la prosperidad y valerse en la adversidad fue este Marco Aurelio Emperador, el qual por muchos halagos que le hiziese la fortuna nunca la creyó, ni por muchos reveses que resçibiese en esta vida jamás desesperó.

CAPÍTULO XXXV

Passadas las fiestas, según dize Sexto Cheronense, díxole un senador, por nombre Albino, aquella noche que se acabó el triumpho: «Señor, alégrate, que razón tienes, pues oy has dado tanta riqueza al erario de Roma, y a tu persona viste oy en el triumpho de gloria, y para los siglos advenideros de ti y de tu casa dexas perpetua memoria.» Oýdas estas palabras, el Emperador respondió en esta manera:

Iusta cosa es, amigo Albino, que al caçador crean en la feroçidad de los animales, y al médico en las propiedades de las yervas, y al marinero en los peligros de las rocas, y al capitán en los sobresaltos de las guerras, y al emperador que triumpha en las embidias que ay de los triumphos. Assí los dioses immortales siempre me vean, y la bendición de mis passados consigua, y los hados malos nunca me hallen, si no ha sido mayor la tristeza que he tenido en estas fiestas que el temor que me ponían las aplazadas batallas. Y la razón de esto está muy clara do los juzios son claros, porque de las crudas batallas siempre esperé sacar gloria y entre estos regalos temíame de algún revés de fortuna. ¿Qué podía yo perder en las batallas sino la vida, que es la peor cosa que los hombres tienen? Y en estos triumphos siempre temo perder la fama, que es el mayor don que los dioses me dieron.

¡O!, quán bienaventurado es el que pierde la vida si, perdiendo la vida, dexa de sí perpetua memoria. Sienta cada uno lo que sintiere y diga cada uno lo que dixere, que entre los varones heroicos no muere el que pierde la vida y dexa buena fama, ni menos bibe el que tiene mala fama, aunque tenga largos años de vida. Y torno a dezir otra vez que los antiguos philósofos no contavan las vidas de los hombres por los muchos años que avían passado, sino por las buenas obras que avían hecho.

Yo fui muy importunado del Senado quisiese tomar este triumpho, y no sé quál fue mayor, como tú bien lo sabes: su ruego o mi resistençia. ¿Y no sabes por qué? De verdad te digo que no lo hize por no ser ambiçioso de toda gloria, sino de puro miedo de la maliçia humana. En el día del triumpho no es tanto el regozijo que muestran los pequeños quanto la embidia que conçiben los mayores. Pássase aquella gloria en un día, y quédase por todo el año la embidia. Aquel opulento reyno de Egypto, tan dichoso en la sangre de enemigos como en las aguas de Nilo, tenía por inviolable ley que nunca se negase clemençia a los captivos vençidos ni se diese triumpho a los capitanes vençedores. Burlan los caldeos de los triumphos romanos, afirmando que no da tanto castigo el reyno de Egypto al capitán vençido, como da el Imperio Romano al capitán vençedor quando le da el triumpho. Y de verdad tienen razón, porque el triste capitán, aviendo oxeado a los enemigos que Roma tenía en tierras estrañas con su propria lança, en pago de su trabajo le dan a él enemigos en su tierra propria. Yo hos iuraré que todos los capitanes romanos no dexaron tantos enemigos muertos a hierro quantos por embidia cobraron el día de su triumpho. Dexemos los caldeos y tomemos los nuestros antiguos romanos, los quales si oy tornasen al mundo, más querrían ir atados tras los carros como captivos que no ir ençima como capitanes vençedores. Y la causa de esto es porque, viéndolos ir como captivos, aquella miseria movería los coraçones de sus vezinos a que les hiziesen libres, como la gloria de su triumpho los mueve a que sean por ellos perseguidos.

Siempre lo leý en las escripturas, y lo oý de mis passados, y lo vi en mis vezinos: que la abundante felicidad de uno causa cruel embidia en muchos. ¡O, entre quántos peligros están puestos los que con particular honra se quieren señalar entre otros! En los más altos árboles muestran sus fuerças los vientos, y en los sumptuosos edifiçios se precipitan más vezes los rayos, y en las muy nemorosas montañas se embravesçen más rezio los fuegos. Quiero dezir que en aquellos que tiene más encumbrados fortuna, en ellos derrama mayor ponçoña la embidia.

Esto tengan por cierto todos los virtuosos, que quantos más enemigos subiectaren a la república, tantos mayores émulos cobrarán de su fama. Gran compassión es de tener al hombre virtuoso,

porque allende de lo que trabaja por ser bueno, quédale una cosa de la qual solamente en la muerte vee el cabo, y es que, quanto él cobra más fama entre los estraños, tanto más le persiguen con embidia los suyos.

Homero cuenta en sus *Illíadas* que Calviçio, rey de los argivos, era sabio en letras, esforçado en armas, dotado de muchas graçias, amado de sus pueblos y sobre todo gran cultor de sus dioses. Este buen rey tenía por costumbre que en todas las cosas que avía de hazer primero a los templos con sus dioses se yva a aconsejar. Ni començava guerra contra otros, ni ordenava pragmáticas en su reyno, ni dava respuesta a embaxadores, ni quitava la vida a los malhechores, ni echava tributos sobre sus pueblos sin que primero con muchos sacrificios offreçidos en los templos supiese la voluntad de sus dioses. Y como tantas vezes embiase o él en persona fuese a los oráculos, preguntando qué era lo que allí pedía porque a los dioses en secreto tantas vezes importunava, respondió: «Pido que no me den tan poco con que todos me abatan, ni me den tanto con que todos me aborrezcan, sino un mediano estado con que todos me amen, porque más quiero ser compañero de muchos por amor que rey de todos con embidia.»

CAPÍTULO XXXVI

Passadas las fiestas del sobredicho triumpho y asosegadas las gentes, este buen Emperador, queriendo a su coraçón satisfacer, y a Faustina avisar, y a la hija innoçente desengañar, sin que alguno lo sintiese mandólas llamar aparte y díxoles estas palabras:

No me agrada, Faustina, lo que haze tu hija, ni menos lo que hazes tú, que eres su madre. Las hijas, para ser buenas hijas, han de saber obedesçer a sus madres muy bien; y las madres, para ser buenas madres, han de saber criar muy bien a sus hijas. Excusado es el padre dar consejo quando la madre es virtuosa y la hija vergonçosa. Gran vergüença es del padre, siendo varón, que muger siendo muger castigue a su hijo; y afrenta es de la madre, siendo madre, que manos de hombre castiguen a su hija. Ley fue entre los rhodos ordenada que ni padre con hija, pues era muger, ni madre con hijo, pues era varón, entendiese. Solamente hombres con hombres y mugeres con mugeres se avían de criar. Y era en tanta estremidad, que, morando en una casa, paresçía los padres no tener hijas ni las madres tener hijos.

¡O!, Roma, no te lloro yo por ver tus calles desempedradas, ni en tus casas tantas goteras, ni tus almenas caídas, ni tus bosques talados, ni tus vezinos desminuidos, porque esto todo el tiempo lo truxo y el tiempo lo lleva. Llórote y tórnote a llorar por verte despoblada de buenos padres y desçementada en la criança de los hijos. Allí nuestra patria se acabó de perder quando la doctrina de los hijos y hijas se començó afloxar. Es ya tanto el descomedimiento de los hijos, y la desvergüença de las hijas, y aun la deshonestidad de las madres, que donde un padre para veinte hijos y una madre para treinta hijas abastavan, agora veinte padres a un hijo y treinta madres a una hija no se atreven a bien criar.

Esto digo porque tú, Faustina, no te acordando que eres madre, das más libertad de la que en hija se suffre; y tú, Lucilla, no te acordando que eres moça, te muestras más suelta de lo que en infanta se requiere. El mayor don que los dioses dieron a las matronas romanas es que por ser mugeres fuesen encogidas, y acordándose que eran romanas fuesen vergonçosas. El día que

faltare en las mugeres temor de los dioses en secreto y verguença de los hombres en público, créanme todos que o ellas al mundo o el mundo a ellas han de acabar. Tanta neçessidad tiene la república que las mugeres que en ella quedan sean honestas como los capitanes que dellas salen sean esforçados, porque yendo la defienden y ellas quedando la conservan.

Avrá quatro años que, passada la pestilencia que vistes, mandé contar el pueblo, y halle que, de çiento y quarenta mill mugeres de buen vivir, las ochenta mill murieron, y de diez mill mugeres lupanarias, quasi todas escaparon. No sé cuál llore primero: la falta que nos hazen las buenas en la república, o el estrago que hazen las malas en la iuventud romana. No haze tanto daño el fuego del monte Ethna a los que moran en Cicilia como sola una mala muger haze en los barrios de Roma. Fiero animal y peligroso enemigo es la desonesta muger en la república, porque es poderosa para traer mucho mal y no es capaz para encaminar algún bien. ¡O, cuántos reynos y reyes leemos ser perdidos por el mal recabdo de una muger, para los quales remediar fueron menester la cordura, peligro, hazienda y esfuerço de muchos hombres! Todos los viçios en una muger son como vara verde que dobla, mas la soltura y desvergüença es como palo seco que quiebra. De manera que las tales, quando más más podránse soldar, mas nunca jamás endereçar.

Mira, Faustina, no ay criatura que más desee honra y menos tenga con que la ganar que es la muger. Y que esto sea verdad, véase por iustiçia. Un hombre con orar, escrevir, caminar, conquistar, se haze famoso; pero la muger yo no sé con qué si no es con hilar o hablar. Hasta agora, en las escripturas antiguas de pocas o ninguna leemos que por escrevir, leer, hablar, hilar, coser, texer, amasar dexasen de sí gran fama. Pero, como digo lo uno, diré lo otro: por cierto de muchas leemos que por ser retraídas en sus casas, ocupadas en sus offiçios, templadas en sus palabras, fieles a sus maridos, recatadas en sus personas, pacíficas entre sus vezinos, y finalmente siendo honestas entre los suyos y vergonçosas entre los estraños, alcançaron gran fama en la vida y dexaron de sí eterna memoria en la muerte.

Diréhos una antigüedad tan provechosa para atajar agora a nuestros viçios como fue entonces para augmentar las virtudes, y es ésta. El reyno de los lacedemonios (según cuenta el divino Platón) estuvo en un tiempo tan dissoluto por la dissoluçión de las mugeres como infame por la crueldad de los hombres; y era en tanta manera, que de todas las naçiones eran llamados Bárbaros de los Bárbaros, como a su madre la Greçia llamavan Philósophas de los Philósophos. Licurguio, muy sabio philósopho en el saber y muy iusto rey en el govar, lo uno con su doctrina muy sana y lo otro con su vida muy limpia, hizo leyes en aquel reyno, con las quales desentrañó todos los viçios y enxirió todas las virtudes. No sé cuál fue más dichoso de los dos: el Rey en tener pueblo tan obediente, o el reyno el alcançar rey tan iustiçiero. Entre las otras leyes muy famosas hizo ésta de las mugeres: él mandó que a ninguna hija el padre dexase dote moriendo, ni le diese casamiento viviendo. Avíanse de casar no por ricas, sino por buenas; no por hermosas, sino por virtuosas. Y como agora se quedan por casar muchas pobres, assí entonces se quedavan por infames y viçiosas. ¡O, tiempo digno de ser deseado, en el qual las mugeres no esperavan en la hazienda por sus padres ganada, sino en la virtud por sus personas adquirida! Y torno a dezir que era aquel tiempo el siglo dorado, en el qual ni la hija temía ser desheredada del padre en vida, ni el padre moría con lástima de dexarla sin remedio en la muerte.

¡O!, Roma, maldito sea el primero que a tu casa truxo oro, y maldito sea el primero que en tus erarios atesoró thesoros. ¿Quién ha hecho a Roma estar tan rica de riquezas y tan pobre de

virtudes? ¿Quién ha hecho que se casen las hijas de los villanos y se queden por casar las hijas de los senadores? ¿Quién ha hecho que a la hija del rico la pidan, ella no queriendo, y a la hija del pobre no la quiera nadie, ella lo rogando? ¿Quién ha hecho que antes se case una con quinientos sextercios, que otra con diez mill virtudes? Pues no diremos que aquí la carne vence la carne; antes la humanidad es vencida de la malicia, porque un cobdicioso más quiere oy a una muger rica y fea que a no a otra pobre y hermosa.

¡O!, malaventuradas las madres que paren, y más malaventuradas las hijas que nasçen, a las cuales para averlas de casar, ni les resçiben en cuenta la sangre de sus passados, el favor de sus parientes, la cordura de sus obras, la hermosura de sus personas, ni la limpieza de sus vidas. ¡O!, siglo maldito, en el qual la hija del bueno se ha de tener por dicho que, si no tiene dinero, no ha de hallar marido. Pues no solía ser assí, porque en los tiempos antiguos, quando se tractavan casamientos, primero hablaban de las personas y después entendían en las haziendas. No como agora en este tiempo maldito, que primero se habla de la hazienda y a la postre de la persona. Por semejante, en aquel siglo dorado, primero hablaban de la virtud de la persona, y después que eran casados, como de burla, hablaban en la hazienda.

Quando Camillo triumphó de los gallos, no teniendo más de un hijo, y era tal, que por el merecimiento de su persona y por la fama de su padre deseavan muchos reyes tomarle por hijo y muchos senadores elegirle por yerno. Siendo, pues, ya el hijo de edad de treinta años y el padre de más de sesenta, era muy importunado de parientes naturales y de reyes estrangeros le quisiese casar, y él siempre desechava los consejos de los amigos y las importunidades de los estrangeros. Preguntado por qué no se determinava en algún casamiento, pues de allí se seguiría vida asosegada al moço y reposada senectud al viejo, respondió estas palabras: «No caso ni casaré a mi hijo, porque unos me han offresçido hijas ricas; otros, hijas generosas; otros, hijas moças; otros, hijas hermosas; y ninguno me ha dicho: 'Yo hos daré una hija virtuosa'.» Por cierto Camillo aquel triumphó por lo que hizo y mereçe eterna memoria por esto que dixo.

Quiérote dezir, Faustina, que todo esto he dicho porque veo que llevas a tu hija a los theatros, la subes al Capitolio, la fías entre los gladiadores, la dexas ver de los pantomimos, y sobre todo, no te acordando que ella es moça y tú no eres vieja, hos andáis desmandadas por las calles y riberas. No lo afeo porque pienso tu hija ser mala, sino porque le das ocasión a que no sea buena. Créeme, Faustina, que en este caso de la carne ni confíes de moços ni esperes en viejos, porque no ay más virtud en todos de quanto huyen las ocasiones todos. Por eso las vírgines vestales están ençerradas entre paredes, por huir las ocasiones de las plaças. No por más locas se apartan, sino como más cuerdas huyen.

No diga el moço «Soy moço y virtuoso», ni diga el viejo «Soy viejo y muy cansado», porque necesario es las estopas secas quemarse en las brasas y el palo verde humear entre las llamas. Quiero dezir que el hombre, aunque sea diamante engastonado entre los hombres, de necesidad se ha de regalar como çera al calor de las mugeres. No podemos negar que al fuego, aunque le quiten la leña y le maten las brasas, no queden siempre ardiendo las piedras. Por semejante manera, a esta carne enconada, aunque la castiguen con enfermedades, y se sece por muchos trabajos, y se consuma con los muchos años, siempre queda el rescoldo de la concupisçencia en los huesos.

¿Qué menester es blasonar de la virtud y negar nuestra naturaleza? Por cierto no ay cavallo tan desolado ni manco, que vistas las yeguas no dé un par de relinchos; ni ay viejo tan viejo, ni moço tan virtuoso, que vistas las moças no dé un par de sospiros. En las cosas voluntarias, yo no niego que uno no pueda ser virtuoso, mas las cosas naturales confiésese cada uno ser flaco. Quando le quitaren la leña al fuego, dexará de quemar; quando viniere el verano, dexará el invierno de se erizar; quando hiziere calma en la mar, se dexarán las aguas de se ensobervesçer; quando se pusiere el sol, dexará al mundo de alumbrar. Quiero dezir que entonçes, y no antes, la carne nos dexará de dar pena quando la viéremos tapiada en la sepultura. De carne nascimos, en carne vivimos, en la carne morimos; de donde se sigue que antes se acabará nuestra vida buena que no nuestra carne mala.

Muchas vezes los buenos manjares se asturan en las malas caçuelas y los buenos vinos saben al mal lavado de las cubas. Quiero dezir que por muy açendradas y heroicas que sean las obras de nuestra vida siempre han de saber a la mala pega de esta carne flaca. Esto digo, Faustina, porque si a la cresçiente de la carne no puede resistir la presa hecha de argamasa de viejos, ¿cómo la resistirá la estacada texida de mimbres muy tiernos? El yugo que no ha suffrido la vaca, menos lo suffrirá la ternera, y por semejante si tú no te vas a la mano, siendo madre, no se irá ella, siendo tu hija. Las matronas romanas, si quisieren criar bien sus hijas, han de guardar estas reglas: quando las vieren andar, hanles de quebrar las piernas; si quisieren mirar, sacarles ojos; si quisieren oýr, ataparles los oídos; si quisieren dar o tomar, cortarles las manos; si osaren hablar, coserles las bocas; y si intentaren alguna liviandad, enterrarlas vivas; porque a la hija mala le han de dar en dote la muerte y en axuar los gusanos y por casa la sepultura.

Mira, Faustina, yo te aconsejo, si quisieres a tu hija aver buen gozo della, quítale las ocasiones con que puede ser mala. Para apoyar una casa son neçessarios muchos postes, a la qual quitando una sola columna darán con ella en tierra. Quiero dezir que son tan flacas las mugeres, que con mill guardas apenas se guardan, y con una muy pequeña ocasión todas se pierden. ¡O!, cuántas fueron malas no porque lo quisieran ser, sino que se pusieron en tales ocasiones a que no pudieron menos hazer. En mi mano está entrar en la batalla, pero no está en mi mano alcançar la victoria; en mi mano está entrar en la mar, pero no está en mi mano escapar el peligro; en su mano está de la muger ponerse en la ocasión, pero después de puesta perdone que ya no está en su mano de librarse de culpa.

CAPÍTULO XXXVII

Por aventura dirásme, Faustina, que ninguno puede hablar a tu hija Lucilla sin que tú los oyas, ni verla sin que tú los veas, ni ascondese sin que tú los halles, ni hazer conçierto sin que tú lo sientas. ¿Y agora sabes que los que mal se quieren con la lengua se deshonoran, y los que de coraçón se aman sólo con el coraçón se hablan? El amor nuevo en la sangre nueva que retoñece en la primavera de la iuventud es ponçoña que luego se derrama por las venas, yerva que luego prende en las entrañas, pasmo que luego torpeçe los miembros, landre que luego mata los coraçones y fin que da fin a todos los cuerdos.

No sé lo que digo, aunque siento lo que quiero dezir, porque jamás blasoné del amor con la lengua que no estoviese muy lastimado de dentro en el ánima. Dize Ovidio en el libro *Del arte*

de amar: «Amor es un no sé qué, viene por no sé dónde, embíale no sé quién, engéndrase no sé cómo, conténtase no sé con qué, y siéntese no sé cuándo, y mata no sé por qué; y finalmente, el enconado amor sin romper las carnes de fuera nos desangra las entrañas de dentro.» Yo no sé qué se quiso dezir aquí Ovidio, pero sé que quando dixo estas palabras, tan desterrado estava su corazón de sí, quanto yo estoy agora de mí. ¡O!, Faustina, los que bien se quieren dende las atalayas de sus corazones ahuman, entre sueños razonan y por señas se entienden. Las muchas bozes de fuera es señal del poco amor de dentro, y el mucho amor de dentro pone silencio de fuera. Las entrañas abrasadas de dentro en amores hazen enmudesçer de fuera las lenguas, y el que passa en amores su vida ha de tener cosida la boca.

Y porque no pienses que te digo hablillas, quiero probar esto por muy antiguas historias. Hallamos por nuestras antigüedades que el año de dozientos y setenta que Roma se fundó, Ethrusco, moço romano, era mudo, y Verona, linda dama latina, era muda; los quales dos, de verse en el Monte Celio en unas fiestas se enamoraron, y no de burla, porque fueron tan derretidos sus corazones para los amores quan atadas sus lenguas para las palabras. Cosa maravillosa entonces de ver y espantosa aquí de contar, que la moça venía de Salon a Roma y él yva de Roma a Salon muchas vezes por espacio de treinta años sin que alguno lo sintiese ni jamás ellos se hablasen, hasta que murió el marido de la latina y la muger de Ethrusco. Y, descubierto el negocio, tractaron entre sí casamiento. Estos dos mudos huvieron un hijo del qual descendió el venturoso linaje de nuestros Scipiones, los quales fueron más sueltos en las armas que sus padres en las lenguas. Pues mirad esta cosa tan alta, que a estos dos mudos para remediar sus amores poco aprovechara si les cortarán sus lenguas y no les sacaran sus corazones.

Pues más hos diré, que Massinisa, noble cavallero numidano, y Sophonisa, noble señora de Carthago, de verse solos en una escalera, él declarando su deseo a ella y ella cognosçido su deseo dél, quebrados los remos del temor y alçadas las áncoras de la vergüença, luego las velas de los corazones amaynaron y las naos de sus personas una con otra investieron. Podemos de aquí collegir que la primera vista de los ojos y el cognosçimiento de sus personas y la liga de sus corazones y el matrimonio de sus cuerpos y la perdiçión de sus estados y la infamia de sus famas en un día, en una hora, en un momento y en un paso de escalera se conçertó.

¿Qué más queréis que diga a este propósito? ¿No sabéis que Helena griega y Paris troiano, siendo ambos de estrañas naçiones y de tan remotas tierras, de sola una vista que se vieron en un templo quedaron sus voluntades tan conglutinadas, que para él la captivar y ella ser su prisionera, en Paris paresçió poca fuerça y en ella menos resistençia? De manera que estos moços, el uno procurando vençer y la otra dexando ser vençida, Paris fin para su padre y Helena infamia para su marido, y ambos muerte para sí, perdiçión para sus reynos y escándalo para todo el mundo de una sola vista causaron.

Quando el Magno Alexandro quiso dar la batalla a las amazonas, viniendo la reyna capitana dellas, no menos hermosa que esforçada, a vistas con él a riberas de un río, por espacio de una hora se miraron con los ojos sin se hablar palabra con sus lenguas, y tornados a sus reales la feroçidad de capitanes tornaron en regalo de enamorados.

Quando Pyrrho, fiel defensor de los tarentinos y famoso rey de los epirotas, estava en Italia, vino a la ciudad de Partínoples, en la qual se probó jamás antes ni después aver estado más de un día.

A la sazón era señora de aquella ciudad Gemellina, de alto linaje en sangre y muy estimada en hermosura. De solo aquel día, la triste quedó preñada, y en toda Italia infamada, y de la ciudad fue expellida, y aun después que parió por manos de un su hermano fue muerta.

Cleopatra en la provincia de Bithynia, en el bosque de Scethin hizo un muy famoso combite a Marco Antonio, su amigo, y aunque ella no era muy honesta, pero traía a las suyas muy retraídas. Pues como durase el combite hasta gran parte de la noche, y en el bosque hubiese mucha espesura, diéronse tan buena maña las moças en asconderse y la iuventud romana en descubrirlas, que de sesenta hijas de senadores, las çinquenta y çinco entre las espinas se hizieron preñadas; la qual cosa puso mucho escándalo en el pueblo y augmentó la infamia de Cleopatra y desminuyó el crédito de Marco Antonio. Pues como digo de estas pocas, podría dezir de otras muchas.

No todos los hombres son hombres, ni todas las mugeres son mugeres. Dígolo por lo que quiero dezir, toque a las que tocare y entiéndanme las que pudieren. Ay unas naos tan livianas, que con muy poco viento navegan; y ay unos molinos tan sotiles, que con muy poca agua muelen. Quiero dezir que ay unas mugeres tan peligrosas, que como vidrio de un papirote las quiebran y, tentadas, en muy poquito lodo resbalan. Dirásme, Faustina, que a tu hija no la dexas hablar sino a sus tíos y acompañar sino a sus primos. Dígote en este caso que tanto engaño tiene la madre como peligro corre la hija. ¿Y agora sabes que el fuego de brasas vivas no sólo no perdona la leña verde ni seca, mas aun las piedras duras consume? ¿No sabes que la repentina hambre de los animales a los hijos que parieron de sus entrañas despedaçan con sus dientes? ¿No sabes que en todas las cosas los dioses dadores de la ley pusieron ley, sino en los amores, porque no suffren ley los enamorados? Y por cierto es iusto que pues Roma no condemna a los locos porque careçen de juicio, los dioses no den pena a los enamorados, pues los privaron de sentido.

¿No sabes que, siendo yo censor, una hija parió de su padre, y una madre de su proprio hijo, y una sobrina de su proprio tío, y di por sentençia que los padres fuesen echados a los leones, y a los hijos enterrasen vivos, y lo que dellos nació quemasen en el campo Marcio? Fue el caso tan horrendo de oír, que de mis ojos aquellos malditos hombres no pude ver, y por mis edictos mandé que ninguno en ello más osase hablar. Y si a los hombres fue este caso en espanto, por cierto a las matronas romanas deve ser castigo, pues si el fuego del padre xamuscó a la hija, ahumó los parientes y quemó a sí mesmo, ¿entiendes si se hallara çerca alguna prima o cuñada, aquellas llamas tan vivas de la concupisçençia dexaran de investir en ella por ser parienta?

Si esta carne rixosa se subiectase a la razón, bien sería que tu hija libremente hablase con sus primos, pero pues la pasión de la carne en tal caso da coçes a la razón, aconséjote que no la fies ni aun de sus hermanos. Verás por experiencia que en la madera seca se cría la carcoma que desentraña la mesma madera, y en la ropa nasce la polilla que roe la mesma ropa. Quiero dezir que a las vezes el hombre en su mesma casa cría a quien después le quita la honra. Todo lo sobredicho toma, Faustina, por aviso, y estas últimas palabras te doy por consejo. Si quieres quitar de ti cuidado y de tu hija peligro, occúpala siempre en algún trabajo. Quando las manos están ocupadas en algunos buenos exerçios, entonçes los coraçones están vazíos de vagabundos pensamientos. Cada liviandad cometida en la iuventud derrueca una almena del omenaje de nuestra vida, mas la ociosidad do entra es enemigo que abre a todos los vicios la puerta.

¿Quieres ver, Faustina, de dónde viene oy la perdición en las donzellas romanas, que no son nascidas y ya presumen de enamoradas? Pues oye, que yo te lo diré. Las cuitadas, con el descuido del padre y con el regalo de la madre, dexando el iusto trabajo y tomando la iniusta holgança, de los ociosos momentos y demasiados pensamientos, desmándanseles los ojos, altéraseles el iuyzio, estragáseles la voluntad; y finalmente pensando ser blanco do assestan los enamorados, quedan hechas terrero común para todos los traviosos. Y concluyo que no ay cosa que más rechaze en este iuego la pelota del pensamiento que es la mano puesta en la obra.

CAPÍTULO XXXVIII

Pues Marco, el buen Emperador, teniendo el juizio muy claro y el seso muy reposado, era muy recatado en las cosas passadas, prudente en las presentes y cauto en las por venir; viendo que la perdición de los príncipes está en querer totalmente darse a las cosas ajenas, olvidando las suyas proprias, por entender en las suyas, no curando de las ajenas, estava tan reçiproco su coraçón, que ni los altos negoçios del Imperio le divertían a no entender en los ínfimos de su casa, ni por todos los de su casa dexava de expedir uno del Imperio. Esto digo porque tuvo el Emperador quatro hijas, cuyos nombres eran Lucilla, Porsena, Macrina y Domicia, las quales salieron a la madre en ser muy hermosas, aunque no al padre en ser honestas y cuerdas. Y puesto que las tenía con las ayas fuera de su presençia, por cierto siempre las tenía en su memoria, y quantos más años en edad avía la hija, tanto mayores cuidados crescían en el coraçón del padre. Y quando las infantas llegavan a edad complida, ya el buen padre las esperaba con el remedio.

Era loable costumbre, aunque no ley, que las hijas de los offiçiales del Senado se casasen con liçençia del Emperador, y las hijas del Emperador en sus casamientos se tomase el paresçer del Senado. Pues como una de las infantas tuviese edad, y aun voluntad, de se casar, y Marco su padre viese oportunidad para su deseo complir, porque estava enfermo mandó a Faustina que ella comunicase en el Senado, la qual con todas sus fuerças lo contradixo, porque de secreto ella tractava otro casamiento. Y en lo público excusava su culpa diziendo ser de tierna edad la infanta y que, dando vida los dioses al padre, asaz edad para todo le quedava a la hija, lo qual, como el Emperador lo sintiese, llamóla cabe la cama a do estava malo y díxole estas palabras:

Muchas cosas se dissimulan en las personas particulares, la menor de las quales no se sufre en los que están por atalaya de todos. Nunca es bien obedesçido el príncipe si no tiene buen crédito con el pueblo. Dígolo, Faustina, porque hazes uno en secreto y dizesme otra cosa en público, lo qual deshaze el crédito de tan gran señora y afrenta la autoridad de tan alto Emperador. Si mis buenos deseos hallan en tu coraçón siniestros para el bien de tus hijos proprios, ¿cómo esperará ninguno de ti buenas obras para los hijos estraños? ¿Hate paresçido que es mejor dar la infanta a los que la piden a su madre y negarla a los que tiene elegidos su padre?

Cierto por ser muger meresçes perdón, mas en ser madre augmentas la culpa. ¿Y no sabes que esos casamientos son guiados por fortuna y éstos por cordura? A los que piden las hijas a sus padres, créeme que más tienen los ojos en su utilidad propria que el coraçón en el bien ageno. Oýte dezir una vez que tú parías las hijas, mas que los dioses las casavan, pues las dotavan de admirable hermosura. ¿Y no sabes que la hermosura de las mugeres en los estraños pone deseo,

en los vezinos sospecha, en los mayores fuerza, en los menores embidia, en los parientes infamia y en la misma persona peligro?: con gran trabajo se guarda lo que por muchos se desea.

Por cierto te torno a dezir que la hermosura de las mugeres no es sino un señuelo de vagabundos y un despertador de livianos, a do de los deseos agenos depende la fama propria. Yo no niego que los livianos más buscan para sus casamientos una muger hermosa de cara que otra de honesta vida. Pero también digo que la muger que se casa por sola hermosa espere en la vejez tener mala vida. Infallible regla es lo que fue muy amado por hermoso ser muy aborrecido por feo.

¡O, a cuánto trabajo se ofrece el que con muger hermosa se casa! Hale de sufrir su soberbia, porque hermosura y locura siempre andan en compañía. Hale de sufrir sus gastos, porque locura en la cabeza y hermosura en la cara son dos gusanos que roen la vida y gastan la hacienda. Hale de sufrir sus renzillas, porque toda muger hermosa quiere sola mandar en casa. Hale de sufrir sus regalos, porque toda muger hermosa en placeres quiere passar la vida. Hale de sufrir sus pundonores, porque toda muger hermosa a todos quiere ser antepuesta. Finalmente, el que casa con hermosa aparéjese a mucha malaventura, y diréte por qué. Por cierto no fue tan cercada Carthago de los Scipiones, como la casa de la muger hermosa de los livianos.

¡O, triste de marido que, estando quieto su espíritu y dormiendo su cuerpo, le andan rondando la casa, assechando su persona, ogeando las ventanas, escalando las paredes, pintando motes, tañendo guitarras, velando las puertas, tractando con alcahuetas, destejando los tejados, y aguardando los cantones! Las quales cosas todas, caso que assesten a blanco de muger hermosa, pero descargan en el terrero de la fama del triste marido. Y que esto sea verdad, pregúntalo a mí, que casé con tu hermosura, y pregúntalo a mi fama, que tal anda por toda Roma.

Mucho digo, pero créeme que más siento. Ninguno se quexe de los dioses porque le dieron muger fea entre sus hados. La plata blanca no se labra sino en pez muy negra, y el árbol muy tierno no se conserva sino con la corteza muy áspera. Quiero dezir que el hombre, teniendo la muger fea, tiene la fama segura. Escoga cada uno lo que quisiere. Yo digo que el hombre que se casa con muger hermosa hecha en almoneda la fama y pone en peligro la vida. Toda la infancia de nuestros passados era en habituarse a las armas; oy todo el passatiempo de la iuventud romana es servir a damas. El día que una es publicada por hermosa, dende aquel día la tienen todos en requesta, ellos trabajando de la ver y ella no rehusando ser vista. Dígote, Faustina, que nunca vi en donzella romana gran fama de hermosura que de hecho o sospecha no se le siguiese infamia de su persona.

En lo poco que he leído he visto hazer mençión de muchas hermosas, griegas, latinas, spartas, egyptias y romanas, y no las ponen en los memoriales porque fueron hermosas sino por grandes peligros a ellas y tristes casos a otros por su hermosura en aquellos tiempos aconteçieron. De manera que por su hermosura eran visitadas en su tierra y por su infamia infamadas por todo el mundo.

Quando aquel reyno de los pennos, tan fortunoso en riquezas como desdichado en armas, se regía su república por muy sabios filósophos y se sustentava con diestros mareantes, Arimino filósopho tan estimado fue açerca de los pennos como Homero entre los griegos y Cicerón

entre los romanos. Desde que los dioses le prestaron al mundo por vida y le tornaron a llevar por muerte fluieron çiento y veinte y dos años, los ochenta de los quales aquella dichosa edad fue regida por este varón de tan reposado juicio. Fue tan remoto de las mugeres quan propinquo a los libros. Pues viéndole su Senado quebrantado en las cosas públicas y descuidado en las recreaçiones naturales, rogáronle con gran instançia se quisiese casar, porque de tan señalado sabio quedase memoria para los siglos advenideros; y, como fuese tan grande la importunaçión del Senado como su resistencia, respondió: «No quiero casarme, porque si es fea, téngola de aborreçer; si rica, de sufrir; si pobre, de mantener; si hermosa, de guardar. Pues cualquiera de estas landres abasta para matar mill hombres.» Con estas palabras se excusó aquel sabio, el qual en la vejez con los grandes estudios perdió la vista de los ojos, y la soledad de los libros dulces le constriñó a tomar compañía de muger penosa; y parióle una hija, de la qual descendieron los Amílcares carthaginenses, competidores de los Scipiones romanos, los quales tuvieron no menor esfuerço para defender a Carthago que los nuestros fortuna para aumentar a Roma.

Dirásme, Faustina, que en tus hijas no puede caer tal sospecha, porque su virtud socorrerá al peligro y su honestidad seguraré la persona. Quiérote descubrir un secreto: no ay cosa que tan avivadamente sea acometida como la muger que con castas guardas y feminil vergüença está cercada. Tibiamente se desean y floxamente se procuran las cosas que fácilmente se alcançan. No ay cosa más cierta que el bien ageno ser materia para el mal proprio. ¿Y agora sabes, Faustina, que las damas honestas son por nuestra maliçia más requeridas? Por cierto, su vergüença y retraimiento saetas son contra nuestra honestidad.

No leemos que la sangre, riqueza ni hermosura de la desdichada matrona Lucrecia combidase a nadie la desear; mas antes la serenidad del rostro, la gravedad en la persona, la pureza en la vida, el recogimiento de su casa, el exercicio del tiempo, el crédito entre los vezinos, la gran fama con los estraños despertaron al loco Tarquino a cometer el forçoso adulterio. ¿Y de dónde piensas que viene esto? Yo te lo diré: porque somos tan malos los malos, que usamos mal del bien de los buenos, y esto no es culpa en las damas romanas; antes, con los immortales dioses su serena honestidad acusará nuestra cruda maliçia.

Dízesme, Faustina, que es muy moça para ser casada. ¿No sabes que el buen padre a los hijos ha de doctrinar dende niños y a las hijas remediar dende niñas? Por cierto, si los padres fuesen padres y las madres fuesen madres, el día que los dioses les dan una hija en el mundo, luego avían de dar al coraçón un ñudo çiego, el qual nunca avía de ser desatado hasta el día que diesen a su hija marido. Por no las querer los padres de avaros dotar y las madres de altivas quererlas mejor casar, el uno por lo uno y el otro por lo otro, pássanse los días y vanse las hijas a envegescer, y de esta manera para casadas ya son viejas, para morar solas son moças, para servir ya son muy mugeres, ellas viven con pena, los padres con cuidado y los parientes con sospecha si se ha de perder.

¡O!, cuántas damas he yo cognosçido hijas de grandes senadores no por falta de dote en la hazienda ni virtud en la persona, sino por un descuido de agora más agora. Repentinamente apareció la muerte en los padres y desapareció el remedio en las hijas. De manera que los unos fueron con tierra cubiertos siendo muertos y los otros sepultados con olvido siendo vivos. Miento si no leý en las leyes de los rhodos, hablando del casar los hijos, estas palabras: «Mandamos que el padre por casar diez hijos no trabaje un día, mas por casar una hija virtuosa trabaje diez años,

çufra el agua hasta la boca, sude gotas de sangre, are con los pechos, desherede todos los hijos, pierda la hazienda y aventure la persona.» Palabras fueron éstas de esta ley piadosas a las hijas y no graves a los hijos, porque diez hijos en ley de hombres se obligan a descubrir todo el mundo, mas una hija en ley de buena cabe no salir de una casa.

Pues más te diré, que como todas las cosas instables amenazen caída, esto aconteçe en las donzellas de poca edad, las quales todo el tiempo tienen por superfluo y malo hasta el día de su casamiento. Homero dize ser costumbre en las señoras de Grecia contar los años de su vida no dende que nascieron, sino dende que se casaron, de manera que preguntada una greciana qué años avía, respondía «Veinte», si veinte avía que era casada, y no «Quarenta», si quarenta avía que era nascida, afirmando dende que tiene casa de regir y mandar desde aquel día comiençan a vivir.

El melón que después de maduro está en el melonar no escapa de calado o hurtado. Quiero dezir que la donzella que está mucho por casar, que de robada o de infamada no puede escapar. No quiero más dezirte, sino que como en madurando la viña luego le ponen viñadero y cavaña, assí por semejante, llegada a edad, la muger tiene necesidad de marido o guarda, y el padre que esto haze de su casa echa el peligro, de sí sacude el cuidado y a su hija da contentamiento.

CAPÍTULO XXXIX

Viejo ya Marco, no sólo por la edad, mas aun por los grandes trabajos que avía passado en las guerras, en el año décimo octavo de su imperio, y sesenta y dos de su edad, y de la fundación de Roma de setecientos y doze, como estuviese en la guerra de Pannonia, que agora se llama Ungría, con su hueste y Cómmodo, su hijo, sobre una ciudad que se llamava Vendebona. Era ciudad riparia, y que tenía quatro mill huegos, y como era en el invierno, y las aguas fuesen muchas, y la humedad mayor, y estuviesen en el campo, en las tres calendas de janeiro, súbitamente una noche, andando con las centinelas en torno de sus reales, le dio una enfermedad de perlesía en un braço, de manera que no sólo no podía tirar la lança, mas ni aun sacar la espada ni vestirse la ropa.

Cargado, pues, el buen Emperador de días, y no menos de cuidados, y erizándose más el invierno, sobreviniendo muchas nieves y enfriándose más la tierra, recresçióle otra enfermedad que se llama litargia, la qual cosa puso en los bárbaros gran osadía, en su hueste mucha tristeza, en su persona peligro y en sus amigos sospecha de su salud. Hechas, pues, en él todas las experiencias que por medicinas se pueden hallar, y como en semejantes y tan altos señores se suelen hazer, no le aprovechava alguna cosa, y la razón de esto era porque la enfermedad era grave y él en días cargado, la tierra le era contraria y el tiempo no le ayudava, y aun él no muy bien se regía. Y como los hombres de honra tengan en más la honra que la vida, y quieran más morir con honra que no deshonorados vivir, y por asegurar la honra aventuran cada hora la vida, y quieran más una hora de honra que çien mill años de vida, muchas noches se hazía traer por los reales y yva a ver las escaramuças, y quería dormir en el campo, lo qual todo no era sin gran peligro de su vida y sin gran trabajo de su persona.

Acaesçió un día que, estando el Emperador con gran fiebre después de una flebotomía, oyó gran ruido en el real de bozes y armas, y era que los suyos traían una cavalgada de ganado y los bárbaros enemigos saliéronse a quitar. Los unos por lo defender, los otros por lo llevar; los romanos con la hambre que tenían queríanlo llevar, los úngaros porque lo avían criado queríanlo resistir. Investieron unos con otros y travóse de tal manera el ruido, y fue tan cruda de una parte y de la otra la porfía, que de los romanos murieron çinco capitanes, el menor de los quales valía más él y su vadera que toda la cavalgada. De parte de los úngaros, fueron sin comparación más los hombres que les mataron que los ganados que les truxeron. Por cierto, según la crueldad que allí se hizo y poco provecho que de allí se sacó, a los romanos yva poco en traer la cavalgada y a los pannonios menos en resistirla.

Visto por el Emperador el mal recaudo, y que él, por estar sangrado y con gran calentura, no se avía podido hallar en ello, dióle de súbito tanta tristeza en el corazón, que le vino un desmayo del qual pensaron que fuera muerto. Estúvose assí tres noches y dos días, sin querer ver luz del çielo ni hablar a persona de la tierra. El calor era grande, las vascas mayores, la sed mucha, el comer poco y el dormir ninguno; la cara amarilla y la boca negra; a tiempos açava los ojos, otras vezes iunctava las manos; callava siempre y sospirava contino; tenía la garganta muy seca, que no podía escupir, y los ojos muy húmidos de llorar. Era gran compassión ver su muerte y gran lástima ver la confusión de su casa y la perdiçión de la guerra. Ninguno osava verle, ni menos hablarle. Panucio, secretario suyo, doliéndole de corazón su muerte, una noche en presençia de todos díxole estas palabras.

CAPÍTULO XL

¡O!, Marco, señor mío, ya no ay lengua que calle, ni corazón que lo suffra, ni ojos que lo dissimulen, ni seso que lo permita. La sangre se me yela, los nervios se me secan, los poros se me abren, y el ánima se me arranca, y las coyunturas se me descoyuntan, y el espíritu se me desmaya por no tomar para ti, que eres sabio, el consejo que davas tú a otros simples. Véote, señor, morir, y bien vees tú cuánto a mí me puede y deve pesar de tu muerte, pero lo que en el corazón siento es que viviste como sabio y agora mueres como simple. Diez años da de comer un cavallero a un cavallo para que algún día le saque de peligro y lo que estudia el sabio en muchos tiempos ha de ser para passar la vida con honra y tomar la muerte con cordura.

Pregúntote, sereníssimo señor: ¿qué aprovecha saber el piloto la carta del marear y después peresçer en la tormenta? ¿Qué aprovecha al capitán hablar mucho de la guerra y después no saber dar la batalla? ¿Qué aprovecha al cavallero tener buen cavallo y caer en la carrera? ¿Qué aprovecha enseñar a otro el camino llano y él perderse por el barbecho? Quiero dezir: ¿qué aprovecha en la fuerça de tu vida tuvieses tan poca la vida, que muchas vezes buscases la muerte y agora que hallaste la muerte lloras por tornarte a la vida?

¡Qué cosas escreví yo, siendo tu secretario, de mi mano propria ordenadas por tu alto juicio acerca de la muerte! [162] ¿Qué fue ver aquella carta que embiaste a Claudina sobre la muerte de su marido? ¡Qué cosas escreviste a Antígono quando se te murió el infante Veríssimo, en la qual tu cordura consolava a tu tristeza! ¡Qué tan altas cosas escreviste en el libro que embiaste al Senado en el año de la pestilencia, consolándole de la gran mortandad passada, adonde ponías en

quán poco se avía de tener la vida y qué provecho se nos seguía de la muerte! Y agora yo, que te vi blasonar de la muerte en la vida, véote agora llorar la muerte como si tuvieras perpetua la vida. Pues los dioses lo mandan, tu edad lo requiere, tu enfermedad lo causa, naturaleza lo permite, Roma lo meresçe, la fortuna lo consiente, en hados de nosotros cae que ayas de morir, ¿qué as?

Los trabajos que de necesidad han de venir con esforçado coraçón se han de esperar, porque el coraçón fuerte no siente tanto el combate, y el que es flaco primero es caído que combatido. Un hombre eres tú, que no dos; una vida te dieron los dioses, que no dos; y una muerte debes a los dioses, que no dos. Pues ¿por qué quieres enterrando el cuerpo por una vida tomar dos muertes con dolores y matando el espíritu con sospiros? ¿Después de tantos peligros, al tiempo de tomar puerto seguro quieres alçar velas para engolfarte otra vez en el piélagos? ¿Hate corrido el toro, y escapas del cosso acossado, y rehuyes la talanquera de do tú te agorrocharás seguro? ¿Sales con victoria de la vida y quieres morir en el alcance de la muerte? ¿Peleaste sesenta y dos años en el campo de la miseria y temes agora encastillado en la sepultura? ¿No te despeñaste del risco en que estava enriscado y tropieças agora por el camino? ¿Tuviste por cierto el daño de la vida y agora pones dubda en el provecho de la muerte? ¿Entraste en el campo en desafío con el mundo y quieres bolver las espaldas al tiempo de echar mano a las armas? ¿Sesenta y dos años has acoçeado la fortuna y agora çierras los ojos quando te quiere dar alguna herida?

Quiero dezir que, pues de voluntad no te vemos tomar la muerte presente, tenemos sospecha de tu vida passada. ¿Qué has, sereníssimo príncipe? ¿Por qué lloras como niño? ¿Por qué sospiras como desesperado? Si lloras porque mueres, no rieras tú quando vivías, que del mucho reír en la vida viene el mucho llorar en la muerte. ¿Quieres tú lo que no puedes y no te contentas con lo que puedes? ¿Los baldíos communes quieres acotar por tus dehesas, los exidos de toda la república llamas heredad propia? ¿De alcavala de viento quieres hazer iuro perpetuo?

Quiero dezir: murieron, mueren y morirán todos, ¿y entre todos quieres tú vivir solo? ¿Quieres tú de los dioses por lo que ellos son dioses, y es que, siendo tú mortal, te hagan immortal; y que tengas tú por privilegio lo que ellos tienen por naturaleza? Yo que soy simple preguntote una cosa, señor mío, a ti que eres sabio y ançiano: ¿quál es mejor o, por mejor dezir, cuál es menos peor, bien vivir o mal morir? Bien vivir ninguno lo puede alcançar. Por cierto, hambre, frío, sed, soledad, persecuçiones, çoçobras, desdichas, enfermedades, desfavores: ésta no se puede llamar vida, sino muerte prolixa. Si un hombre ançiano hiziese alarde de su vida dende que salió de las entrañas de su madre hasta que entra en las entrañas de la tierra, y el cuerpo dixese todos los dolores que ha passado, y el coraçón descubriese todos los golpes de la fortuna, imagino que los dioses se maravillasen y los hombres se espantasen de cuerpo que tal ha sufrido y coraçón que tal ha dissimulado. Yo tengo por más cuerdos a los griegos, que lloran quando nasçen los niños y cantan quando mueren los viejos, que no a los romanos, que cantan quando nasçen los niños y lloran quando mueren los viejos. Por cierto, de reír es en la muerte de los viejos, pues mueren para reír, y de llorar es en el nasçimiento de los niños, pues nascen para llorar.

Pues la vida queda sentençada por mala, no queda sino que approbemos todos la muerte ser buena. ¿Quieres que te diga una verdad? Siempre lo vi, que al hombre más sabio le falta más aýna el consejo. Todo aquel que quiere guiar todas las cosas por su paresçer, de necesidad en algunas cosas o en las más ha de errar. ¡O!, Marco, señor mío, ¿y tú no tenías adivinado que, como enterraste a tantos, alguno avía de enterrar a ti; y que si viste el fin de sus días, otros avían

de ver el fin de tus años? Pues mi parecer es que más vale mueras y te vayas para tantos buenos, que no que escapes y vivas entre tantos malos.

Si sientes la muerte, no me maravillo porque eres hombre, pero maravillome que no la dissimulas, pues eres discreto. Los que son de iuyzios claros, muchas cosas sienten en el corazón que les da pena, pero dissimúlanlas de fuera por el pundonor de la honrra. Si toda la ponçoña que está opilada en un corazón triste se derramase hecha granos por la carne flaca, ni abastarían paredes para arrimarnos ni uñas para rascarnos. Por cierto, la muerte es un juego en el qual, si los jugadores son diestros, aventuran poco y ganan mucho, y miren bien los que le iuegan que es iuego de maña y no de fuerça, y que también pierden unos por carta de menos en no temer la muerte, como otros por carta de más en amar mucho la vida.

¿Qué otra cosa es la muerte, sino una trampa con que se çierra la tienda adonde se venden todas las miserias de nuestra vida? ¿Y qué perjuyzio nos hazen los dioses sino de casa pagiza mudarnos a casa nueva? ¿Y qué otra cosa es la sepultura sino un castillo en que nos encastillamos contra los sobresaltos de la vida y contra los baibenes de la fortuna? Por cierto más cobdiçia te ha de poner lo que hallarás en la muerte que lástima lo que dexarás en la vida.

Pregúntote, sereníssimo príncipe: ¿qué es lo que más te pena por lo qual penas dexar la vida? Si te pena Elia Fabricia, tu muger, porque queda moça, no te fatigues, que ella bien descuidada está en Roma del peligro en que está tu vida, y desde que lo sepa, yo soy çierto que ella no penará mucho porque te vas, ni tú debes llorar porque la dexas. Las moças casadas con viejos, al tiempo que escapan de aquella carcoma, los ojos tienen en qué han de hurtar y el corazón con quién se han de casar; y si lloran con los ojos, retóçales la risa en los pechos. Y no te fíes que la Emperatriz no hallará otro Emperador para se casar, que las tales, si se determinan, trocarán brocado raído por sayal con pelo. Quiero dezir que más quieren un pastor moço que un emperador viejo.

¿Tienes pena por los hijos que dexas? No sé por qué, que si a ti pesa porque mueres, mas les pesava a ellos porque bivías. Apenas ay hijo que no desee la muerte a su padre: si es pobre, por no le mantener; si es rico, por le heredar. ¿Cantan ellos y lloras tú? ¿Temes la muerte y lloras porque dexas la vida? ¿Y tú no sabes que tras la noche prolixa viene la mañana húmida, y tras la mañana húmida viene el sol claro, y tras el sol claro viene el ñublado oscuro, y tras el ñublado oscuro viene el buchorno pesado, y tras el buchorno pesado vienen los truenos espantosos, y tras los truenos espantosos vienen los relámpagos repentinos, y tras los relámpagos repentinos vienen los rayos peligrosos, y tras los rayos peligrosos viene el pedrisco importuno, y tras el pedrisco importuno viene la serenidad alegre? Quiero dezir que tras la infancia viene la pueriçia; tras la pueriçia, la iuventud; tras la iuventud, la senectud; tras la senectud, la muerte; y tras la muerte temerosa esperamos la vida segura.

Créeme una cosa, señor, que principio, medio y fin tienen y han de tener todos los hombres. No me parece que es de hombres muy cuerdos desear bivar muchos años. Por çierto si te tomaran en flor de la yerva, si te apartaran verde del árbol, si te segaran en la primavera del campo, si te comieran en agraz de la viña; quiero dezir, si al primero sueño de la iuventud, quando es dulce la vida, la salteadora muerte tocara la aldava de la puerta, razón fuera de quexarte. Pero agora que está ya la pared desmoronada, la flor marchita, la uva podrida, la vayna seca, la lança embotada y

el cuchillo seco, ¿tienes agora deseo del mundo, como si nunca huvieras cognosçido al mundo? ¿Sesenta y dos años has estado preso en la cárcel del cuerpo, y ya de antiguos se te quieren quebrar los grillos, y tú, señor, quieres hazer de nuevo otros nuevos? Quien no se harta en sesenta y dos años de bivar en esta muerte o de morir en esta vida, no se hartará en sesenta mill.

Augusto, el Emperador, dezía que, después de cinquenta años que los hombres biven, o se avían de morir o hazer que los matasen, porque hasta allí es la cumbre de la [166] felicidad humana: todo lo que más bive se le passa al triste viejo en enfermedades graves, en muertes de hijos, en pérdidas de hazienda, en importunidades de yernos, en enterrar amigos, en sustentar pleytos, en pagar deudas y en otros infinitos trabajos, los quales le valiera más a ojos çerrados esperarlos en la sepultura que no teniéndolos abiertos sufrirlos en esta vida. Por çierto fortunado entre los fortunados y muy privado es de los dioses aquel que en la cumbre de cinquenta años de vida pierde la vida, porque todo lo demás va cuesta baxo, no caminando, sino rodeando, tropeçando y cayendo.

¡O!, Marco, señor mío, ¿no sabes que por el camino que va la vida viene la muerte? ¿No sabes que ha sesenta años que hos buscávades el uno al otro, y tú partiendo de Roma, do dexas tu casa, y ella saliendo del Illírico, do dexa una gran pestilencia, hos avéis topado aquí en Pannonia? ¿Y tú no sabes que quando de las entrañas de tu madre saliste a enseñorear la tierra, luego la muerte salió de la sepultura en busca de tu vida? ¿Y tú no sabes que, si honravas los embaxadores de los reynos estrangeros, has de honrar a ésta que viene de los dioses? ¿Qué señorío pierdes oy en la vida que no le halles mayor en la muerte? ¿No te acuerdas quando Vulcano, mi yerno, me entoxicó porque estava más deseoso de mi hazienda que no de mi vida, y tú, señor mío, fuiste con el amor que me tenías a consolar la muerte de mi triste iuventud, y me dixiste que los dioses eran crueles en matar a los moços y eran piadosos quando llevaban los viejos? Y dixíste me más: «Consuélate, Panuçio, que si nasciste para morir, agora mueres para bivar.» Pues, sereníssimo señor, lo que me dixiste te digo, y lo que me aconsejaste te consejo, y lo que me diste te torno. Finalmente, de aquella vendimia toma esta rebusca.

CAPÍTULO XLI

Y como del contentamiento de la voluntad muchas vezes proçeda salud y assosiego del cuerpo, fue muy satisfecho el Emperador de esta plática, porque Panuçio se mostró en la eloqüencia grande, en los consejos profundo, delante los que lo dixo osado, en el modo de dezirlo privado y en el tiempo que lo dixo buen amigo. Gran compassión es de los que se quieren morir, porque no ay quien les diga lo que deven hazer. Todos los que están en torno de la cama, unos le roban los dineros, otros le hazen beneficios; unos tienen ojo qué han de heredar, otros qué les han de dar; unos lloran por lo que pierden, otros ríen por lo que ganan; y de esta manera el triste, teniendo allí muchos que le hereden, no tiene uno que le aconseje. Cada día lo vemos, que los criados, quando veen que se acaba la candela de la vida a sus señores, no curan despavilar los viços, y de aquí viene que, acabada de morir, comienza luego a heder. Quiero dezir que el fin de su vida es prinçipio de su infamia.

Todos los que estavan allí, assí de los ançianos criados del Emperador como de los nuevos capitanes de la guerra, fueron no menos afrentados que maravillados, y todos loaron lo que dixo

y que era merescedor de quedar por governador del Imperio. El buen Emperador, todo el tiempo que duró la plática de Panuço, no hizo sino derramar lágrimas de los ojos y dar suspiros del corazón. Y porque estaba muy fatigado no pudo luego responder. Y, llamando a Panuço, mandóle que luego escribiese y le diese la plática porque quería rumiar en ella, porque cosas tan bien dichas no era razón de olvidarlas. Todo el restante que quedava de la noche lo ocupó el secretario en escribir lo que avía dicho y otro día diolo al Emperador, lo qual tomado estuvo assí todo un día que ni le cayó de las manos ni de leerlo los ojos. La noche, pues, siguiente mandó el Emperador llamar al secretario y en presencia de todos díxole estas palabras.

CAPÍTULO XLII

Bien aya la leche que mamaste en Daçia y el pan que comiste en Roma, el enseñamiento que huviste en Athenas y la criança que tomaste en mi casa, porque en la vida me serviste y en la muerte me consejaste. Mando a mi hijo Cómmodo te pague los serviçios, y a los dioses ruego te agradescan los consejos. Paga de muchos serviçios puede un hombre hazer, mas para un buen consejo pagar todos los dioses son menester. El mayor y más alto beneficio que un amigo puede hazer a otro amigo es en algún arduo negoçio socorrerle con un buen consejo. Todos los trabajos de la vida son arduos, pero el de la muerte es muy arduo; todos son grandes, pero éste es muy grande; todos son peligrosos, pero éste es muy peligroso; todos al fin en la muerte han fin, sino el de la muerte, que no sabemos qué es su fin. El que está herido de muerte es como el que está de mal de modorra, que, teniendo el juicio bivo, a ninguno puede cognosçer, y offreçiéndosele muchas cosas, no puede terminarse en alguna. Torno a dezir otra vez que es fiel y verdadero amigo el que en tal tiempo a su amigo socorre con un buen consejo.

Y esto que digo todos los que lo oyeren dirán que es verdad, pero yo hos iuro que perfectamente ninguno lo puede cognosçer sino quien se viere como yo me veo agora morir. Sesenta y dos años ha que corro la posta de la vida y acabando agora de correrla mándanme de nuevo que a ojos çiegas corra la posta de la muerte. Con todo eso, como no cognosces el mal, no açiertas en la cura. No está el humor do pusiste los defensivos, no es aquella la fístola do diste los cauterios, no estava allí la opilación a do applicaste los socroçios, no eran aquellas las venas ado me diste las sangrías; no açertaste bien la herida ado me cosiste los puntos. Quiero dezir que más y más adentro de mí en mí avías de entrar para mi mal cognosçer. Los suspiros que da el corazón, y los da de corazón, no piense el que los oye que luego los entiende: solos los dioses cognosçen las ansias del corazón que criaron al corazón. Por cierto muchas cosas ay en mí que no cognosco yo de mí, cuánto más el que está fuera de mí.

¡O!, Panucio, accúsasme que temo mucho la muerte: el temerla mucho, niégolo, pero temerla como hombre confiéssolo. Por çierto negar yo que no temo la muerte sería negar que no soy de carne. Vemos que al león teme el elefante, y al elefante el osso, y al osso el lobo, y al lobo el cordero, y el ratón al gato, y el gato al perro y el perro al hombre, y sólo se temen porque no se maten. Pues si los animales rehuyen la muerte, los quales ni temen penar con las furias ni gozar con los dioses, cuánto más nosotros que morimos en dubda si nos despedaçarán las furias con sus penas, o si nos acogerán los dioses en sus plazeres. Pero hágote saber que el brío del temor natural de morir le tengo domado con las sueltas y freno de la razón.

¿Piensas tú, Panuño, que yo no veo que es agostada ya mi yerva, que es vindimiada mi viña, que se desmorona mi casa, y que ya no ay sino el hollejo de la uva y el pellejo de la carne y solo un soplo de toda mi vida? Bien sabes tú que dende la atalaya miras el ejército, dende la ribera echas las redes, dende la talanquera corres el toro, a la lumbre te toma el frío y a la sombra el enojoso calor. Quiero dezirte que gorgeas de la muerte teniendo en salvo la vida. ¡Ay de mí, triste! que agora armado de la mortaja haré armas con la muerte, agora desnudo de la vida avré de entrar a somorgujo en la sepultura, agora entraré en el cosso adonde no de toros seré acossado, mas de gusanos seré comido. Y finalmente véome de donde no puedo huir, y si espero espero morir.

Esto digo porque sepas que lo sé, y sientas que lo siento, y, porque no bivas engañado, quiérote descubrir el secreto. Las novedades que has visto en mí, que son aborrescer el comer, tener desterrado el dormir, amar la soledad, darme pena la compañía, tener descanso en los sospiros y passatiempos en las lágrimas, ya puedes pensar qué tormenta deve andar en la mar del corazón quando tales terremotos y lluvias vemos en la tierra de mi cuerpo. ¿Quieres que ya te diga por qué está en passamiento mi cuerpo y tan desmayado mi corazón?

Hágote saber que por eso siento tanto la muerte, porque dexo a mi hijo Cómmodo en esta vida en edad peligrosa para él y sospechosa para el Imperio. En flor se cognosçen las frutas, en çierna se cognosçen las viñas, de potro se cognosçe el cavallo y dende niño se cognosçe el moço: si será lerdo para la carga o desbocado para la carrera. Mi hijo Cómmodo en lo poco que es en mi vida, veo lo muy menos que será después de mi muerte. ¿No sabes por qué lo digo, que no lo digo sin causa? Es el príncipe mi hijo moço en la edad y moço y muy más moço en el seso, tiene la inclinación mala y no se haze fuerça en ella, rígesse por su seso como si fuese hombre experimentado, sabe poco y no se da nada por ello, de lo passado no ha visto nada, en lo presente sólo se ocupa. Finalmente por lo que veo agora con los ojos y sospecho con el corazón, adevino que muy presto la persona de mi hijo ha de peligrar y la memoria y casa de su padre ha de peresçer.

Crióle su madre Faustina muy delicado, y por pedregales muy ásperos le queda de andar mucho camino. Entra agora en las sendas de la moçedad solo y sin guía: témome se quede emboscado en la espessura de los viçios. ¡O!, Panuño, oye esto que te digo, que no sin lágrimas lo digo. Tú no lo vees que mi hijo queda rico, queda moço, queda solo, queda libre: de un viento, cuánto más de quatro y tales, caerá tan tierno árbol. Riqueza, moçedad, soledad y libertad quatro landres son que emponçoñan al príncipe, enconan la república, matan a los bivos e infaman a los muertos.

Créeme una cosa, que las muchas graçias requieren para sustentarse muchas virtudes. De las hermosas se pueblan los burdeles, los más dispuestos se hazen rufianes, los más esforçados son salteadores, los de muy bivo juicio se tornan locos y los más sotiles vemos hechos ladrones. Quiero dezir que los que están vestidos de muchas graçias naturales, si les falta el afforro de virtudes adquisitas, podémosles dezir que tienen cochillo en la mano con que se hieran, luego a las espaldas con que se quemen, sog a la garganta con que ahorquen, puñales a los pechos con que se maten, abrojos a los pies con que se espinen, pedregales ante los ojos donde tropieçen y tropeçando caigan, y cayendo pierden la vida y baratan la muerte. Los árboles generosos de los quales esperamos frutas en el invierno y sombra en el verano, primero çimientan sus rayzes firmes en las entrañas de la tierra, que sus ramas locas aventuren por el ayre.

Nota, Panuçio, nota: el hombre que dende su infancia puso delante sí el temor de los dioses, la vergüenza de los hombres, está habituado a virtudes y acompaña de virtuosos, mantiene verdad a todos, bive sin periuyzio de alguno; al tal árbol poder podrá la herizada fortuna hender la corteza de su salud, tornar marchita la flor de su moçedad, secar las hojas de sus sabores, coger la fruta de sus trabajos, desrrochar algún ramo de sus offiçios, inclinar lo más alto de sus privanças, pero por mucho que de todos los vientos sea combatido, jamás por jamás será derrocado. Por çierto, el padre que tiene hijo muy dotado de graçias y el hijo por su ruindad las emplea todas en viçios, no avía de nasçer en el mundo, y después de nasçido, en vida avía de ser enterrado. ¿Para qué los padres sudan de día y se desvelan de noche por dexar honra a su hijo, el qual de los dioses compró su padre con sospiros y le parió su madre con dolores, y le criaron ambos con trabajos, y él sale tal que les ha de dar mala vejez en la vida y gran infamia después de la muerte?

Acuérdome que el príncipe Cómmodo, siendo moço, y yo siendo viejo, él siendo mi hijo y yo siendo su padre, contra su voluntad le destetávamos de los viçios: témome que yo muerto aborrezca las virtudes.

Acuérdome de muchos que de su edad heredaron el Imperio, los quales todos fueron tan atrevidos en la vida, que meresçieron renombres de tyrannos en la muerte.

Acuérdome de Dionisio, famoso tyranno de Tinacria, que assí dava premio a los que inventavan viçios como nuestra Roma a los que vençían reynos. ¿Qué mayor tyrannía podía ser en el tyranno que los más viçiosos fuesen sus más privados?

Acuérdome de los quatro reyes que succedieron al Magno Alexandro: a Tholomeo, Antíocho, Seleuco y Antígono, a los quales también los llaman los griegos grandes tyrannos como a su señor gran emperador. Lo que Alexandro avía ganado con famosos triumphos, ellos lo perdieron por muy viçiosos, y de esta manera el mundo que partió Alexandro entre solos quatro, vino a manos de más de quatroçientos.

Acuérdome que Antígono, teniendo en poco lo que a su señor Alexandro avía costado mucho, era tan liviano en su moçedad y tan atrevido en su reyno, que por escarnio, en lugar de corona de oro, traía unas ramas de yedra y en lugar de sçetro traía unas hortigas en la mano, y de esta manera se asentava a juicio con los suyos y a departir con los estraños. Escandalizóme el moço hazerlo, pero espantóme la gravedad de los sabios de Greçia soffrirlo.

Acuérdome de Calígula, quarto Emperador de Roma y moço en cuyo tiempo no sé cuál fue mayor: la desobediencia que tuvo el pueblo al señor, o el aborresçimiento que el señor tuvo al pueblo. Y tan asenderado yva aquel moço en sus moçedades y tan desapoderado en sus tyrannías, que si todos no velaran por quitarle la vida, él se desvelava por quitarla a todos. En una medalla de oro traía escrito este letrero: «Utinam omnis populus unam haberet precise cervicem, ut uno ictu omnes necarem.» Quiere dezir: «Pluguiese a los dioses que toda Roma no tuviese más de una garganta porque yo sólo los matase de una cochillada.»

Acuérdome de Tiberio, hijo adoptivo del buen Augusto (llámanle Augusto porque augmentó mucho en Roma), pero no augmentó el buen viejo tanto en su vida, quanto este moço su

successor destruyó después de su muerte. El odio que tenía el pueblo romano con Tiberio en la vida después se lo mostró muy bien en la muerte. El día que murió Tiberio (o le mataron) el pueblo hacía muchas processiones y los senadores daban a sus templos grandes dádivas y los sacerdotes ofrecían a sus dioses sacrificios, porque al ánima del tyranno no la recibiesen consigo, sino que la entregasen a las furias del infierno.

Acuérdome de Patroclo, rey segundo de Corintho, que heredó el reyno de edad de diez y seis años, y fue tan incontinente en la carne y tan desenfrenado en la gula, que do su padre tuvo el reyno quarenta años, no le poseyó el hijo sino treinta meses.

Acuérdome del muy antiguo Tarquino el superbo, séptimo rey de Roma, el qual en gesto fue muy hermoso y en armas esforçado, en sangre muy limpio. Este malaventurado todas sus gracias afeó con muchas maldades, que la hermosura tornó en luxuria, las fuerças empleó en tyrannías. Por la traición y fuerça que hizo a Lucrecia, castíssima romana, no sólo perdió el reyno, pero el nombre de Tarquinos para siempre de Roma fueron desterrados.

Acuérdome de Nero el cruel, que heredó y murió moço, en el qual se acabaron la memoria de los nobles Césares y se renovó la memoria de los antiguos tyrannos. ¿A quién piensas este tyranno diera la vida quando a su madre dava la muerte? Dime, te ruego: corazón que mató a la madre que le parió, abrió los pechos que mamó, derramó la sangre de que nació, ató los braços en que se crió, vio las entrañas de do se formó, ¿qué no piensas que haría quando tal maldad cometía? El día que mató Nero a su madre dixo orando un orador en el Senado: «Por iusticia mereçia la muerte Agripina, pues parió tan mal hijo en Roma.»

Pues en estos tres días que me has visto assí elevado y ageno de mi juicio, todas estas cosas se me han ofrecido, y en lo profundo de mi corazón comigo las he tractado. Tiéneme este hijo engolfado entre las olas del temor y las áncoras de la esperanza. Tengo esperanza que será bueno porque le he criado bien, y tengo temor que será malo porque su madre Faustina le crió mal y el moço es inclinado a mal. Y como vemos lo artificial peresçer y lo natural durar, reçélome que, después de yo muerto, el moço se torne a lo que con su madre le parió y no a lo con que yo le crié. ¡O, quién nunca tuviera hijo por no dexarle el Imperio, y entonces escogera yo entre hijos de muy buenos padres y no estuviera atado a este que me dieron los dioses!

Pregúntote una cosa, Panuçio: ¿a quién llamarás más fortunado, a Vespasiano, padre natural de Domiçiano, o a Nerva, padre adoptivo de Traiano? Vespasiano fue bueno y Nerva muy bueno, y de los hijos Domiçiano fue summa de toda crueldad, y Traiano fue espejo de toda clemencia. Pues mira cómo Vespasiano en la dicha de tener hijos fue desdichado y Nerva en la desdicha de no tener hijos fue dichoso. No sé los padres por qué desean hijos, pues son ocasión de tantos trabajos.

¡O!, Panuçio, quiérote dezir una cosa, como de amigo a amigo porque sepas quiénes somos y quién es el mundo. Yo he bivido sesenta y dos años, en los quales he leído mucho, he oído mucho, he visto mucho, he deseado mucho, he alcançado mucho, he poseído mucho, he sufrido mucho y he gozado mucho; y véome agora morir, y de todo no llevo algo, porque ello y yo somos nada. Gran cuidado tiene el corazón en buscar estos bienes, gran trabajo siente el cuerpo en allegarlos; pero sin comparación es mayor a la hora de la muerte repartirlos. ¿Qué mayor

enfermedad del cuerpo, qué sobresalto de enemigos, qué peligro de mar, ni pérdida de amigos puede ser igual con verse un hombre cuerdo al trago de la muerte dexar el sudor de su cara, la autoridad del Imperio, la honrra de su persona, el abrigo de sus amigos, el remedio de sus deudos y el pago de sus criados a un hijo que ni lo meresçe ni pudiendo lo quiere meresçer? En la nona tabla de nuestras leyes antiguas estavan escriptas estas palabras: «Mandamos y ordenamos que todo padre que en opinión de todos fuere bueno pueda desheredar al hijo que en opinión de todos fuere malo. Item qualquier hijo que huviere desobedeçido a su madre, robado algún templo, sacado sangre a muger biuda, huido de la batalla y hecho traición algún extranjero; quien en estos çinco casos fuere tomado, para siempre de la vezindad de Roma y de la herençia de su padre sea expellido.» Por çierto la ley fue buena y en el tiempo de Quinto Çinçinnato ordenada, aunque ya por nuestros hados está en olvido puesta.

Estoy sin dubda, Panuçio, muy fatigado, y con el ahogamiento de los pechos no puedo tener el resuelgo. De otra manera, yo te contara por orden (si no me faltara mi memoria) cuántos y cuántos de los parthos, medos, assirios, caldeos, indos, egypcios, hebreos, griegos y romanos dexaron a sus hijos pobres pudiéndolos dexar ricos, porque eran viçiosos, y a hijos de otros dexaron ricos siendo pobres, porque eran virtuosos. Yo te iuro por los dioses immortales que, si (quando vine de la guerra de los parthos y a mí Roma dio el triumpho y a mi hijo confirmó el Imperio) a mí me dexara el Senado, yo dexara a Cómmodo pobre con sus viçios y al Senado hiziera heredero del Imperio, porque a él fuera castigo y a todo el mundo exemplo.

Hágote saber que çinco cosas llevo de este mundo atravesadas con gran lástima en mi coraçón. La primera, por no aver determinado el pleito que trae la noble biuda Drusia con el Senado porque, como es pobre, no avrá quien la haga iustiçia. La segunda, porque no muero en Roma, por dar un pregón antes que muriese a ver si tenía alguno de mí querella. La terçera, que como maté catorze tyrannos que tyrannizavan la tierra, no desterré los pyrratas o cossarios que andan por la mar. la quarta, porque dexo muerto al infante Veríssimo, mi querido hijo. Y la quinta, porque dexo bivo y por heredero del Imperio al príncipe Cómmodo.

¡O!, Panuçio, el mayor hado que los dioses pueden dar al hombre no cobdicioso sino virtuoso es darle buena fama en la vida y darle heredero que se la conserve en la muerte. Finalmente con esto concluyo: que yo ruego a los dioses, si parte tengo en ellos, que si ellos se han de offender y Roma escandalizar y mi fama desminuir y mi casa se ha de perder, por su mala vida le quiten a él la vida antes que den a mí la muerte.

CAPÍTULO XLIII

Véysme, ¡o, parientes, nobles y antiguos romanos, y mis muy fieles criados!, exalar el ánima, rendirme a la muerte, dexar la vida, hazer pacto con la sepultura. Doleros de mi dolor, angustiaros de mi angustia, penar por mi pena no es de maravillar, porque de juizios claros, de sangres limpias, de amigos fieles, de coraçones tiernos es olvidar sus trabajos y llorar los agenos. Si un bruto se compadesçe de otro bruto, ¡quánto más un humano de otro humano! Esto digo porque en las lágrimas de vuestros ojos conozco el sentimiento de vuestros coraçones. Y pues la mayor paga del beneficio es conocerle y agradecerle, tanto quanto puedo hos lo agradezco. Y si mi débile agradescimiento no corresponde a vuestras lastimosas lágrimas, pido a los dioses,

pues me quitan en tan breve la vida, paguen por mí esta deuda. Plazer es irse hombre a los dioses y gran pena dexar a los suyos, porque compañía de largos años sobrada fatiga es dexarse en un día. En mi vida hize con vosotros lo que devía, agora hago lo que puedo. Los dioses han de llevar mi ánima; mi hijo Cómmodo, el Imperio; la sepultura, mi cuerpo; y vosotros, mis queridos amigos, mi coraçón. Y por çierto es iusto que, pues vosotros fuistes suyo, siendo yo bivo, él agora sea vuestro después de yo muerto. En lo demás, en particular colloquio ha de ser esta noche nuestro razonamiento.

Ya veis, ¡o, mis precordiales amigos!, cómo estoy en lo último de la última jornada de los hombres y en lo primero de la primera jornada para los dioses. Yo a vosotros por lo passado y vosotros a mí por lo presente es razón que nos creamos; porque a tiempo somos venidos en el qual ya ni tenéis qué me pedir ni yo qué hos offerçer. Ya ni mis orejas pueden oír lisonjas, ni mi coraçón sufrir importunidades. Si me cognoscistes, cognoscedme: yo fui el que soy, yo soy el que fui. A vuestro paresçer en tiempos passados fui algo; véisme aquí: soy poco. Pues de aquí a poco no seré nada.

A Marco el viejo, vuestro amigo, oy se le acaba la vida. A Marco, vuestro pariente, oy se le acaban sus hados. A Marco, vuestro señor, oy se le acaba su señorío. A Marco, vuestro Emperador, oy se le acaba el Imperio. Yo vençí a muchos y soy vençido oy de la muerte. Yo soy el que di muchas muertes a muchos y no puedo dar un día de vida a mí. Yo soy el que entré en carros de oro y oy me sacarán en literas de palo. Yo soy por quien cantaron muchos y oy llorarán todos. Yo soy el que fui muy acompañado de exércitos y oy me entregarán a los hambrientos gusanos. Yo soy Marco, el muy famoso, que con famosos triumphos subí al alto Capitolio y oy con olvido muy olvidado desçenderé en el sepulchro.

Ya, ya veo por los ojos çerca de lo que se reçelava mi coraçón de lexos. Assí los dioses vos sean favorables en este mundo, y a mí en el otro propiçios, que nunca mi carne tomó plazer para passar esta vida que mi coraçón no tuviese sobresalto de la hora de la muerte. Pues no tengáis pena, que o vosotros de mí o yo de vosotros el fin avíamos de ver. Y doy graçias a los dioses porque llevan a este viejo consigo a descansar y dexan a vosotros moços para que en el Imperio podáis servir. No quiero negar que no temo la muerte como mortal, porque no ay comparación del hablar de la muerte en la vida a gustar la muerte en la muerte quando ya se pierde la vida. No ay prudencia de prudente, ni esfuerço de esforçado, ni señor tan enseñoreado, que pueda quitar el temor del espíritu y el dolor de la carne en esta hora. Está tan aferrada, tan conglutinada y en tanto parentesco coniuncta el ánima con la carne y el espíritu con la sangre, que apartarse lo uno de lo otro es lo más terrible y último terrible de todas las terribilidades. Y por çierto ¿cabe en razón que el ánima parta con lástima por dexar a la carne entre los gusanos, y el cuerpo quede con imbidia por ver al ánima ir a gozar con los dioses? ¡O, cuán descuidados estamos en la vida hasta que tropellamos y damos de ojos en la muerte!

Creedme esto que hos quiero dezir, pues he passado en lo que estáis y agora experimento lo que veis: que nos tiene tan desacordados la vanidad a los vanos, que quando començamos la vida, imaginamos que ha de durar un mundo, y quando salimos della, no nos paresçe que ha sido un soplo. Y puesto que la sensualidad pene por lo sensible y la carne por la carne, pero la razón guiadora de los mortales me dize no pene con la partida. Si he bivido como bruto animal, es razón que muera como hombre discreto. Morir yo no moriré: morirán oy mis enfermedades,

morirá la hambre, morirá el frío, morirán mis congoxas, morirán mis tristezas, morirán mis çoçobras y todo lo que me dava pena.

Oy se me quita el nublado, y hará raso y claro el çielo. Oy se me caen las cataratas de los ojos y veré claro el sol. Oy se destropieça el camino para ir camino derecho. Oy es el día a do se acaba mi jornada, en el qual ya no temeré baybenes de la fortuna. Doy graçias a los dioses immortales porque me dexaron bivar tan limpiamente y tan largo tiempo, que no los hados desdichados de mí, sino yo dellos y de la fortuna imbidioso oy veo fin. Por çierto, si los dioses mandaren asconder mi carne en la sepultura por ser mortal, ellos, pues son iustos, ternán por bien mi fama quede immortal por aver bivido bien. Pues do se commuta la enojosa compañía de los hombres por la dulce de los dioses, y el estado seguro por la fortuna dubdosa, y el temor continuo por la paz perpetua, y la vida mala por fama buena, no me parece que es mal troque.

Sesenta y dos años ha que la tierra crió a esta tierra: tiempo es ya que me reconosca por hijo y yo a ella por madre. Por çierto, madre es muy piadosa, que, aviéndola yo traído so los pies tanto tiempo, ella me reçiba agora en sus entrañas para siempre. Y aunque soy yo quien soy, por ser ella quien es, estoy çierto me terná allí más seguro entre los gusanos que Roma entre los senadores. Aunque a vosotros penase, si a mis dioses pluguiese, pues se ha de hazer y no se puede escusar, holgaría que esta tela se cortase, y este ordimbre se destexese, y en la possession de la sepultura me diesen, y sería la primera cosa mía propria y perpetua sin tener jamás reçelo de perderla. Todas las cosas mortales que los mortales tienen de la imbidia de los imbidiosos son deseadas, si no es la muerte y sepultura, que están privilegiadas de la rabiosa hambre de la imbidia.

Bien hos veo derramar lágrimas de los ojos y dar tristes sospiros de lo íntimo del coraçón porque digo esto. ¿Cómo no queréis que desee la muerte, pues los médicos no me dan sino tres horas de vida y están en mi coraçón opiladas tres mill años de congoxas, el unguento de las quales está en el socroçio de la muerte? Aunque es flaca nuestra flaqueza, pero es tan sensible nuestra honra, que en el día de la muerte, quanto más se descargan los huesos de carne, tanto más se carga el coraçón de cuydados. De manera que, quando se desatan los nervios y huesos en el cuerpo, entonces se añudan con ñudos ciegos en el coraçón.

Pues dexando lo que toca a mí en particular, quiero hablaros en general de lo que conviene al príncipe moço y a vosotros sus ayos viejos. Veis ay a mi hijo Cómmodo, único príncipe heredero, que oy espera heredar el Imperio: ni por ser él bueno merezco loa, ni por ser malo reprehensión, porque lo natural tomó de los dioses y la criança de vosotros. Muchas vezes, quando era niño, le ponía en vuestros braços porque agora que es hombre le pusiédes en vuestros coraçones. Hasta aquí hos tenía por ayos: agora hos ha de tener por padres. Vosotros, siendo yo bivo, le teníades por príncipe para le criar, por Emperador para le servir, por pariente para le ayudar, por hijo para le doctrinar. Hasta aquí teníanle a cargo su padre, su madre y sus ayos; agora, vosotros solos. Queda como nao nueva, que la cometen oy a las bravas mares y se ha de engolfar en el golfo que no tiene suelo, a do las velas de la prosperidad la harán acostar y las rocas de los infortunios la harán anegar. Pues entre tantos vientos importunos y aguas inestables, necesidad tiene de buenos remos.

Por cierto, yo tengo gran dolor del Imperio y no menor compasión de este moço, y quien bien le quiere más llorará su vida, que no mi muerte; porque yo, escapando de la mar, véome a puerto seguro y en tierra firme, y él, dexando lo bueno que agora no cognosçe, se aventurará a navegar el mar que no sabe. De su edad tierna y de mi experiencia larga se haría un emperador razonable. Mas ¿qué hará la triste de Roma, que quando tiene ya criado un príncipe bueno, o los hados desdichados le acaban, o la imbidia de los malos le mata, o la crueldad de los dioses le lleva, o él como cuerdo a su mano se alça; de manera que en experimentar príncipes se le va toda su vida, llorando las moçedades de los moços presentes y suspirando por la gravedad de sus viejos passados? ¡O!, si creyesen los príncipes que comiençan en el Imperio a los reyes quando salen del mundo, cómo les enseñarían quán insufferible es un solo hombre encargarse de tantos reynos, y como él no puede sino tomarles la hazienda y ellos a él robarle la fama; él desterrar sus personas, mas ellos affligir sus entrañas; a él acabásele la vida y a sus súbditos nunca las queexas; él como él solo no puede hazer más de por uno, y ellos como son muchos esperan que ha de hazer por todos.

Mirad en quánta desventura bive el príncipe, que el menor pagés del Illírico piensa que para él solo y en él solo tiene puestos los ojos Emperador de Roma. Y como el mundo sea tan cosquilloso y los que le pueblan tan indómitos, el día que el príncipe se cubre de coronas y se arrea de sceptros, aquel día subiecta la hazienda a los cobdiçiosos, la vida triste a los hados, la çerviz a los tyrannos, la fama a los imbidiosos y todo su estado a paresçeres agenos. Pero en esto muestran los dioses su poder, que todos los juizios estén atados y uno solo libre, el paresçer de todos condemnen y uno alaben, den el señorío a uno y la subiectión a tantos, a uno den el castigo de todos y a todos no el castigo de uno. Para gusto de tantos dan un solo manjar, el sabor del qual a unos es dulce, a otros agrio, a unos cabe el hueso y a otros la pulpa, y al cabo unos quedando ahogados y otros empalagados, y al fin todos han fin.

Querría yo preguntar a los muy ambrientos de mandar qué coronas de imperio, qué sceptros de oro, qué collares de perlas, qué medallas de Achaya, qué ropas de Alexandría ni qué vasos de Corintho, qué carros triumphales ni qué offiçio de consules o dictadores desean aver a troque de su reposo, como sea cierto que no se puede alcançar lo uno sin perder lo otro. Esto lo causa ser malos mareantes y atrevidos pilotos, que, aviendo de huir de la mar a la tierra, huimos de la tierra a la mar. Una cosa diré, aunque sea contra mí: que todos aborresçen la guerra y ninguno procura la paz; todos se quexan del bullicio y ninguno se contenta con el reposo; todos pregonan trabajo en el mandar y ninguno quiere ser mandado.

Siempre fue en los siglos passados y es agora en este presente: que son tan livianos los livianos, que antes eligen el mandar con peligro que el obedesçer con reposo. Viendo que mis días se desminuían y mis enfermedades se acresçentavan, sospechando entonçes lo que veo agora, tornando de la guerra de Tinacria acordé de hazer mi testamento, y es esto que aquí veis: abridle y guardadle, y por él veréis cómo dexo a vosotros por ayos de mi hijo y gobernadores del Imperio. Y mirad que sois muchos padres de mi hijo: en el amor entre vosotros y fidelidad con él no seáis más de uno. Gran peligro tiene el príncipe, y no menor desdicha la república, a do son tantas las intenciones quantos los consejeros. Por cierto, aquél se llama príncipe glorioso, y gente bien fortunada, y Senado venturoso, a do en todo se toma consejo, y los consejeros son ançianos, y los consejos son muchos, y la intención de todos en todo no es más de una. Entonçes Roma era servida de buenos y temida de tyrannos quando en sus muy acordadas consultas entravan

treientos aprobados varones, los cuales si en el dar de los médicos eran diversos, por cierto en voluntad y buen fin de la república todos eran unos.

Mucho hos ruego y por los dioses hos coniuero seáis muy amigos en la conversaçión y conformes en el consejo. Todas las flaquezas en el príncipe se pueden sufrir, sino el mal consejo; y todos los defectos en los consejeros son tolerables, sino la imbidia y passión. Quando esta pulilla entra en ellos causa peligro en la iustiçia, desacatamiento en el príncipe, escándalo en los pequeños y parcialidad con los mayores. El privado que tiene el iuyzio offuscado con passión, y tiene el corazón ocupado con ira, y las palabras demasiadas en ley de bueno, es iusto que con los dioses pierda el favor, con el príncipe la privança y con el pueblo el crédito. Y torno a dezir que es iustíssimo, porque el tal se presume offender a los dioses con su mala intención, no servir a los príncipes con su no buen consejo y offender a la república con su ambición.

¡O, cuán ignorantes son los príncipes que se recatan de las yervas que en los manjares les pueden entoxicar y se descuidan de la ponçoña que sus privados en los consejos les pueden dar! Y por cierto no ay comparaçión, porque las yervas no las pueden dar sino una vez al día, pero el venino del mal consejo cada hora. El tóxico tiene defensivos de olicornio y remedios de triaca y vómitos; pero a la ponçoña del mal consejo ni le siento remedio ni menos defensivos. Y finalmente hos digo que el venino del enemigo dado en el manjar no puede matar sino a un emperador de Roma, pero la ponçoña que da el privado en el mal consejo mata al emperador y destruye la república. Y como todo príncipe cuerdo tenga en más la fama perpetua que la vida caduca, siendo vosotros gobernadores del Imperio y ayos de mi hijo, no tienen tanto poder los que mal le quieren sobre su vida como vosotros sobre su fama. Y por eso, si se vela de los enemigos estraños, se deve desvelar entre los privados y amigos domésticos.

Una cosa hos mando como a mis criados y hos ruego como a mis amigos, y es que no hos mostréis tan privados en lo público como lo sois en lo secreto, porque no parezcan unos naturales hijos y otros emptiçios siervos. El que es cuerdo ha de tener mucho tino en aprovecharse de su señor en secreto, y dulce y dissimulada conversaçión con todos en lo público; porque de otra manera la su privança con el príncipe durará poco y el aborresçimiento del príncipe con el pueblo muy mucho. Siempre lo leý de los passados y lo he visto en los romanos presentes, que quando los pocos tienen mucho con uno, aquel uno tiene poco con los pocos y menos en los muchos, los cuales traen tan remotas las voluntades quan propinquas las personas. Y como la maldad del tiempo e inestabilidad de fortuna no dexen las cosas siempre en un ser, sino que al sueño más seguro cae el despertador del peligro, entonces lo conozcen los príncipes quando, passados los plazerres y enriscados en los trabajos, buscan a todos y no hallan a alguno. Esto viene que los unos con el temor presente quiérense retirar y los otros con el disfavor absente no quieren acudir. Quiérohós dezir una palabra (la qual traed a mi hijo siempre en la memoria): los que en nuestros trabajos hemos de poner muy de lexos, sus voluntades hemos de ganar. El cauto labrador en un año barbecha y en otro siega y coge. No hos tomen en possessión de presumptuosos, porque la presumpçión del privado ançiano desaze la autoridad del príncipe moço, y ni por esto hos despreciéis y encojáís, que la poca manera y estado en el señor engendra desvergüença y atrevimiento en el siervo. Yo dexo declarado por mi testamento a Cómmodo, el príncipe, por hijo vuestro y a vosotros por padres suyos; pero también quiero y mando todos cognozcan él ser señor vuestro en el mandar y vosotros criados míos y vassallos suyos en el obedesçer.

En los negocios arduos, para ser bien guiados, la iusticia se ha de ver por sabios oradores, y el parecer por vosotros sus gobernadores, mas la determinación se ha de tomar del príncipe, que es señor de todos. Un consejo hos daré, y si dél mal hos halláredes, quexaos de mí a los dioses: entonces será fixo el imperio de mi hijo en Roma y segura vuestra privança en su casa quando vuestros consejos fueren medidos por la razón y su voluntad fuere reglada por vuestros consejos. Mucho hos ruego no seáis cobdiciosos: por eso hos hize grandes merçedes en mi vida, por quitaros la cobdicia después en mi muerte. Cosa sería monstruosa los que han de refrenar las cobdicias ajenas tener siempre las manos abiertas para sus utilidades propias. Los cuerdos privados ni han de hazer todo el mal que pueden hazer, ni pedir todo lo que pueden alcançar, porque no les da el príncipe tanta hazienda para sus casas como passión y imbidia del pueblo para sus personas. Y como de medianas naos escapan más en mediano mar que de grandes carracas engolfadas en bravas mares, assí los medianos estados entre medianos imbidiosos más seguros biven que los grandes ricos estados, ricos y privados entre los enemigos émulos y apassionados.

Trillada regla es entre sabios, y experiencia infallible entre buenos, y pienso de oýdas lo sabrán los malos, que la gloria de uno en los mayores pone menospreçio, en los iguales asechança y en los menores imbidia. Una de las cosas que han de tener los que quieren bien regir es la libertad: quanto fuéredes menos cobdiciosos, tanto seréis más libres, porque creçiendo la ravia de la iusticia, desminúyese la rectitud de la iusticia. Grandes días ha que me determiné de encomendaros la governación del Imperio y la criança de mi hijo, y luego proveý de dotar vuestras casas largamente dándohos de lo mío por quitaros la cobdicia del bien ageno. Creedme una cosa, que si tenéis cobdicia en vosotros y passión con vuestros vezinos, siempre biviréis con pena y en los negocios ajenos los coraçones estarán cruçados, y los juyzios suspensos, y después allí encaminaréis la iusticia agena do viéredes la utilidad propia.

Un consejo finalmente hos quiero dar, el qual siempre para mí tomé: nunca vuestras honras cometáis a los infortunios de la fortuna, ni hos offrezcáis al peligro con esperanza del remedio, porque la sospechosa fortuna tiene las puertas anchas para el peligro y los muros altos y los alvañares angostos para buscar el remedio, y porque me siento muy fatigado dexadme reposar un poco.

CAPÍTULO XLIV

Passado gran espacio de la noche, ya que quería quebrar el día, aunque al buen Emperador se le allegava el tiempo de acabar la vida, no por eso perdía el cuidado de ordenar las cosas para después de su muerte. Estavan a la sazón allí en la guerra muy exçelentes hombres de los senadores de Roma. Entre las otras cosas, en ésta se mostró ser muy sabio: que jamás en su casa quiso tener hombre viçioso. Traýa entre los otros cinquenta cavalleros en su compañía, que a cada uno dellos podían fiar la governación de Roma. Muchas vezes solía él dezir: «Los príncipes más seguros biven ayuntando en sus casas thesoros de hombres buenos, que no sus arcas thesoros de dineros malos. Malaventurado es el príncipe que se preçia de tener sus arcas llenas de thesoros y sus consejos llenos de hombres perdidos. Los hombres malos hazen a los príncipes pobres y un hombre bueno abasta a hazer un reyno rico.»

Por cierto decía bien este buen Emperador, porque cada día vemos lo que un padre solo allegó en cincuenta años, sus hijos perderlo en medio año. Eligiendo, pues, de muchos pocos, y de pocos, los mejores, señaló seis muy señalados varones, los tres de los cuales fuesen ayos del hijo y los tres, gobernadores del Imperio. Fue el uno Pértinax, el qual fue después Emperador. El otro se llamava Pompeyano, casado con su hija, varón más maduro en los consejos que no en los años. El terçero fue Cneo Patroclo, del antiguo linaje de los Pompeyanos, el qual no menos tenía la vida limpia que la cabeça blanca. Otro se llamó Andrisco, al qual en hermosura de gesto, altura de cuerpo, esfuerço de ánimo y cordura con sciencia ninguno se le igualava en Roma. El quinto se nombrava Bononio, el qual a la sazón era cónsul y en las leyes antiguas muy diestro. El postrero se llamava Ianuario el Bueno; era llamado «el Bueno» porque jamás en sesenta años le vio hombre hazer obra mala, ni dezir palabra oçiosa, ni hazer cosa que no fuese en provecho de la república.

Caso que todos quedaron yguales en la governaçión (digo estos tres postreros), pero a este Ianuario particularmente dexó por capitán del ejército, y mandó entregar sus thesoros, y en sus manos puso el testamento, y con muchas lágrimas le encomendó al príncipe Cómodo. Pues como fuese grave la enfermedad y cada hora de vida esperase la hora de la muerte, mandó despertar al hijo Cómodo, el qual, descuidado, dormía su sueño. Traído, pues, en su presençia, era lástima de ver los ojos del viejo hechos carne de llorar y los ojos del hijo apegados de dormir. El hijo no podía despertar con el descuido, y el padre no podía tomar el sueño con el cuidado. Puesto, pues, en su presençia, visto quán en poco tenía el hijo la muerte del padre y quánto deseava el padre la buena vida del hijo, moviéronse los coraçones de todos los grandes señores que allí estavan a tener compañía al buen viejo, y no menos a tomar enojo del moço. Entonçes, el buen Emperador, dirigiendo las palabras al hijo, dixo.

CAPÍTULO XLV

A tus ayos y mis gobernadores he dicho cómo te han de aconsejar a ti, hijo. Quiero agora dezir cómo tú por ellos pocos y todos por ti uno hos avéis de regir. Y no es de tener en poco, porque la cosa más fácil en el mundo es dar consejo a otro y la más ardua es tomarle para sí. No ay hombre, por simple que sea, que no dé un consejo, aunque no sea menester; y no ay sabio, por muy sabio que sea, que no rehúse el consejo, aunque tenga dél neçessidad. Una cosa veo: que todos tienen consejo para todos y al fin al fin ninguno le tiene para sí.

Bien pienso, hijo, que, según son mis hados tristes y malas tus costumbres, no ha de aprovechar. Lo que no heziste con el temor y presençia de mi vida, menos espero que lo harás de que pongas en olvido mi muerte. Esto más lo hago por cumplir con mi deseo y satisfacer a la república que no porque espero de tu vida emienda. No ay peor queixa que la que el hombre tiene de sí mesmo. Si tú, hijo, fueres malo, quéxese Roma de los dioses que te dieron tan malas inclinaciones; quéxese Faustina, tu madre, que te crió en tantos regalos; quéxate de ti mesmo, que no te sabes hazer fuerça en los viços; y no se quexen de este viejo, tu padre, que no te ha dado buenos consejos. Yo soy cierto que no es tan grande tu dolor de ver que se acaba la noche de mi vida como es el plazer de ver que se viene el día en que has de ser Emperador de Roma; y no me maravillo, porque donde sensualidad reyna, la razón se da por despidida.

Muchas cosas son amadas porque en lo cierto no son conocidas. ¡O!, cuántas cosas ay, las cuales si de verdad fuesen conocidas, muy de verdad serían desechadas; pero somos en todas las cosas tan dubios, y andamos en nuestras obras tan desatinados, que unas vezes nuestros juizios se despuntan y saltan de agudos, y otras vezes no cortan nada de botos. Quiero dezir que para el mal somos tan bivos, que perdemos por carta de más; y en lo bueno somos tan simples, que perdemos por carta de menos. Y al fin todo es perder.

Quiérote, hijo, avisar por palabra lo que en sesenta y dos años he conocido por larga experiencia, y pues eres hijo mío y moço, razón es creas a este que es tu padre y viejo. Los príncipes, como estamos en el miradero de todos, nosotros a todos y todos a nosotros nos miramos. Oy heredas el Imperio del mundo y la corte romana. Bien sé yo que ay hartos en las cortes de los príncipes que no saben qué cosa es valerse y tenerse entre tantos engaños como se tractan en las casas de los príncipes. Hágote saber que en la corte ay parcialidades antiguas, dissensiones presentes, juizios temerarios y testimonios evidentes, entrañas de bívoras y lenguas de escorpiones, malsines muchos, pacíficos pocos, adonde todos toman voz de república y cada uno busca la utilidad propia, todos publican buenos deseos y todos se ocupan en obras malas; y finalmente todos biven en extremo, que unos por avaricia arañando pierden la fama y otros como pródigos despeñan y pierden su hacienda.

¿Qué más quieres que te diga? En la corte cada día mudan señores, renuevan leyes, despiertan passiones, levantan ruidos, abaten a los nobles, ensalçan a los indignos, destierran los inocentes, honran los robadores, aman los lisongeros, menosprecian los virtuosos, abraçan los deleites, acoçean las virtudes, lloran por los malos, riense de los buenos y finalmente tienen por madre a la liviandad y por madrastra a la virtud. Pues más te diré, hijo: la corte que oy heredas no es sino una tienda de buhneros y un mesón de vagabundos, donde unos venden almacén y otros compran mentiras, adonde unos el crédito, otros la fama, otros la hacienda y otros la vida, y todos iunctos el tiempo pierden. Y lo peor de todo, que andan todos tan abobados, que entonces sienten la herida quando en el corazón está ya presa la yerva. Roma tiene muy altos los muros y muy abatidas las virtudes. Iáctase Roma que es muy grande el número de sus vezinos; pues llore Roma que son más sin cuento sus viçios. En un mes podrá contar un hombre todas las piedras de sus superbos edificios, y en mill años no podrá comprehender las maldades de sus costumbres. Por los dioses inmortales iuro que en tres años solos reparé de ti, Roma, todo lo caído, y en treinta años no he podido a bien bivar reformar un barrio.

Créeme, hijo, que las grandes çiudades de buenos moradores y no de grandes edificios se han de iactar. Nuestros passados triumphavan de los estraños como de menos fuertes en armas, y agora los estraños pueden triumphar de nosotros como de hombres más vençidos de viçios. Por las proezas de los passados son oy honrados los presentes, y por la poquedad de los presentes serán infamados los advenideros. Por cierto es gran vergüença de lo dezir, y no menor infamia de hazerlo, que las hazañas y sudores de los antiguos ayan tornado en locuras y presumpçiones los presentes.

Mira, hijo, bien sobre ti, y el brío de la moçedad y la libertad del Imperio no te hagan desmandar a cometer algún viçio. No se llama libre el que nasce en libertad, sino el que muere en ella. ¡O, cuántos nascieron esclavos y morieron libres por ser buenos, y cuántos morieron esclavos y nascieron libres por ser malos! Allí está la libertad donde permanesçe la nobleza. Más osadía y

libertad te darán las proezas de tu persona que la autoridad del Imperio. Ésta es regla general: que todo hombre virtuoso de neçessidad es osado y libre, y todo hombre viçioso de neçessidad es tímido y covarde. Osadamente castiga el que de aquel viçio no es notado, y tibiamente castiga el que por aquello merescía ser castigado.

Tengan una cosa por çierta los príncipes: que el amor del pueblo y la libertad de su offiçio no la han de ganar o sustentar con armas derramadas por la tierra, sino con muchas virtudes iunctas en su persona. Por çierto más naçiones subiectó Octavio por la fama de sus virtudes, que no Cayo, su tío, con el estrépito de muchas gentes. A un príncipe virtuoso todo el mundo se le rinde, y a un príncipe vicioso paresçe que la tierra se le levanta. La virtud es alcáçar que nunca se toma, río que no se vadea, mar que no se navega, huego que nunca se amata, thesoro que nunca se acaba, ejército que nunca se vençe, carga que nunca se cansa, espía que siempre torna, atalaya que no se engaña, camino que no se siente, socroçio que presto sana y fama que nunca peresçe. ¡O!, hijo, si supieses qué cosa es ser bueno, y quán bueno serías. Siendo virtuoso, a los dioses harás serviçio, a ti darás buena fama, en los tuyos pornás plazer, en los estraños engendrarás amor, y finalmente todo el mundo te terná amor y temor.

Acuérdome que en los *Annales de la guerra tharentina* hallé que el muy famoso Pyrrho, rey de los epirotas, traía en un anillo estas palabras, que dezían: «Al virtuoso poca paga le es ser señor de toda la tierra, y al viçioso poco castigo le es quitarle la vida.» Por çierto fue sentençia digna de tal varón. ¿Qué cosa tan difícil puede ser por un virtuoso començada que no espere aver en ella buena salida? Miento si no vi en diversas partes de mi Imperio muchos hombres muy oscuros por la fama, muy baxos por la hazienda, muy ignotos por la sangre, y emprender tan grandes cosas, que me paresçía a mí temeridad començarlas y después solo con las alas de la virtud dar famoso fin a ellas. Por los dioses inmortales te iuro, y assí Iúpiter me lleve a su casa y a ti, hijo, confirme en la mía, si no vi a un hortolano y a un ollero en Roma que sólo con ser virtuosos fueron causa de echar del Senado a diez senadores viçiosos, y la primera ocasión fue que al uno unas ollas y al otro unas moras no quisieron pagar. Dígolo, hijo, porque el viçio al osado desmaya y la virtud al desmayado esfuerça. De dos cosas me he guardado en mi vida, y son no pleitear contra clara iustiçia y no me tomar con persona virtuosa, porque con la virtud se sustentan los dioses y con la iustiçia se gobiernan las gentes.

CAPÍTULO XLVI

Veniendo a cosas más particulares, bien veo que quedas moço, y que lo natural no se puede negar, y que como para los arduos negoçios son neçessarios maduros consejos, no menos para sobrellevar la carga de la vida humana deseamos algunas recreaçiones. Para tu moçedad déxote hijos de grandes senadores con quien passes tiempo; para tu doctrina déxote viejos romanos que te criaron y me sirvieron a mí con los quales te aconsejes. Inventar theatros, pescar paludes, matar las fieras, correr los campos, volar las aves, exerçitar las armas, cosas son que tu edad lo demanda y con la moçedad de los moços se han de complir. Pero mira, hijo, que ordenar exércitos, inventar guerras, proseguir victorias, aceptar treguas, confirmar pazes, echar tributos, hazer leyes, promover a unos, descomponer a otros, castigar los malos y premiar los buenos: el consejo de estas cosas, que son muy arduas, de iuyzios muy claros, de cuerpos muy cansados y de canas muy blancas se han de tomar.

Pues eres moço, de fuera regozíjate con los moços; y por ser Emperador, en lo secreto enciértrate a tomar consejo con los viejos. Guárdate, hijo, de toda estremidad, que tan malo es el príncipe so color de gravedad regirse del todo por viejos, como so espeçie de passatiempo acompañarse siempre de moços. No es regla general que todos los moços siempre sean moços y livianos, ni todos los viejos siempre sean viejos y cuerdos. Soy çierto de una cosa: que, si los moços nasçen con locura, los viejos que viven y mueren con cobdiçia. Pues guárdate, hijo, te torno a dezir, de ser estremado en este extremo, porque los moços te corromperán las costumbres con su liviandad y los viejos te depravarán el juicio con su cobdiçia. ¿Qué cosa más monstrua puede ser que el príncipe que manda a todos se dexé mandar de uno solo? Por çierto la governaçión de muchos tarde se gobierna bien por el paresçer de uno solo. El príncipe que a muchos ha de regir, el intento y paresçer de muchos ha de tomar.

En los *Annuales Pompeyanos* me acuerdo que hallé un libro de memorias pequeño que traýa consigo el gran Pompeyo, en el qual estavan muchas cosas que él por sí avía leído y sacado, y muchos buenos consejos y avisos que para diversas partes del mundo le avían dado, entre los quales hallé estas palabras que dezían: «El que gobierna la república y comete toda la governaçión a viejos, muéstrase ser inhábil; el que la fía de solos moços es liviano; el que la rige por sí solo es atrevido; y el que por sí y por otros es cuerdo.» Por çierto fueron palabras dignas de tal varón.

Huelga, pues, hijo, de tomar consejo, y más en las cosas arduas, porque si no se açertaren, como de muchos fue el consejo, repartirse ha por todos la culpa. Aunque la determinaçión en los negoçios sea por pocos, el consejo tómale de muchos. Entre otros, este bien tiene el consejo común, que uno el inconveniente, otro el peligro, otro el medio, otro el daño, otro el provecho y otro el remedio te dirán. Y ten los ojos tanto en los inconvenientes que te ponen como en el remedio que te offresçen. Quando començares cosas arduas, estima en tanto los daños pequeños para atajarlos luego, como los grandes infortunios para remediarlos después.

Por çierto muchas vezes la poderosa nao por el descuido del piloto se anega en poca agua, y otra no tan poderosa se salva en gran golfo con diligencia. Y no seas pesado, tomando en cosas pequeñas cada hora consejo, porque muchas cosas requieren luego hecho y se dañan esperando consejo. Lo que pudieres expedir por tu autoridad propia y sin daño de la república no lo remittas a otra persona. Y esto es muy iusto, que pues tu servicio depende solamente de los tuyos, su galardón dependa de ti solo.

En el año de seiscientos y treinta y çinco de la fundaçión de Roma, después de las crudas guerras con Iugurtha, rey de los númidas, el día que Mario triumphó, sin poner alguna cosa de las riquezas que traya en el erario dividiólo todo por su ejército; y como fuese dello gravemente acusado porque no tomó primero el paresçer del Senado, respondió: «Los que no tomaron paresçer de otros para hazerme serviçios, no es iusto que yo tome consejo con otros para hazerles merçedes.»

De otra cosa, hijo, te quiero avisar, y es que muchos te darán consejo sin que se lo pidas, y en este caso ten esta regla general: «Jamás esperes segundo consejo de hombre que te dio el primero en perjuizio de otro, porque el tal las palabras offresçe en tu serviçio y el negoçio encamina a su

provecho.» ¡O, hijo, y cuánto ay que cognosçer en los hombres! En quinze años fui senador, cónsul, çensor, capitán y tribuno, y diez y ocho he sido Emperador de Roma, en los quales muchos me hablaron en periuizio de otros, y muy muchos en provecho suyo y ninguno limpiamente me habló en provecho de otro y serviçio mío. Gran compassión es de tener a los príncipes de todos por su provecho, y ninguno por su amor y serviçio le siguen. Un consejo tomé para mí todo el tiempo que en Roma governé: jamás hombre tuve en mi casa dende que sentí ser odioso a la república.

En el año de la fundación de Roma de DCLIX, en la olimpiada CLXXVII, yendo Lúculo Patriçio, el gran amigo de Sylla, a la guerra de Mithrídates, aconteçió que en Tigrano, çiudad de los caldeos, halló una lámina de cobre a la puerta del Rey, en la qual estaban unas letras, las quales dezían allí aver esculpido el maestro de Alexandro Magno. Las letras eran caldeas y contenían estas sentençias:

No es sabio el príncipe que quiere tener en peligro su vida por sostener la privança de uno, y no quiere assegurar su vida y estado con el amor de todos.

No es cuerdo el príncipe que por dar a uno mucho quiere que tengan todos poco.

No es iusto el príncipe que quiere más satisfazer a la cobdiçia de uno que a los serviçios de todos.

Loco es el príncipe que menospreçiado el consejo de todos, sólo se fía del paresçer de uno. Y finalmente, atrevido es el príncipe que por amar a uno quiere ser aborrescido de todos.

Palabras fueron dignas de eterna memoria, y por çierto los príncipes las aviádes de traer en vuestra presençia. Pues más te diré, hijo, que Lúculo Patriçio puso en presençia del Senado todos los thesoros que traýa, y de la otra parte la lámina en que venían estas palabras para que escogesen lo uno y dexasen lo otro, y menospreçiando el Senado todos los thesoros, eligió la tabla de los consejos.

CAPÍTULO XLVII

Hete dicho, como de padre a hijo, lo que toca a tu provecho. Quiérote agora dezir lo que debes hazer después de mi muerte por mi serviçio. Las cosas que yo amé en mi vida, si quieres ser hijo de tu padre, haslas de tener en mucho después de mi muerte.

Encomiéndote, hijo, la veneración de los templos, el acatamiento de los saçerdotes y la honra de los dioses: tanto duró la honra de los romanos quanto perseveraron en el serviçio de los dioses. No peresçió el reyno de los pennos por ser menos rico y más covarde que el de los romanos, sino por ser más amador de thesoros y menos cultor de los templos.

Encomiéndote, hijo, a Elia, tu noverca o madrastra; y acuérdate que, si no es madre tuya, es muger mía. So pena de la mi maldiçión, no permittas sea maltractada, porque su daño terná afrentada mi muerte e ynjuriada tu vida. Yo le dexo los tributos de Hostia para su

mantenimiento; y los huertos Vulcanos, que yo planté para su recreación, no seas osado de tomárselos, porque quitándoselos mostrarás tu maldad; en dexárselos como yo mando, tu obediencia; en darle más, tu bondad y largueza. Acuérdate que es muger, romana, moça y biuda, y de la casa de Trajano, mi señor, y que es madre adoptiva tuya y muger natural mía, que te la dexo muy encomendada.

Encomiéndote a tus cuñados y mis yernos, y a tus hermanas mis hijas. Yo las dexo a todas casadas, no con reyes estrangeros, sino con vezinos naturales. Todos quedan dentro de los muros de Roma, do ellos a ti serviçios, y tú a ellos hazer puedes merçedes. Ten, hijo, mucho tino en tractarlas de tal manera, que ni porque sea muerto el viejo de su padre sean desfavoreçidas, ni porque vean Emperador a su hermano se tornen locas. Son de muy tierna condiçión las mugeres que de pequeña ocasión se quexan, y de muy menor se ensobervesçen. Consérvalas después de mi muerte como yo las tenía en mi vida, que de otra manera será su conversaçión coxquillosa al pueblo e importuna a ti.

Encomiéndote a Lípula, tu hermana, que está con las vírgines vestales. Acuérdate que es hija de tu madre, mi Faustina, a quien yo amé mucho en la vida y hasta mi muerte he llorado su muerte. Cada año dava a tu hermana dos mill sexterçios para sus neçessidades. Yo la casara también como a las otras, si no se quemara la cara en las brasas. Y todos tuvieron el caso a desdicha, espeçial Faustina, su madre, que siempre la llorava; pero yo la desdicha le cuento por dicha, porque no fue tan quemada su cara de las brasas quanto fuera en este mundo su fama abrasada de muchas lenguas. Yo te iuro, hijo, que para el serviçio de los dioses y para la fama de los hombres, ella está más segura con las vírgines en el templo que no tú con los senadores en el Senado. Desde agora adevino que, al cabo de la jornada, ella se halle mejor con su ençerramiento que tú con tu libertad. En la provincia de Lucania le dexo los dos mill sexterçios: no cures de occupárselos.

Encomiéndote a Drusia, biuda romana, que trae gran pleyto con el Senado, porque en los bulliçios passados fue de los proscriptos su marido. Yo tengo muy gran compassión della, porque ha ya tres meses que tiene puesta la demanda y con mis grandes guerras no he podido declarar su iustiçia. Hallarás por verdad, hijo, que en treinta y çinco años que he governado en Roma, jamás muger biuda de ocho días arriba tuvo delante de mí pleito o querella. Ten, hijo, gran compassión de las tales, porque son muy peligrosas las mugeres neçessitadas, y alargádoles el pleyto disminuyen de su crédito; y al fin al fin, yendo el negoçio a la larga, no cobrarán tanto de su hazienda quanto perderán de su fama. Ten compassión de los hombres pobres, y tenerla han de ti los hombres muy ricos.

Encomiéndote, hijo, a mis criados antiguos. Mis años largos, mis guerras crudas, mis neçessidades muchas, mi cuerpo pesado y mi enfermedad larga haes sido ocasión de mucha pena. Ellos, como leales, por darme la vida tomavan la muerte. Justo es que, pues yo tomo su muerte, ellos hereden mi vida. Una cosa ten çierta: caso que mi cuerpo quede con los gusanos en la sepultura, siempre delante los dioses terné dellos memoria. En esto paresçerás ser buen hijo: en que pagues a los que sirvieron a tu padre. Mira, hijo, todo príncipe que haze iustiçia siempre cobra enemigos en la execuçión della. Y como esto se haga por mano de los que cabe él andan, quanto están más privados al príncipe, tanto están más odiosos al pueblo. Y como cada uno ame la iustiçia en general y todos aborrezcan la execuçión della en particular, muerto el príncipe

iusto, el pueblo quiere tomar la vengança de sus criados iniusta. Quando eras niño, te criaron mis criados porque los sustentases agora que son ya viejos. Por çierto, infamia sería al Imperio, offensa a los dioses, injuria mía, ingratitude tuya, que hallando tú diez y ocho años sus braços abiertos, hallasen ellos un día tu puerta çerrada.

Estas cosas he querido encomendarte en particular, y tenlas siempre en la memoria, que pues yo me acuerdo dellas en la muerte, piensa quán de coraçón las amava en mi vida.

CAPÍTULO XLVIII

Acabadas las encomiendas que el Emperador a Cómmodo, su hijo, encomendó, quebrando ya el alba del día, començáronse a quebrar los ojos, turbar la lengua y temblar las manos. Y como esto el venturoso Emperador sintiese, sacando de la flaqueza fuerça y del desmayo coraçón, mandó a Panuçio, su secretario, fuese a su escritorio y le traxese una arca grande allí en su presencia, y abriéndola sacó una tabla pequeña que tenía tres pies en ancho y dos en largo. Era de líbano, y al derredor guarnida de olicornio; çerrávase con dos puertas muy sotiles de una madera colorada, que dicen ser del árbol do cría el ave Fénix, que se llama rasín, y que assí como no ay más de una ave Fénix en el mundo, que se cría en Arabia *Felix*, assí no ay otro árbol en el mundo de aquella manera. De partes de fuera, en una de las tablas estava esculpido el dios Iúpiter, y en la otra la diosa Venus, y de la parte de dentro en las tablas que çerravan estava el dios Mars y la diosa Çeres. En la mesma tabla prinçipal, en lo alto della estava hecho un toro de talla entretallado a maravilla muy al natural. En lo más baxo estava un rey pintado, que dezían ser de mano del muy famoso Appelles, el antiguo pintor. Pues tomando el Emperador la tabla en las manos, apenas pudiendo hablar, dixo:

Ya, hijo, vees cómo de los baibenes de la fortuna escapo y en los tristes hados de la muerte entro. No sé para qué los dioses nos criaron, pues ay en la vida tanto enojo y en la muerte tanto peligro. Yo no entiendo a los dioses: ¿por qué tan gran crueldad usaron con las criaturas? Sesenta y dos años he navegado con grandes trabajos por el peligro de esta vida, ¿y agora mándanme desembarcar de la carne y tomar tierra en la sepultura? Ya se desata el argadillo, ya se destexe el ordimbre, ya se corta la tela, ya se me acaba la vida, ya despierto desta modorra. Acordándome de lo que he passado en la vida, no he gana de más vida. Y como no sé el camino por do nos encamina la muerte, rehúso la muerte. ¿Qué haré? Determínome de dexarme en mano de los dioses de mi propria voluntad, pues ha de ser de necessidad, a los quales pido que, si me criaron para algo bueno, por mis deméritos no me priven dello. Ya estoy en el último «vale», y para esta postrera hora te tengo guardada la mayor y más exçellente joya que yo he posseído en mi vida.

Sabrás que en el año décimo de mi imperio se me levantó una guerra contra los parthos, por cuya causa con mi persona propria les huve de dar la batalla. La guerra acabada, víneme por la antigua Thebas de Egipto por ver algunas antigüedades, entre las quales hallé en casa de un saçerdote esta tabla, la qual el día que alçavan a uno los egyptios por rey, luego a la cabeçera de su cama la colgavan. Y dezíame aquel sacerdote averla hecho un rey de Egipto por nombre Ptholomeo Arsácides, que fue muy virtuoso, y por memoria de aquel, y para exemplo de los otros, la tenían muy guardada los sacerdotes. Yo, hijo, la he tenido conmigo, y ruego a los dioses que tales sean tus obras quales en ella hallarás los consejos. Como Emperador, te dexo heredero de tantos

reynos, y como padre te doy esta tabla de los consejos. Sea ésta la última palabra, que con el Imperio serás temido y con los consejos de esta tabla serás amado.

Esto dicho y la tabla entregada, bolvió los ojos el Emperador, y por espacio de un quarto de hora passado espiró. Tornando, pues, a la sobredicha escriptura, estava en aquella tabla, entre el toro y el rey un letrado de letras griegas, quasi por modo de verso heroico, que en nuestro vulgar querían dezir:

Nunca sublimé al rico tyranno, ni aborreçí al pobre iusto.
Nunca negué la iustiçia al pobre ni perdoné al rico por rico.
Nunca hize merçed por sola affecti3n, ni di castigo por sola passi3n.
Nunca dexé mal sin castigo, ni bien sin galard3n.
Nunca clara iustiçia cometí a otros, ni la obscura determiné por mí.
Nunca negué iustiçia a quien me la pidiese, ni misericordia a quien la meresçiese.
Nunca hize castigo estando enojado, ni prometí mercedes estando alegre.
Nunca me descuidé en la prosperidad, ni desesperé en la adversidad.
Nunca hize mal por malicia, ni cometí vileza por avariçia.
Nunca di la puerta a lisongeros ni las orejas a murmuradores.
Siempre trabajé ser amado de buenos y temido de malos.
Finalmente, favorecí a los pobres que podían poco; fui favoreçido de los dioses que podían mucho.

Aquí acaba el primero libro llamado *Áureo*, en el qual tracta de los tiempos de Marco Aurelio, Emperador XVII de Roma. Fue traduzido por el Reverendo Padre fray Antonio de Guevara, predicador en la Capilla de la Sacra, C3ssarea, Cath3lica Magestad.

FINIS HISTORIAE